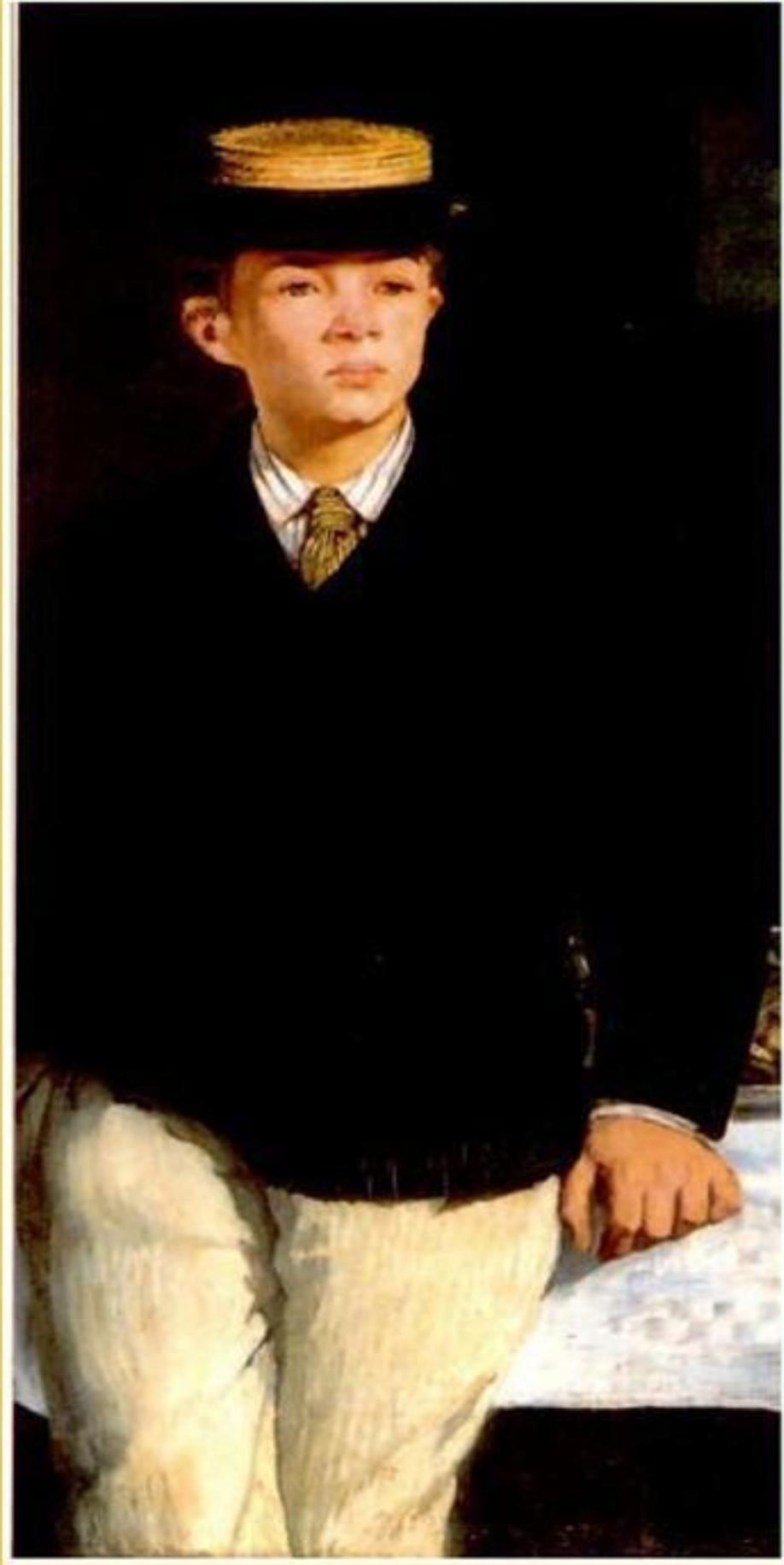


WILLKIE COLLINS

El río culpable



Lectulandia

¿De qué culpable es el río cómplice? ¿Cuál es su culpa? ¿Y la del río? ¿Tal vez ser el escenario del reencuentro entre Cristel y Gerard? ¿O haber arrastrado una enigmática barca vacía hasta ampararla en su ribera? ¿Se ha consumado un crimen, o todo ha quedado reducido a un intento?

Manejando con su proverbial habilidad esos interrogantes, Wilkie Collins construye una intriga en la que se alternan la tensión y el suspense con el melodrama, y en la que afloran algunos personajes inolvidables, como El Abyecto, un individuo con el alma devorada por un defecto físico, cuya amargura lo impulsa a cometer acciones horribles.

Conocido sobre todo por LA DAMA DE BLANCO y LA PIEDRA LUNAR, Collins fue un autor prolífico que en todas sus obras da rienda suelta a lo que son sus características más notables: un trepidante ritmo narrativo, un dominio inigualable de la intriga y el suspense, una admirable galería de personajes y una asombrosa habilidad para inventar desenlaces imprevisibles.

Lectulandia

Wilkie Collins

El río culpable

ePub r1.0

Oxobuco 28.08.13

Título original: *The Guilty River*

Wilkie Collins, 1886

Traducción: Denise Despeyroux & Óscar Maristany

Editor digital: Oxobuco

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

Camino del río

Por motivos personales no quise acompañar a mi madrastra a una cena que se ofrecía aquella noche en nuestro vecindario. Dado mi estado de ánimo, prefería estar solo; y para pasar el rato, pensé que lo mejor sería ir a cazar insectos.

Provisto de un pincel y una mezcla de ron y melaza, tomé el camino del bosque de Fordwitch con la intención de disponer la trampa, bien conocida por los cazadores de polillas, que llamamos endulzar los árboles.

El atardecer de verano era cálido y tranquilo; era esa hora entre el crepúsculo y la oscuridad. Después de haber pasado diez años en tierras extranjeras advertí ciertos cambios en los alrededores del bosque que me alertaron para no entrar demasiado confiado, ya que podía tener alguna dificultad para encontrar el camino.

Me detuve ante los primeros árboles y pinté los troncos con la traicionera mezcla, que atrae a los insectos nocturnos y los deja atontados en cuanto se instalan en su insalubre superficie. Colocada la trampa, esperé a que las polillas se intoxicasen.

Pero nada hay, más cansado y aburrido que esperar. La arboleda era muy tupida, más oscura aún que el firmamento. No se movía ni una sola hoja de los árboles. Eché de menos el murmullo del viento. Aquel bosque no quería regalarme su dulce canción de verano.

El primer enemigo aéreo no tardó mucho en aparecer. El cielo estaba algo tapado, pero los conozco bien por experiencia. No pocas han sido las veces que he perdido un valioso ejemplar de polilla por culpa de un murciélago en busca de su cena.

Esta vez no fue diferente a las otras. La primera polilla que quedó atrapada en el mejunje era un ejemplar considerable, así que me apresuré a ponerla a salvo antes de que los murciélagos se hicieran con ella. Cuando alargaba la mano para cogerla, pasó una sombra rauda y silenciosa. El murciélago se llevó mi polilla cuando mis dedos estaban a punto de apresarla. El Hombre y sus mejunjes acaban de servirle a ese murciélago el primer plato de su cena, pensé.

De cada cinco polillas que cazaba, tres me las arrebataban los murciélagos. Las otras dos, que me apresuraba a poner a salvo, resultaban ser ejemplares de escaso valor. En otras circunstancias, mi paciencia de coleccionista habría desafiado la destreza de los murciélagos. Sin embargo, aquella tarde (luego, con el paso de los años, habría de recordarla como una tarde memorable) me sentía alicaído y me costó muy poco firmar mi rendición: el mundo de los insectos perdía de repente todo su valor. En el silencio y la oscuridad me tumbé bajo un árbol y pensé en mí y en la nueva vida que me esperaba.

Me llamo Gerard Roylake, y soy hijo único del difunto Gerard Roylake, natural de Trimley Deen. Mi padre falleció cuando yo tenía veintidós años, dejándome en herencia todo su latifundio. Apenas unas pocas horas después de mi regreso de Alemania los criados me hirieron sin proponérselo. Al acercarme a la puerta oí que decían: «Aquí está el joven hacendado». Solían llamar a mi padre «el viejo hacendado». Me estremecí ante el recuerdo de mi padre, no por el hecho de sentir el dolor de su muerte, como podría haberles pasado a otros hijos en mi situación. En mí no había dolor que experimentar. Me resulta difícil confesarlo, pero su muerte, lejos de producirme pena, me dejó indiferente.

El amor que un hijo siente por su madre, ése sí es sagrado. Ella es quien nos alimenta con su propia sangre y, si fuese necesario, sacrificaría su propia vida para traernos al mundo. En nuestra infancia, cuando más desamparados estamos, es ella quien nos cuida y nos orienta con una paciencia y un amor divinos. ¿Qué lazos establece un padre con su vástago que puedan compararse en fuerza y amor con los de la madre? ¿Qué motivo hay para que los hijos prefieran a su padre antes que a cualquier otra persona que les sea familiar en la vida cotidiana? Ninguno, y a pesar de ello, los hijos, por instinto, siempre prefieren al padre, porque lo ven (si ha sido un hombre bueno), como a su mejor y más querido amigo.

Mi padre fue un mal hombre. Fue el peor enemigo de mi madre, y nunca fue amigo mío.

Si bien es cierto que es mucho lo que la vida habrá de enseñarme todavía, una cosa sé: que una mujer no se casa nunca con su primer amor. El sentido del deber impulsó a mi madre a romper con el hombre que había conquistado su corazón en los primeros años de su adolescencia, y mi padre lo descubrió después de casarse con ella. Los celos comenzaron a devorarlo por dentro, y fue mi madre quien pagó por ellos, cuando no ha habido sobre la faz de la tierra esposa más honesta y sufrida que ella. No tengo, en verdad, la paciencia necesaria para describir todo lo que sufrió. Baste decir que su martirio duró diez años. Alma en penitencia vivió su vida con santa resignación. Y sé que lo hizo por mí.

Mi padre no se quitó nunca de la cabeza la posibilidad de que yo fuera hijo de otro. Cuando mi madre murió, ya nada podía detenerlo. Y con el pretexto de que prefería las ventajas del sistema educativo extranjero, me envió a un colegio francés, y seguidamente a una universidad alemana. Nunca volví a las tierras donde nací, jamás recibí una carta de casa, hasta que el procurador de la familia me escribió desde Trimley Deen pidiéndome que tomara posesión de la casa y de las tierras por derecho de sucesión.

De no haber sido por un amigo (o enemigo, porque no supe nunca quién me había enviado a Alemania el recorte del periódico que se había hecho eco de la noticia), yo ni siquiera me habría enterado de que mi padre se había vuelto a casar.

Cuando llegué a Trimley Deen, conocí a mi madrastra. Yo no sabía nada de ella, ni ella de mí, pero los dos nos esforzamos visiblemente en aparentar una mutua simpatía. Ella tardó poco en darse cuenta de que el nuevo dueño de la hacienda parecía más un extranjero que un inglés. Debió parecerle raro que un joven terrateniente, a poco de iniciarse la temporada de caza, y al ser felicitado por el admirable estado de conservación de sus perdices y faisanes, no sólo demostrase un absoluto desinterés, sino que reconociera sin rubor que sus dos únicas aficiones eran el coleccionismo de insectos y la lectura. ¡Menuda decepción debió llevarse la señora Roylake! ¡Y con cuanta consideración me ocultó el efecto que le había causado!

Mi madrastra era una mujer elegante, de cabello rubio y ojos claros; pulcra, resplandeciente y sonriente. Tenía buen gusto en el vestir, era una mujer inteligente y sabía muy bien cómo hacerse querer. Pues bien, a pesar de poseer todas esas fascinantes e incuestionables virtudes, no hubo forma de que nos entendiéramos. Tal vez porque había permanecido tanto tiempo en el extranjero, me resultaba completamente imposible entender por qué mi madrastra otorgaba tanta importancia al linaje y a la opulencia. Quiso ponerme al corriente de los que serían mis nuevos vecinos, sin olvidarse de uno solo, de un extremo al otro del condado, refiriéndose únicamente a sus títulos y posesiones, dando por sentado que eso era lo que debía interesarme. A mí me puso por las nubes, como una especie de ídolo, siendo el único mérito por mi parte haber heredado dieciséis mil libras. Cuando le dije que no quería acompañarla a la cena, por la sencilla razón de que nadie me había invitado, la señora Roylake se tapó la boca con sus pequeñas y delicadas manos mostrando su sorpresa:

—¡Mi querido Gerard, con tu posición!

Parecía convencida de que la cuestión estaba resuelta. Me sometí silenciosamente; la verdad es que ya comenzaba a desistir de mis planes. Teniendo en cuenta la bondad y amabilidad de mi madrastra, ¿qué posibilidades había de establecer una auténtica simpatía entre nosotros? Y si mis vecinos se le parecían en la manera de pensar, ¿qué esperanza tenía de encontrar nuevos amigos en Inglaterra para reemplazar los de Alemania? Me sentía como un extraño entre mi propia gente, los hábitos y placeres de mi juventud habían quedado atrás y no tenía planes ni esperanzas para el futuro. No es extraño que mi ánimo estuviera por los suelos y fuese incluso incapaz de sentirme agradecido por la circunstancia afortunada de mi nacimiento.

Quizás el viaje hasta Inglaterra me había fatigado, o tal vez las influencias de la noche oscura y silenciosa resultaron irresistibles. Una cosa es cierta: las meditaciones solitarias bajo el árbol hicieron que me quedara dormido.

Me despertó una luz.

Había salido la luna. Como en aquel linde el bosque no era todavía demasiado tupido, la luz de luna, pura y siempre bien recibida, pasó fácilmente a través de las

copas de los árboles. Me levanté y miré a mi alrededor. Ahora podía ver el sendero que se adentraba en el bosque, más ancho y mejor conservado que cualquiera de los caminos que recordaba de mi infancia. La luna me lo mostraba claramente, y mi curiosidad se excitó.

Llegué hasta un claro del bosque, y enseguida reconocí el lugar. Solamente una cosa estaba cambiada. Habían quitado las piedras y zarzales de una fuente abandonada y la habían provisto de un vaso para beber, y habían colocado un banco rústico y una losa de mármol con unos versos en latín. La fuente me trajo a la memoria un río situado a corta distancia, que corría entre los árboles a un lado y el desolado campo abierto al otro. Ascendiendo desde el claro me encontré ante un estrecho sendero que me era familiar.

Si no me fallaba la memoria, aquél era el camino del viejo molino. La imagen de su enorme rueda giratoria, que me asustaba y a la vez me fascinaba de pequeño, volvió a mi memoria por primera vez después de muchos años. En mi actual estado de ánimo aquella antigua escena me atraía con la irresistible influencia de un viejo amigo. Me dije: «¿Continúo caminando hasta encontrar el río y el molino?» Aquella cuestión totalmente insignificante me suponía tremendas dificultades, tan absurdas que se parecían a las que surgen en los sueños. Sorprendiéndome a mí mismo titubeé, retrocedí, reconsideré la decisión, sin saber por qué, y dando media vuelta me encaminé de nuevo hacia el río. Me pregunto qué habría sido de mi vida si hubiese ido en la dirección contraria.

CAPÍTULO II

El río nos presenta

Estaba solo a la orilla del río más feo de Inglaterra.

Ni siquiera la luz de la luna, derramándose desde un cielo sereno sobre aquel claro del bosque, lograba aportar una pizca de belleza a aquellas indolentes aguas. No había ni una sola roca en todo el curso del río que hiciera saltar bellamente el agua, y ésta bajaba irremediablemente lenta y silenciosa. Los descuidados árboles de la orilla donde yo me encontraba crecían los unos tan cerca de los otros que se robaban la vida y se envenenaban mutuamente. En la otra orilla, los gigantescos juncos ocultaban la tierra que se extendía a lo lejos, pero aun así podía entreverse la desértica desnudez de su superficie, manchada aquí y allá por matas de arbustos secas.

Un río repelente en sí mismo, un río repelente en sus contornos, un río repelente incluso en su nombre. Se llamaba Loke. Ni la tradición popular ni los historiadores podían dar cuenta del significado o el origen de aquel nombre.

«Lo llamamos el Loke. Dicen que no hay pez que pueda sobrevivir en sus aguas, y que cuando llega a la desembocadura, ensucia el agua limpia y salada del mar.» Así describían al Loke las gentes que mejor lo conocían. Sin embargo, yo me sentía feliz de regresar a aquel río, que parecía esperarme con la expresión de un viejo amigo.

A mi derecha se alzaba el venerable maderamen del molino. A esas horas de la noche, la rueda permanecía inmóvil, y el molino entero me parecía más pequeño que antes, algo que ocurre a menudo con los objetos que volvemos a ver después de una larga temporada. Por lo demás, el molino estaba igual que siempre. Sin embargo, la cabaña de madera adosada a él había sufrido los efectos devastadores del paso del tiempo. Una parte de la decrepita construcción aún se tenía en pie en su calamitosa vejez, sostenida en parte por vigas que iban del techo de paja hasta el suelo, y en parte por la pared de una nueva cabaña añadida, que con sus ladrillos amarillos ofrecía un horrible contraste moderno con los restos de la vieja casa vecina.

¿Habría muerto el molinero que yo recordaba y serían estos cambios obra de su sucesor? Pensé que lo mejor sería preguntarlo. Intenté abrir la puerta de la cabaña: estaba cerrada. Todas las ventanas estaban a oscuras, salvo una situada en el rincón más alejado del piso de arriba de la nueva construcción. Fuera quien fuera, debía estar a punto de acostarse, así que pensé que lo mejor sería no molestar. Me volví hacia el Loke con la intención de alargar el paseo una milla o poco más hasta el pueblo que, según recordaba, estaba situado a la orilla del río.

No había avanzado mucho cuando la quietud que me envolvía fue alterada por el ruido intermitente de un chapoteo en el agua. Al detenerme a escuchar reconocí el sonido de unos remos. Al momento apareció una barca, girando hacia la orilla,

conducida por una mujer que remaba sin parar a contracorriente.

A medida que la barca se me acercaba iluminada por la luna pude corregir mi primera impresión, al comprobar que la persona que la conducía era una muchacha joven. Me pareció una desconocida. ¿Quién debía ser aquella muchacha que iba sola por el río a aquellas horas de la noche? Impulsado por la curiosidad, en lugar de continuar hacia el pueblo, seguí la barca. Quería saber si la muchacha se detendría en el molino o por el contrario continuaría remando río arriba.

Se detuvo ante el molino, amarró la barca y saltó a tierra. Sacó una llave del bolsillo y, en el momento en que se disponía a abrir la puerta de la cabaña vieja, me acerqué a ella. En un primer instante no supe reconocerla, pero lo cierto es que me vino a la memoria aquella niña estafalaria y desvergonzada que fue una de las alumnas preferidas de mi pobre madre en la escuela del pueblo. Aun a riesgo de ofenderla con el equívoco, le solté:

—¿No será usted Cristel Toller?

Al parecer, mi pregunta le pareció de lo más divertida.

—¿Y por qué no habría de ser yo Cristel Toller? —me respondió con una sonrisa.

—Es que la última vez que la vi —le expliqué—, sólo era una niña. La verdad es que la veo muy mejorada. De no haber sido porque la he visto abrir la puerta de la cabaña, no habría pensado nunca que fuera usted la hija de Giles Toller el del molino.

Ella acogió el halago con una reverencia que volvió a recordarme la escuela del pueblo.

—Gracias, joven —respondió con viveza—. Me pregunto quién es usted.

—Veamos si se acuerda de mí —sugerí.

—¿Me permite que le mire detenidamente?

—Tanto como lo desee.

Estudió mi rostro, su esfuerzo por recordarme la hizo juntar sus hermosas cejas frunciendo el ceño de una forma curiosa.

—Sus ojos. Tienen algo que... —murmuró Cristel para sí— diría que los he visto antes en alguna otra parte. Sin embargo, su voz no me resulta familiar, y no creo conocer a nadie con esa barba —permaneció pensativa por un momento y volvió a dirigirse a mí—. Ahora que lo veo bien, yo diría que es usted un caballero. ¿Estoy en lo cierto o no?

—Bueno, eso espero.

—¿Está usted burlándose de mí?

—No se ofenda, señorita, solamente pretendo saber si se acuerda usted de Gerard Roylake.

Mientras llevaba la barca, la hija del molinero había estado remando con los brazos desnudos; unos brazos bellos y morenos, a la vez firmes y delicados. Hasta entonces se había olvidado de cubrirlos. Tan pronto como dije mi nombre retrocedió

asustada, se bajó las mangas rápidamente y ocultó el objeto de mi admiración en un gesto de respeto hacia mí. Luego me pidió disculpas.

—Es que de pequeño era usted un niño tan dulce y cariñoso —dijo—. ¡Cómo quería que le reconociese con esa voz tan varonil, y esa cara tan peluda! —de repente pareció darse cuenta de que había usado un tono demasiado familiar—. ¡Ay, Dios mío, pero si es el dueño de medio condado! —oí que decía para sí. Luego, volvió a intentar disculparse, esta vez usando las formas convencionales—. Le ruego que me disculpe, señor. Permítame que le dé la bienvenida a su propio condado, señor. Buenas noches, señor.

Cristel salió huyendo hacia la cabaña. Yo la seguí hasta el umbral de la puerta.

—Todavía es muy temprano para irse a dormir —me aventuré a decir. Ella aún se comportaba como una criada dirigiéndose a su amo.

—Lo que usted diga, señor —respondió.

Aquel reconocimiento de mi autoridad era irresistible. Estaba en deuda con Cristel por su buena influencia sobre mí y me sentí sinceramente agradecido: me había hecho reír por primera vez desde mi regreso a Inglaterra.

—No es necesario que nos digamos buenas noches todavía —le sugerí—. Quisiera saber más cosas sobre usted ¿Me permite que entre?

Se alejó de la puerta incluso con más rapidez que antes al acercarse. Quizás me equivocaba, pero me pareció que Cristel estaba realmente alarmada por mi propuesta. Paseamos arriba y abajo por la orilla del río. Cada vez que nos acercábamos a la cabaña, notaba que ella miraba de reojo la espantosa construcción moderna. Esta vez no me equivocaba: había duda y ansiedad en su rostro. ¿Qué estaba sucediendo en el molino? Hice algunas inquisiciones domésticas, empezando por su padre. ¿Vivía todavía el molinero?

—¡Oh, sí señor! Adelgaza con la edad, pero eso es todo.

—¿La ha hecho salir sola con la barca a estas horas de la noche?

—Tenía que ir a llevar un saco de harina —me dijo, señalando hacia el pueblo de la orilla—. Padre ya no puede trabajar tan rápido como antes. A veces se le acumula el trabajo.

¿No había nadie que diese a Gilles Taller la ayuda que necesitaba a su edad?

—¿Quiere decir que usted y su padre viven solos en este lugar tan apartado? —le pregunté.

Se produjo un cambio en la expresión de sus brillantes ojos castaños que despertó mi curiosidad. Observé también que evitaba dar una respuesta directa.

—Señor, ¿qué le hace pensar que Padre y yo no estamos solos? —me preguntó.

Señalé la nueva cabaña.

—Esa construcción tan fea —respondí— parece indicar que disponen de más espacio del que necesitan... a menos que haya alguien más viviendo en el molino.

No pretendía obligarla a decir lo que hasta entonces se reservaba, pero ella pareció interpretar lo contrario.

—Ya que quiere saberlo —respondió— hay, alguien más viviendo con nosotros.

—¿Un hombre que ayuda a su padre?

—No, un hombre que paga el alquiler a mi padre.

No esperaba esa respuesta: Cristel me sorprendió. Para empezar, yo sabía que su padre estaba lo que en Inglaterra llamamos «bien relacionado». Su hermano menor era comerciante, y había logrado reunir una gran fortuna. En más de una ocasión les había ofrecido los medios para retirarse del molino con una renta suficiente para vivir. Además se sabía que Gilles Toller tenía ahorros. Sus gastos domésticos no afectaban mucho su bolsillo; su esposa alemana (cuyo nombre había heredado su hija) había muerto hacía tiempo; sus hijos no eran una carga para él, nunca, que yo recuerde, habían vivido en el molino. A pesar de todas estas razones, que demostraban que no necesitaba meter a un extraño en casa, si había entendido bien a Cristel, el hombre había dejado sus habitaciones disponibles a un inquilino.

—El señor Toller no puede tener problemas de dinero —le dije a Cristel.

—Pues cuanto más tiene, más quiere. Por eso —añadió con amargura—, hizo construir una cabaña nueva y grande y tenemos un inquilino.

—¿Ese inquilino es un caballero?

—No lo sé. ¿Es un hombre un caballero si tiene criado? ¡No se moleste en considerarlo, señor! No vale la pena.

Por fin hablaba claro.

—No parece que le guste demasiado el inquilino —dije.

—¡Lo odio!

—¿Por qué?

Se volvió hacia mí con una mirada de sorpresa y rabia —debo reconocer que la merecía— que mostró todo el brillo y el poder de su enigmática belleza. En aquel momento su encanto me pareció irresistible. Me atrevería a decir que era ciego a las imperfecciones de su rostro. El bueno de mi tutor alemán solía lamentar que aún hubiese en mi carácter demasiados rasgos propios de un muchacho. Preso de una sincera admiración me expresé de una manera demasiado llana.

—¡Qué hermosa criatura es usted! —le solté.

Cristel se mostró más sensata que yo, pasando por alto mis halagos y mi estúpido comportamiento, y evitando hacer ningún comentario al respecto.

—Señorito Gerard —pareció que quería decirme algo, pero se detuvo—. Oh, le ruego que me disculpe, señor, por un momento me ha hecho recordar tiempos pasados. Quiero decir: no era tan preguntón aquel pequeño caballero de pantalones cortos. Por favor, compórtese como lo hacía entonces y no diga nada más sobre nuestro inquilino. Lo odio porque lo odio. ¡Eso es!

A pesar de mi ignorancia respecto al temperamento femenino por fin logré comprenderla. La opinión que Cristel tenía del inquilino era exactamente la contraria de la que el inquilino tenía de Cristel. Si añado que este descubrimiento contribuyó de manera decisiva a aligerar mi espíritu, la impresión que me produjo la hija del molinero ha sido expresada sin exageración y sin reserva.

—Buenas noches —repitió por última vez.

Le tendí la mano.

—¿Cree que es correcto, señor —preguntó humildemente— que una muchacha como yo estreche su mano?

Sin embargo lo hizo, y al soltar mi mano dedicó una mirada de despedida al misterioso objeto de su Interés: la cabaña nueva. Su inestable humor cambió repentinamente. No pudiendo contener la ira, dio una patada contra el suelo, exclamando para sí:

—¡Justo lo que quería que pasase!

CAPÍTULO III

Él se muestra

Yo también miré hacia la cabaña y en una de las ventanas del piso de arriba, vi algo ciertamente asombroso.

Si la luz de la luna no me engañaba, el rostro más bello que había visto jamás nos estaba mirando... ¡y era el rostro de un hombre! A pesar de que no había buena luz, pude observar la perfección de sus facciones y la expresión enérgica que hacía imposible confundirlo con una mujer, a pesar de que llevaba el pelo largo y no tenía bigote ni barba.

Nos observaba atentamente y cuando levantamos la vista no se inmutó.

—Evidentemente es el inquilino —susurré a Cristel—. ¡Qué hombre tan bien parecido!

Ella movió la cabeza en un gesto de desprecio: mi expresión de admiración pareció irritarla.

—No quería que él le viese —dijo—. El inquilino me persigue con sus atenciones. Es bastante descarado como para estar celoso.

Hablaba sin bajar ni siquiera el tono de voz. Intenté advertirla.

—Todavía está en la ventana —dije en un tono discretamente bajo—. Puede oír todo lo que dice.

—Ni una palabra, señor Gerard.

—¿Qué quiere decir?

—Es sordo. No vuelva a mirarlo. No me diga nada más. Márchese a casa, se lo ruego... ¡márchese!

Sin más explicación, entró corriendo en la cabaña y cerró la puerta.

Me di la vuelta, e iba a entrar en el sendero del bosque cuando oí una voz detrás mío.

—Alto, señor.

Me detuve al momento. Había logrado llegar tan sólo hasta los primeros árboles del bosque. A la luz de la luna volví a ver al hombre de la ventana. Su figura, alta y esbelta y sus movimientos elegantes y pausados armonizaban con su bello rostro. Levantó las manos largas y finas y las unió en un angustioso gesto de súplica.

—¡Por el amor de Dios! —dijo—. ¡No quisiera haberlo ofendido, señor!

Más que sus palabras, lo que de verdad me sorprendió fue su voz. Nunca había oído nada parecido a aquello. Hablaba con una voz monótona, apagada y ahogada, se expresaba lentamente y con mucho cuidado, sin poner el más ligero énfasis en ninguna de las palabras que usaba. Me quedé tan asombrado que olvidé lo que me había dicho Cristel. Le respondí como a cualquier otra persona que se hubiera

dirigido a mí.

—¿Qué desea usted?

Dejó caer las manos y hundió la cabeza sobre el pecho.

—Señor, está usted hablando con una miserable criatura que no puede oírle. Soy sordo.

Me acerqué a él e intenté levantar la voz, sintiendo lástima por su defecto. Se estremeció y me hizo señas para que me alejara.

—No se acerque a mi oído. No grite —había un extraño brillo en sus ojos. Estaba muy nervioso, pero no noté ningún cambio en su voz—. A veces sí que puedo oír un poco —continuó diciendo— cuando la gente me habla así. Pero es doloroso. Las voces me atraviesan los nervios como un cuchillo cuando penetra en la carne. Vivo en el molino y debo pedirle un gran favor, señor. ¿Podría venir a hablar conmigo a mi habitación, apenas cinco minutos?

Dudé. Imagino que cualquier hombre en mi lugar habría hecho lo mismo al recibir semejante invitación por parte de un desconocido cuyo penoso defecto lo incapacita para las relaciones sociales.

Supongo que él me adivinó el pensamiento. Trató de ganarse mi simpatía con palabras que probablemente hubieran resultado persuasivas pronunciadas con una entonación normal.

—No puedo evitar ser un desconocido para usted, ni puedo evitar ser sordo. Usted es un hombre joven. Pero parece más compasivo y paciente que la mayoría de hombres. ¿No quiere oír lo que tengo que decirle? ¿No quiere contarme lo que deseo saber?

¿Cómo haríamos para comunicarnos? ¿Suponía que yo había aprendido el lenguaje de las manos? Me toqué los dedos y sacudí la cabeza para disipar su ilusión, si es que existía.

Él entendió el significado de mis gestos enseguida.

—Aunque conociera usted el lenguaje de las manos —me dijo—, de nada serviría. No quise aprenderlo. Sí, soy un miserable. Me quedé sordo hace poco más de un año. Perdóneme si le causo tantas molestias. Pido a las personas que se compadecen de mí que escriban sus respuestas cuando hablan conmigo. Venga a mi habitación, encontrará lo que necesite... una vela para escribir.

¿Era su voluntad más fuerte que la mía? ¿Estaba ayudándose (sin que me diera cuenta) de las ventajas de su apariencia? Debo confesar que ver a un hombre disculpándose por su condición de incapacitado me conmovió hasta el punto de hacerme reconsiderar mi decisión.

Él notó mi debilidad y supo aprovecharla a su favor.

—Cinco minutos es todo cuanto le pido —dijo—. ¿Es que no tiene usted compasión de un hombre que ve a sus semejantes conversar alegremente mientras él

se siente muerto y enterrado entre ellos?

La exageración de su lenguaje tuvo su efecto en mi espíritu. Me reveló la terrible soledad del sordo en medio de la humanidad. Y como la prudencia no es uno de los puntos fuertes de mi carácter, cometí una de las muchas tonterías de mi vida. Le hice una señal al desconocido, indicándole que me mostrara el camino de vuelta hacia el molino.

CAPÍTULO IV

Él se explica

El miserable de Giles Toller no le había ofrecido a su huésped nada más que protección contra el viento y la lluvia, y el mobiliario estrictamente imprescindible en una habitación. No había alfombra, ni papel en las paredes, ni techo para cubrir las vigas.

La silla en la que me senté era la única que había en la habitación; el hombre del cual imprudentemente había consentido ser huésped se sentó en la cama. Sobre la mesa había papel y tinta, y una pluma y un lápiz, además de un candelero de latón, lleno de abolladuras, con una vulgar bujía de sebo. Sobre la cama había algunas mudas. La repisa de la chimenea, que estaba sin pintar, le servía para guardar el dinero. Al lado del dinero había un espejo roto. Le había dado la vuelta contra la pared. El hombre se dio cuenta enseguida de que aquella circunstancia me había llamado especialmente la atención.

—La vanidad y yo nos hemos separado —me explicó—. No soporto mirarme al espejo. Hasta el hombre más feo del mundo, si no es sordo, es más agradable que yo. ¿Le parece muy miserable este cuartucho?

Me dio un lápiz y unas cuartillas. Le escribí la respuesta: «Me da pena por usted». Él negó con la cabeza.

—No debería malgastar su compasión conmigo. Cuando uno deja de relacionarse con la gente, le tiene sin cuidado cómo pueda estar su casa. La única compañía que necesita para pasar el resto de sus días, es la de su propia soledad. ¿No le parece que deberíamos presentarnos? Tendrá que disculparme, pero no puedo ser yo quien tome la iniciativa.

Volví a usar el lápiz: «¿Por qué no?»

—Porque es evidente que querrá usted que le diga cómo me llamo. Pero no puedo decírselo, porque he dejado de llevar mi apellido; y estando al margen de la sociedad, ¿qué necesidad tengo de adoptar otro? Por lo que respecta a mi nombre de pila, es tan detestablemente feo que odio cómo se escribe y cómo suena. Aquí me conocen como El Inquilino. ¿Quiere usted llamarme así o prefiere un apodo más apropiado? Provengo de una estirpe impura; y es probable que, después de todo lo que me ha pasado, me convierta en un individuo despreciable. Puede usted llamarme El Abyecto^[1]. ¡Oh, no sienta usted reparos, caballero! No encontrará mejor palabra para definirme. Y dígame, ¿cómo se llama usted?

Anoté mi nombre en el papel. Su expresión se entristeció cuando descubrió quién era.

—Un terrateniente joven y encantador —dijo—. Antes he visto que hablaba usted

con Cristel Toller como si la conociera de toda la vida. No me gusta que le dé usted tanta confianza a esa muchacha. Y menos ahora que sé quién es usted.

Cogí de nuevo el lápiz y, dejándome de ceremonias, le pregunté qué había querido decir con eso.

El me respondió inmediatamente:

—Muy sencillo, señor Roylake. Es usted el hombre más rico del condado; y un galán debe guardarse sus confianzas para las damas de su alcurnia.

Aquello me pareció una insolencia intolerable. Hasta entonces me había abstenido de usar su amargo apodo. En la irritación del momento resolví tomarme en serio su sugerencia. Si lo que quería era que me pusiera furioso, lo iba a conseguir. Cogí una nueva cuartilla y escribí el que probablemente era el exabrupto más ingenioso que mi embotado cerebro pudo concebir estimulado por la situación.

—El Abyecto haría muy bien en guardarse sus consejos mientras no se los pidan.

Por primera vez algo parecido a una sonrisa apareció en sus labios. Ése fue el único resultado visible de mi seria advertencia. Por lo demás, parecía decidido a continuar con sus impertinencias y con el asunto que verdaderamente le interesaba.

—No les había visto hablando juntos antes de esta noche. ¿Ha estado viéndose con Cristel a escondidas?

Sentí que había llegado el momento de defender el honor de la muchacha. Cogí de nuevo el lápiz y le expliqué que acababa de regresar a Inglaterra tras una larga estancia en varios países extranjeros; que Cristel y yo nos conocíamos desde que éramos unos chiquillos, y que si nos había visto hablando juntos delante la cabaña era porque nos habíamos encontrado por pura casualidad. Llegado a este punto de mi réplica, hice una pausa. Él debía estar muy impaciente por leer mi respuesta, porque de golpe alargó la mano con la intención de quitarme el papel. Le pedí con un gesto que esperara, y añadí la última frase:

—Sepa usted que ya no voy a responder a ninguna de sus preguntas. Y con esto doy el asunto por terminado.

El leyó mi mensaje poniendo toda su atención. Aquello sí que le hizo desconfiar de mí definitivamente.

—¿Ha pensado usted en la posibilidad de no volver más por aquí? —me preguntó.

Le mostré la última frase de la cuartilla, y me levanté con la intención de marcharme, pero me obligó a detenerme en la puerta. No necesitó ni siquiera hacer un gesto con la mano, le bastó con la autoridad de su mirada. La débil luz de la vela no me permitía distinguir el color de sus ojos. Oscuros, grandes y delicadamente situados en su rostro, en aquel momento había en ellos una pasión siniestra que me retuvo a pesar mío.

Elevando repentinamente el tono de su voz, aunque ésta sonara tan monótona

como siempre, expresó de algún modo el delirio que lo atormentaba.

—Señor Roylake, la amo. Y estoy decidido a casarme con ella. Le advierto que cualquier hombre que quiera interponerse entre esa cruel muchacha y yo... ¡sí, es tan dura como las piedras del molino de su padre! Amarla es mi felicidad y mi miseria. Así que entienda esto, jovencito: el hombre que quiera robarme a Cristel Toller, ya puede irse preparando. No lo olvide.

Bien sabe Dios que no fue mi deseo ofenderle, pero sus amenazas me parecieron tan absurdas que me reí. Él se acercó a mí con una expresión de rabia y odio tan demoníaca que su rostro se volvió absolutamente repugnante.

—Parece que le divierto —dijo—. Quizás va siendo hora de que se entere usted de quién soy yo.

Se dio la vuelta y comenzó a andar de un lado a otro del pequeño y desordenado cuarto, sumido en sus pensamientos.

—No quisiera que por culpa de un malentendido usted y yo termináramos mal —dijo, interrumpiendo sus meditaciones. Luego volvió a sus cavilaciones, y de nuevo dirigiéndose a mí, añadió—: Es usted impulsivo como todos los jóvenes. Pero no parece mala persona. Me pregunto si puedo confiar en usted. Ni un solo hombre entre mil lo haría. No importa. Yo soy el hombre entre diez mil capaz de hacerlo. Señor Gerard Roylake, confiaré en usted.

Tras esta expresión incoherente de una resolución incomprensible para mí, abrió el cerrojo de un cofre desvencijado que había en un rincón de su cuarto, y sacó una pequeña carpeta.

—A su edad —prosiguió—, los hombres no saben ver el interior de las cosas. Aprenda esta valiosa costumbre, señor, y empiece por mirar bajo mi superficie.

Me obligó a coger la carpeta. Una vez más, sentí la irresistible influencia de sus preciosos ojos. Su mirada era triste y solemne, y parecía como si quisiera advertirme de algo.

—Usted mismo podrá comprobar que desde que padezco sordera, en el alma sólo tengo demonios. Nadie, excepto usted, debe poner sus ojos sobre el horrible contenido de esta carpeta. Mañana le espero aquí. Para entonces, creo que ya habrá decidido usted si desea seguir siendo mi enemigo.

Me abrió la puerta, y me dijo adiós con una elegante reverencia. Diríase que se creía un rey despidiéndose de su súbdito.

¿Estaba loco? No sabía si llegar a esta conclusión.

De lo que sí estaba seguro era de que aquel hombre sordo había sabido servirse de extraños y hasta tortuosos métodos para llevarme, muy a pesar de mi resistencia inicial, al terreno que más le convenía. Incluso diría que casi consiguió que me hiciera su amigo. Pero yo no podía olvidar las palabras de Cristel y mucho menos el temor que había expresado al referirse a aquel hombre. En ese momento yo no podía,

ni mucho menos, prever la catástrofe que finalmente se nos vendría encima, pero sentí que había regresado a mi país en un mal momento para la hija del molinero. Pensé que debía hacer algo por Cristel, no ya sólo por su tranquilidad sino porque empezaba a temer seriamente que su vida estuviera corriendo peligro.

Impaciente por descubrir el contenido de la carpeta, regresé rápidamente a Trimley Deen. Mi madrastra aún no había regresado de la cena. Como no había estado en casa en los últimos diez años, tuve que pedirle al criado que me mostrara mi habitación. La ventana tenía vistas al bosque de Fordwitch. Mientras abría la carpeta que me revelaría el alma secreta del hombre que de manera tan extraña había conocido, la pálida luz de la luna se desvanecía y los lejanos árboles se perdían en las tinieblas de una noche sin estrellas.

CAPÍTULO V

Él se traiciona

La confesión se titulaba «Memorias de un Hombre Miserable». Comenzaba bruscamente, con estas palabras:

I

Para empezar, reconozco que la desgracia ha causado en mí un efecto que la mayor parte de la frágil humanidad se esfuerza por ocultar. Debido a mi propio sufrimiento, me he vuelto enormemente importante para mí mismo. Siendo éste mi estado de ánimo, es natural que disfrute haciéndome este autorretrato por escrito. Déjenme añadir que debo usar la palabra escrita, porque supone para mí un doloroso esfuerzo (puesto que he perdido el oído) mantener con alguien una conversación, por breve que ésta sea.

También debo confesar que mi cerebro no me obedece tanto como quisiera.

Por ejemplo, poseo una considerable habilidad (a pesar de que soy sólo un aficionado) para pintar con acuarelas. Pero sólo puedo realizar una obra de arte cuando me empuja un irresistible impulso de expresar mis pensamientos en formas y colores. Y eso mismo me ocurre cuando hago uso del lápiz. Sólo puedo escribir cuando soy presa de un arrebató; unas veces eso sucede de noche, cuando debería estar durmiendo; otras, a la hora del almuerzo o de la cena, y tengo que soltar inmediatamente el cuchillo y el tenedor; también me ocurre cuando salgo de casa y algún desconocido me mira inquisitivamente. Para escribir me sirve perfectamente el primer pedazo de papel que encuentro tirado en el suelo; pero si tardo mucho en hacerme con uno, se me escapan las ideas.

Ahora que ya les he explicado mi método, procederé a la deliberada traición de mí mismo, porque eso es precisamente lo que me propongo hacer en este autorretrato.

II

Mi vida se divide en dos Épocas, tituladas respectivamente: Antes de mi Sordera, y Después de mi Sordera. O supongamos que defino el triste cambio de mi suerte de una manera más tajante todavía contrastando cada uno de Mis Días de Prosperidad con Mis Días de Penalidades. De estas alternativas, me sería difícil saber cuál escoger. No importa; lo verdaderamente necesario es proseguir.

En cualquier caso, debo reconocer que pasé una infancia feliz gracias a mi madre. Nunca dejó de ser generosa, y eso que fueron muchas las adversidades que hubo de padecer, y de ninguna de ellas fue merecedora. Nacida de padres esclavos, fue vendida en subasta pública en los Estados sureños de América cuando todavía no había cumplido los dieciocho años. La persona que la compró (nunca quiso decirme quién había sido), la liberó en una memoria escrita que añadió a su testamento en el mismo lecho de su muerte. Mi padre la conoció unos años más tarde, en una asociación americana, y según tengo oído, se enamoró perdidamente de ella y se casó desafiando la voluntad de su propia familia. Y no se equivocó al hacerlo, porque no ha habido mejor esposa y madre que ella. El único vestigio de buenos sentimientos que todavía poseo revive en mi corazón cuando me detengo en el recuerdo de mi madre.

En la escuela, continuó acompañándome la buena suerte. El director era la persona más cercana a la perfección que he conocido. Incluso los muchachos con peor carácter acabaron teniéndole afecto. Animado por él, y, sobre todo por complacerle, gané todos y cada uno de aquellos concursos en los que se premiaban el trabajo, la inteligencia, y el buen comportamiento. Y me convertí, a una edad inusualmente temprana, en el primero de la clase. Cuando tuve edad suficiente para ir a la Universidad, y llegó el temible día de la despedida, no podía soportar la agonía de dejar al maestro, ¡no, no era sólo un maestro para mí!, era un amigo al que quería con devoción. En aquella época todavía había un poco de bondad en mi corazón. Me pregunto dónde habrá ido a parar.

Pasaron los años, y yo seguí siendo el niño mimado de la diosa Fortuna.

Pero la Universidad era un lugar lleno de peligros para un muchacho vulnerable como yo. Por suerte, mi padre, después de pedir consejo a un sabio amigo suyo, me envió a Cambridge. Entré en uno de los colegios menores. Tuve un buen comienzo, juntándome con el grupo adecuado de compañeros. Me daban todos muy buen ejemplo. Formamos un pequeño club de buenos estudiantes; nuestros placeres eran inocentes, y además éramos demasiado orgullosos y demasiado pobres para contraer deudas. Cuando recuerdo aquellos días de Cambridge y, más lejos, aquellos días de la escuela, me pregunto qué se ha hecho de mi lado bueno.

III

Durante mi último año en Cambridge falleció mi padre. A él le habría gustado que yo fuese abogado. Pero el Derecho requiere ciertas cualidades de las que yo sabía que no era poseedor. En eso, mi madre estuvo de acuerdo conmigo. Cuando salí de la Universidad, había elegido como profesión la del arte médico, particularmente la

rama denominada cirugía. Después de estudiar tres años sin descanso en uno de los hospitales más importantes de Londres, comencé a ejercer por mi cuenta. La suerte, que siempre había sido mi fiel aliada, me sonrió una vez más en el comienzo de mi carrera.

El invierno de aquel año se caracterizó por la alternancia de extremas nevadas y deshielos. Fueron numerosos los casos de transeúntes que se accidentaron en las calles de la ciudad. Uno de esos percances sucedió frente a la puerta de mi casa. Un caballero resbaló en el suelo helado, y se partió una pierna. Cuando le comuniqué a su familia lo ocurrido, me enteré de que mi paciente circunstancial pertenecía a la nobleza.

Milord quedó tan satisfecho con mis servicios que rehusó ser atendido por ningún otro médico, a pesar de que en la ciudad no faltaban galenos más veteranos y mejores que yo. Poco podía imaginar yo entonces que aquel habría de ser el último favor que me concedía la diosa Fortuna. Disfruté de la confianza y el apoyo de un hombre que poseía una influencia social ilimitada, y fui recibido con una enorme cortesía por las damas de su familia. Pero, justo en la época en que podía esperar todo de mi futura vida profesional, sin temor a que mis anhelos fueran exagerados, la muerte me privó de la amistad más querida y más sincera que yo poseía. Sufrí la única y terrible pérdida que es imposible reemplazar, la pérdida de mi madre. La vi la noche anterior a su muerte. Parecía disfrutar de buena salud. A la mañana siguiente, la encontraron muerta en la cama.

IV

Los buenos observadores habrán advertido que en lo que llevo escrito no he dicho nada acerca de los hombres de mi familia, y que incluso he pasado por alto a mi padre haciendo apenas alusión a su muerte.

Esta extraña reticencia por mi parte debe ser atribuida únicamente a mi propia ignorancia. Hasta el día de la muerte de mi madre, momento en que mi vida se llenó de dolor, mi padre, mi tío y mi abuelo eran para mí unos perfectos desconocidos. No sabía de ellos más de lo que uno puede saber de alguien que pasa por la calle. Ahora revelaré cómo me las ingeníé para conocer más íntimamente a mis antepasados.

Ante la falta de instrucciones sobre cómo proceder tras la muerte de mi madre, leí los documentos que ella había dejado a mi cuidado. Repasé sus cartas atentamente y antes de decidir qué merecía la pena conservar y qué destruir, encontré un paquete, cerrado con un sello y acompañado de un texto que se dirigía a mi madre en los siguientes términos:

«Querida, ante el temor de que pueda suceder algo, no mencionaré ningún nombre. Espero que cuando reconozcas mi letra te acuerdes de la devoción que siempre he sentido por ti, y te convenzas de que puedes confiar en mí y en la ayuda que ahora te ofrezco, amiga y hermana mía. En pocas palabras te diré que ha llegado a mis oídos la circunstancia en que ha tenido lugar tu matrimonio. Lamentablemente, la familia de tu marido se ha enterado de tus orígenes; su orgullo ha sido profundamente herido, y las mujeres especialmente han hecho crecer en torno tuyo un maligno sentimiento de odio. Tengo mis razones para temer que, con el fin de justificar el modo inhumano en que hablan de ti, hagan pública la calamidad de tu nacimiento como esclava. No quiero tú pensar en el resultado que podría tener esta revelación, sobre todo por lo que respecta a tu marido. Lo que quiero que sepas es que estoy en condiciones de ofrecerte un medio seguro de protegerte, a través de cierta información que he obtenido inesperadamente, y cuya procedencia debo guardar en secreto. Si alguna vez te ves amenazada por tus enemigos, abre este paquete que te envío cerrado y sellado, y serás dueña del silencio de cualquier hombre o mujer que se proponga injuriarte. Puedo decirte que todas y cada una de las aseveraciones que contiene el paquete van acompañadas de pruebas irrefutables. Guárdalo con cuidado mientras vivas, ¡y Dios quiera que nunca te veas obligada a romper el sello!»

Éste era el texto, copiado literalmente, palabra por palabra. No tengo la menor idea de quién podía ser la persona que tanta devoción mostraba hacia mi madre, de lo que sí estoy seguro es de que ella habría destruido el paquete de no ser por su muerte repentina.

Al principio tuve mis dudas, y no alcanzo a comprender el motivo de las mismas, pero finalmente decidí abrir el paquete. Nada diré acerca del horror que me causó la lectura de los documentos que contenía. ¿Quién comparte las penas y sufrimientos de un extraño? Déjenme decirles que aquel día conocí por fin a mis antepasados y que ahora estoy en condiciones de presentarlos como realmente eran, de la manera siguiente:

V

Mi abuelo fue juzgado por asesinato con premeditación, lo declararon culpable basándose en pruebas evidentes y murió en el patíbulo a manos del verdugo.

Sus dos hijos renunciaron a su apellido, y abandonaron el hogar. Eran, sin embargo, dignos representantes de su atroz padre, tal como ahora se verá.

A mi tío, capitán de la Armada, lo cogieron en la mesa de juego utilizando unos

dados trucados. El muy granuja murió en un duelo con uno de los oficiales a quien había hecho trampas. Ni siquiera dio tiempo a que lo expulsaran del regimiento.

Mi padre, siendo poco más que un adolescente, abandonó a una pobre muchacha que había confiado en su promesa de matrimonio. Sin amigos y sin esperanza la joven se ahogó con el hijo que llevaba en el vientre. De la larga lista de crímenes cometidos por mi familia, el de mi padre fue sin duda el más infame. Sin embargo, ni tuvo que responder de sus actos ante un tribunal de justicia ni tuvo que enfrentarse tampoco ante un tribunal de honor.

En esta vida se puede pertenecer a diferentes clases sociales. Este es el linaje del que yo provengo ¿Qué piensan ahora de mí?

VI

Decidí revisar mi pasado, desde mis primeros recuerdos hasta el maldito día en que abrí el paquete sellado.

¿Qué influencias positivas me habían protegido hasta entonces de la sangre vil que corría por mis venas? Había dos posibles respuestas a esta pregunta que, en cierta medida, me tranquilizaban. En primer lugar, ya que tenía un gran parecido físico a la buena de mi madre, esperaba parecerme a ella también en lo moral. En segundo lugar, las felices circunstancias de mi carrera me habían evitado caer en la tentación, en más de un periodo crítico de mi vida. Y por otro lado, si la naturaleza seguía su curso ordinario, aún me quedaba más de media vida por vivir. Me pregunté entonces si mi lado bueno sería lo bastante poderoso para protegerme de las pruebas que me tuviera reservadas el futuro.

Mientras todavía me turbaban estas ideas la medida de mi desgracia se vio rebasada por una enfermedad que me llevó al borde de la muerte. Los médicos me salvaron la vida, pero no pudieron hacer nada para evitar que perdiera uno de mis sentidos.

Un día, al comienzo de la convalecencia, los doctores me preguntaron cómo había dormido y si me encontraba mejor. Me sorprendió que sus voces me sonaran apagadas y, lejanas, pero no le di importancia. Unas horas después, noté que cada vez que querían decirme algo importante se acercaban a mí más de lo normal. Esa misma tarde, mi enfermera de día y mi enfermera de noche coincidieron en mi habitación a la hora del cambio de turno. Me sorprendió mucho que sus movimientos fuesen tan maravillosamente silenciosos. Abrían la puerta, la cerraban, atizaban el fuego, y sin embargo no hacían el menor ruido. Iba a preguntarles qué significado podía tener aquella extraña circunstancia, cuando otro descubrimiento, esta vez relacionado conmigo mismo, vino a sobresaltarme. Yo tenía la certeza absoluta de haber dicho

algo, ¡pero no había oído mi voz! A pesar de mi debilidad, llamé a las enfermeras en voz tan alta como pude.

—¿Le ha ocurrido algo a mi voz? —les pregunté.

Las dos mujeres se consultaron, y luego me dedicaron una mirada llena de compasión. Una de ellas pareció tomar la iniciativa. Vino hacia mí y acercó sus labios a mi oreja. Al escuchar sus horribles palabras, sentí una dolorosísima punzada en todo el cuerpo:

—Su enfermedad ha tenido una triste consecuencia, señor. Se ha quedado usted sordo.

VII

Tan pronto como me levanté de la cama, fueron innumerables las personas, de dentro y de fuera de la profesión médica, que, cargadas de buenas intenciones no hicieron más que atormentarme.

Los cirujanos más famosos del país entraban y salían de mi casa. Todos aseguraban tener la experiencia necesaria en estos casos y una larga lista de éxitos. Acepté la propuesta de la ciencia médica. Ésta hizo por mí todo lo que pudo, y fracasó. Mi sordera fue en aumento. Los cirujanos dijeron que mi caso era incurable. Las grandes autoridades de la medicina se rindieron.

Algunos amigos míos, los más juiciosos, habían estado esperando su oportunidad para intervenir.

Me aconsejaron que cultivara la alegría; que no dejara de asistir a los actos sociales; que no me preocupara, que la gente de buen corazón se haría cargo de explicarme lo que mis oídos no podían captar; que permaneciera en guardia contra los achaques de la mórbida depresión, que no permitiera que la sensación de aislamiento cayera horriblemente sobre mí y me impulsara a encerrarme en mi habitación, y por último y no por ello menos importante, que la vanidad no me hiciera rechazar la posibilidad de utilizar una trompetilla.

Yo intenté seguir sus consejos lo mejor que pude, de veras que así fue. No porque creyera en la sabiduría de mis amigos, sino porque tenía miedo del efecto que la soledad pudiera tener en mi naturaleza. Desde el maldito día en que abrí el paquete sellado, me puse en guardia para defenderme contra la maldad que, según todos los indicios, permanecía latente en el hijo de mi padre. No tuve más remedio que vivir a diario con ese horrible temor. Fue un martirio, y todavía hoy me asombra la valentía que demostré en esos días.

La crueldad con que un sordo puede llegar a torturarse a sí mismo, solamente la puede comprender otro sordo. Cuando estaba ante una conversación, y alguien decía

algo inteligente o divertido, siempre había quienes, de buena fe, se esforzaban en hacerme comprender el comentario. Íntimamente los detestaba porque ponían en evidencia mi defecto y hacían que toda la atención se centrara en mí. Los amigos, confundidos por la expresión de mi rostro, pensaban que yo no les estaba agradecido, y se daban por vencidos. Así fue creciendo en mi interior la sospecha de que esos amigos hablaban de mí con desprecio y se divertían convirtiendo mi desgracia en objeto de bromas groseras.

Había ocasiones en que yo mismo me daba cuenta del mal comportamiento que había tenido y, creyéndome merecedor del perdón de mis amigos, trataba de rectificar mi actitud. Pero cometía errores torpes (los propios de un desvalido), y eso sólo contribuía a alimentar los prejuicios de la gente contra mí. A veces, me dirigía a alguna dama o a algún caballero, felices poseedores del sentido del oído, haciéndoles preguntas tan triviales que me tomaban por imbécil, además de sordo. También solía ocurrir que mis acompañantes estuvieran disfrutando con una historia interesante o un buen chiste, y yo, en mi ignorancia, le pidiera al más inepto de los presentes que me explicara lo que había sucedido, con el resultado de que él, o ella, perdía el hilo de la historia, y le echaba la culpa a mi desafortunada interrupción.

Soporté con paciencia estas mortificaciones, y otras, hasta que, poco a poco, mi capacidad de resistencia fue menguando, y sucumbí al fracaso. Mis amigos se dieron cuenta de que me había cambiado el carácter, y se alarmaron. Me convencieron para que me marchara de Londres y probara los efectos renovadores del aire puro de la montaña.

La tentativa no sólo no tuvo el menor efecto curativo sobre mi estado mental, sino que fue un rotundo fracaso.

Fue entonces cuando llegué a la conclusión de que mi sordera sólo estaba empeorando, y que mis amigos lo sabían y me lo estaban ocultando. Decidí comprobar si eran ciertas mis sospechas. Me dediqué a dar largos paseos por los alrededores de la casa en la que me alojaba intentando escuchar los nuevos sonidos que me rodeaban. Era sordo a todo... con la única excepción del canto de los pájaros.

No sé durante cuánto tiempo pude consolarme escuchando a los pájaros cantores; la memoria me falla.

Sólo sé que cierto día vi una alondra en el cielo, y no pude oír sus alegres notas. Al cabo de unas semanas, el ruiseñor, e incluso el tordo, pájaro escandaloso donde los haya, fueron puro silencio para mis inútiles oídos. Mi última batalla contra la sordera tuvo lugar en la ventana de mi dormitorio. Desde ahí, y durante algún tiempo seguí escuchando, cada vez más apagado, un penetrante gorjeo proveniente del alero de la casa. Cuando este último y pobre placer tocó su fin; cuando por más que intentaba escuchar con ansia, desesperado, no oía ya nada (piensen en ello, ¡nada!) cesé en mi lucha. Los ruegos, argumentos y amenazas no lograron influirme. Sin medir las

consecuencias, me retiré al único lugar adecuado para mí: la soledad en la que me consumo desde entonces.

VIII

Me costó trabajo encontrar el solitario refugio que buscaba. Cuando por fin estuve solo, sentí un indescriptible placer celestial. La sordera, la muerte en vida: ahora podría disfrutarla lejos del mundo, de la gente que ya no era mi gente. Porque ellos podían oír.

Lejos también de esas víctimas de la histeria que me escribían cartas de amor, ofreciéndose incluso a casarse con el «pobre y hermoso sordo», creyendo que con sus palabras podían consolarme. El sufrimiento, poderosísimo distorsionador de la realidad, me hacía ver a esos hombres y a esas mujeres, incluso las jóvenes, como seres repelentes.

Yo me mostraba desagradecido e intolerante con la admiración que provocaba mi atractivo personal, y me irritaban las miradas tiernas y los halagos. Así que la única condición que puse para alquilar una habitación fue que en la casa no hubiera ninguna mujer joven. Sé que, al hacer esta confesión, habrá quien piense que soy un vanidoso. Solamente puedo decir que las apariencias engañan. Escribo sumido en una sobria tristeza, decidido a exponerles mi personalidad con precisión fotográfica, con verdadera exactitud.

¿Cuáles eran mis costumbres en la soledad? ¿Cómo pasaba las pesadas horas de vigilia?

Al vivir solo, me convertí (como ya he reconocido antes) en alguien muy importante para mi y, como consecuencia inevitable, disfrutaba registrando mi quehacer cotidiano. Permítanme que transcriba ciertos pasajes copiados de mi diario.

IX

EXTRACTOS DEL DIARIO DE UN HOMBRE SORDO

Lunes:

Hace ya seis semanas que llegué a mi actual refugio.

El casero y la casera son dos viejos detestables. Cada vez que nos encontramos me miran mal, y eso que nos vemos muy poco. Hacen lo posible por no cruzarse conmigo. Mejor, así no hablamos y no me acuerdo de que soy sordo. Esta mañana, después de desayunar, he cambiado de sitio los libros, y después he intentado, por cuarta vez en los últimos diez días, leer algunos de mis autores predilectos. Pero

desde que me quedé sordo, parece que tengo otros gustos. Cierro un libro detrás de otro. No, ya no me atrae nada de lo que antes encontraba profundamente interesante.

Precipitadamente y enfurecido —con la cabeza ardiendo y el corazón helado— he salido a dar una vuelta. Tras dos horas caminando y pensando, me di cuenta de que había llegado a la capital del condado. Justo cuando pasaba frente a una librería, ha comenzado a llover a cántaros. Me ha costado decidirme a entrar, porque no soporto que los desconocidos se den cuenta de que soy sordo, pero finalmente pedí permiso para resguardarme de la lluvia, y me puse a mirar los libros.

Encontré una recopilación de juicios célebres y me acordé de mi abuelo. Al consultar el índice encontré su nombre y decidí comprar el libro. El dueño de la librería (como era de prever por su actitud y sus miradas), me ha preguntado si quería que me enviaran el libro a casa. Yo he insistido en que podía llevármelo yo mismo. El cielo ya estaba despejado, y yo estaba impaciente por conocer todos los detalles del crimen que cometió mi abuelo.

Martes:

Anoche me quedé leyendo hasta muy tarde. Los poetas, novelistas e historiadores que antes tanto me gustaban, han dejado de interesarme. He estado leyendo los juicios sin levantar la mirada del libro ni una sola vez, por supuesto he comenzado por el asesinato que me interesaba especialmente. Sabía ya que mi abuelo era un rufián. Lo que no sabía es que además era tonto. No es por quitar mérito a los oficiales de la justicia que le siguieron la pista y lo atraparon, pero realmente sólo un estúpido se lo habría puesto tan fácil. He leído dos veces las pruebas que había en su contra, me he puesto en la piel de mi abuelo y he visto enseguida qué podía haber hecho para evitar que lo cazaran.

En el prólogo de los juicios se hace una elogiosa referencia a una obra del mismo tema publicada en francés. He escrito inmediatamente una carta a Londres encargando el libro.

Miércoles:

¿Hay, alguna influencia misteriosa, en la silenciosa soledad de mi vida, que endurece mi carácter? ¿Existe algo perverso en la existencia de un hombre que nunca oye un sonido? ¿Existe un sentido moral que sufre cuando se pierde un sentido corporal?

Todas estas preguntas han sido sugeridas por un incidente ocurrido esta mañana.

Estaba mirando por la ventana cuando, de repente, en el camino que pasa por delante de mi casa, he visto que un carretero azotaba brutalmente a un caballo sobrecargado. Si eso mismo hubiese ocurrido hace un año, no habría dudado un instante en bajar a defender al caballo. Y si el dueño, el muy miserable, se hubiese puesto insolente, habría cogido la fusta y le habría dado a probar su propia medicina.

Los jueces ya me han multado en varias ocasiones (aunque en privado me han confesado que ellos habrían hecho lo mismo) por haber agredido a dueños de animales que estaban siendo maltratados. Pero eso era antes. Esta mañana, solamente he lamentado que la desagradable escena viniera a perturbar mi tranquilidad. Me he alejado arrepentido de haberme asomado a la ventana.

No me ha gustado nada mi propia forma de pensar, y he querido hacer algo al respecto. Entonces he tenido el impulso de dibujar.

He afilado los lápices y he abierto la caja de colores, decidido a realizar una gran obra de arte. ¡Pero cuál ha sido mi sorpresa al ver que no podía quitarme de la cabeza la monstruosa figura del carretero! He tenido la sensación (sin saber por qué) de que la única posibilidad de deshacerme de la pesadilla de aquel bestia era dibujar sobre un papel su persistente figura. He comenzado a hacerlo y, a pesar de que mi trazo era un poco mecánico, el resultado ha sido tan bueno que me he animado a añadir otros elementos al dibujo. He puesto al pobre caballo golpeado (¡también me ha salido muy bien!), y luego me he puesto yo mismo dándole al hombre su merecida paliza. Aunque parezca extraño, la sola representación de aquella escena me ha tranquilizado igual que si la hubiera realizado en la vida real. He mirado mi propio retrato, y me he sentido en la gloria. He releído los juicios, y me han complacido más que nunca.

Jueves:

El librero ha encontrado un ejemplar de segunda mano de la edición de los juicios franceses, y se ha «tomado la libertad», como ha dicho él, de enviármelo.

Ha hecho bien. Es una recopilación de crímenes célebres, escrito con un enorme poder dramático. He sentido envidia de la inteligente forma de narrar que tienen los franceses, y se me ha ocurrido que podría imitarles con un tema prometedor: ponerme en el lugar de mi abuelo, y contar los recursos que podría haber ido utilizando para evitar en cada momento que descubrieran su crimen.

No recuerdo haber leído nunca ninguna novela que tuviese ni una décima parte del interés que me absorbía al construir esa imaginaria concatenación de circunstancias. Me impresionó tanto el realismo con que recreaba aquellas situaciones, que llegué a sentir que era yo mismo quien había cometido el crimen. Escondí el cadáver y borré las huellas de sangre. Cuando dieron por desaparecida a la víctima, y me preguntaron, como se preguntó a otras muchas personas respetables, si yo personalmente creía que estaba viva, o por el contrario muerta, supe dominarme tan bien que ni el más perspicaz de los observadores habría dudado de mi inocencia.

He pasado una semana muy ocupado con mi nueva afición literaria.

Mi imaginación es inagotable, e inventa tramas y conspiraciones en las que soy el héroe feliz. Siempre atrapo a mis enemigos con las mejores artimañas; soy más astuto que ellos. Me pongo a mí mismo en situaciones que me son completamente nuevas. Ayer, sin ir más lejos, en un momento de mi relato necesitaba describir el mejor

método para secuestrar a una persona joven, y he narrado un crimen perfecto. He logrado distraer sin problemas a los amigos de la muchacha, a su padre, y a la policía. No han podido encontrar ni una sola pista. ¡Menudo criminal peligroso sería yo, si alguna vez tuviese ocasión de hacer en la realidad lo que ahora sólo hago en estos ejercicios de ingenio!

Esta mañana me he levantado con la idea de empezar una nueva narración, pero los sórdidos asuntos de la vida real han querido alterar el mundo ideal en el que vivo.

Hablando claro, he recibido un mensaje escrito de mi casero que me ha hecho enfurecer, y con razón. El muy fastidioso dice que, inesperadamente, se ve obligado a vender la casa. No vale la pena detallar las circunstancias. Lo importante es el resultado: no tengo más remedio que buscar otro alojamiento. ¿Dónde iré?

Lo he dejado al azar. Es decir, he mirado el horario de trenes y he comprado un billete para el primer lugar que he visto. Al llegar a mi destino, me he encontrado con una sucia villa industrial, atravesada por un río repugnante.

Después de pensarlo un poco, he dejado atrás la villa, y he empezado a caminar siguiendo el curso del río, con la idea de encontrar cobijo y soledad en algún lugar de su orilla. He andado más de una hora, hasta llegar a una extraña cabaña, mitad vieja, mitad nueva, adosada a un molino de agua. En una de sus ventanas había un aviso ofreciendo habitaciones de alquiler. He echado un vistazo a los alrededores. En un lado había un bosque frondoso, y en otro un terreno agreste de arena y matorrales. Todo parecía indicar que por fin había encontrado el lugar perfecto para mí.

He llamado a la puerta, y me ha abierto un hombre viejo, flaco y con cara de pícaro. Me ha mostrado las dos habitaciones: la mía, y la de mi criado. A pesar de su mal estado, el hecho de que la cabaña estuviera en un lugar tan solitario me ha convencido para quedármela. He aceptado pagar la renta que me ha pedido, sin poner ningún reparo. Pero para estar del todo tranquilo, quería asegurarme de que aparte del casero no vivía nadie más en la cabaña.

El viejo me ha dado la respuesta por escrito: «Nadie, sólo mi hija». Con gran temor he preguntado si su hija era joven. El hombre ha escrito dos cifras fatales: 18.

Ese descubrimiento desbarataba todos mis planes. De ninguna manera podía soportar la idea de que por la casa anduviera una muchacha de esa edad, que yo asociaba a mi última y desagradable experiencia con el sexo débil. Entonces he visto que el hombre iba hacia la ventana con la intención de retirar el anuncio. Eso me ha puesto furioso, me he acercado a él y, cuando me disponía a detenerle, ha entrado una persona en la habitación.

¿Estaba ante el pavoroso obstáculo que me había impedido quedarme finalmente las habitaciones? ¡Sí! La intuición me decía que aquella muchacha era la hija del molinero.

El delirio se ha apoderado de mí; mis ojos la devoraban; el corazón me latía como

si quisiera escaparse de mi pecho. El viejo se me ha acercado, ha asentido con la cabeza, esbozado una sonrisa burlona, y señalado con el dedo a su hija. Me ha parecido que quería dejar claro que como padre no iba a permitir que nadie se acercara su hija. Que le pertenecía a él. ¡Pero no!, ahora me pertenecía a mí. Podía ser su hija, pero era mi destino.

No sé qué tiene esta muchacha, pero nada más verla me ha hecho enloquecer. No me parece que ella tenga ningún interés por mí; lo sé por su mirada, y su actitud. Mi famosa «belleza» que tantos estragos ha causado en el corazón de otras jóvenes, parecía pasarle inadvertida. Cuando su padre se ha llevado la mano al oído y le ha dicho (lo supongo) que yo era sordo, sus espléndidos ojos castaños no han dado ninguna muestra de compasión; sólo de una momentánea curiosidad, y nada más. ¿Tiene un corazón de piedra? ¿O bien le he resultado antipático a primera vista? Para mí no hay diferencia. ¿Estaba ante la criatura más bella que había visto jamás? No, ni siquiera ese hecho podía excusarme. He conocido a otras morenas sin duda más bellas que ella y no les he hecho ningún caso. Además, yo soy de esos hombres que se ofenden si la mujer no cuida hasta el último detalle de su vestimenta. La hija del molinero llevaba un vestido muy feo que estropeaba su magnífica figura. Le perdono esa profanación. A pesar de las protestas de mi buen gusto sólo diré que he alquilado las habitaciones de la cabaña, y eso demuestra crudamente el estado de mi mente, me he resignado a verla con aquel horrible vestido. ¡No sé cómo describir esta pasión que siento! ¿Cómo terminará todo esto?

CAPÍTULO VI

Devolución de la carpeta

Con esta grave pregunta, el Inquilino finalizaba sus confesiones escritas. No creo que por haberlas hecho públicas se me pueda acusar de haberlo traicionado. Ha pasado ya mucho tiempo desde la primera vez que las leí, y se han producido muchos cambios que me autorizan para actuar según mi criterio, dejar a la autobiografía que hable por sí misma.

Si alguien me preguntara qué impresión me llevé del extraordinario contenido de aquellas páginas, no sabría qué contestar. No fue sólo una impresión, sino muchas, las que me perturbaron y crearon confusión en mi mente. Ciertos pasajes de la confesión me indujeron a creer que el autor era simplemente un loco. Pero al pasar la página cambiaba de opinión y lo consideraba un individuo dotado de un ácido sentido del humor, dispuesto a burlarse de sus propias malas inclinaciones. En ciertos momentos, su tono al escribir sobre los primeros años de su vida y las alusiones a su madre se ganaron mi simpatía y mi respeto. Pero cuando describía la última parte de su vida, y lo hacía con ese tono desafiante, casi lamenté que no hubiese muerto de la enfermedad que le causó la sordera. A pesar de todas las dudas e incertidumbres, puedo decir que a una conclusión sí que llegué: como extraños nos habíamos conocido y yo estaba dispuesto a que siguiéramos siendo extraños. Una vez tomada esta decisión, y viendo que el reloj del aparador acababa de dar la medianoche, pensé que lo mejor sería irme a dormir.

Pasé una mala noche. Supongo que me había alterado todo lo sucedido desde mi llegada a Inglaterra. Durante los ratos que permanecía despierto pensaba en Cristel con cierta ansiedad. Si daba crédito al exagerado lenguaje del Inquilino (como me temía que debía hacer) la pobre muchacha tenía serias razones para lamentar que aquel hombre hubiese entrado en la cabaña de su padre.

Mi madrastra y yo volvimos a vernos a la hora del desayuno. Vestida con un exquisito batín, y luciendo una sonrisa perfecta, la señora Roylake me hizo saber que sentía una enorme curiosidad. Había oído a los criados comentar que yo no había vuelto a casa hasta pasadas las diez de la noche, y se sentía absolutamente desconcertada por la noticia. ¿Qué había estado haciendo su querido Gerard todo ese tiempo, solo, y de noche?

—Durante un rato —contesté— estuve cazando polillas en el bosque de Fordwitch.

—¡Vaya distracción para un joven! Bueno, ¿y qué hiciste después?

—Caminé un rato por el bosque, y desenterré mis viejos recuerdos del río y del molino.

La señora Roylake dejó de sonreír en cuanto oyó que mencionaba el molino. Adoptó una expresión fría, diríase que incluso yerta.

—No puedo felicitarte por tu primera visita al vecindario —dijo—. Seguramente esa descarada ya se las ha ingeniado para atraer tu atención, ¿verdad?

Yo dije que me había encontrado con «esa descarada» por pura casualidad, y decidí cambiar de tema:

—¿Fue una cena agradable la de anoche? —pregunté, pretendiendo que el tema me interesaba. No hacía ni veinticuatro horas de mi llegada a Inglaterra, y ya era todo un hipócrita.

En cuanto oyó la pregunta, mi madrastra recuperó su habitual encanto. La vida social (siempre que no se refiriera al molino) era un tema de conversación invariablemente agradable.

—Sólo faltabas tú, querido —respondió ella—. Pero ya les he pedido a las dos hijas de *Milord* que vengan hoy a almorzar, solas, ya que *Milord* tiene un compromiso. Están en ascuas por conocerte. ¡Gerard, querido, supongo que sabes de qué dos damas te estoy hablando!

No tuve más remedio que reconocer mi ignorancia. La señora Roylake se mostró escandalizada.

—En cualquier caso —prosiguió—, debes haber oído hablar de su padre, Lord Uppercliff.

Tuve que hacer otra bochornosa confesión.

—O he olvidado quién es el tal Lord Uppercliff durante mi larga ausencia en el extranjero, o simplemente no he oído hablar nunca de él.

La señora Roylake tuvo un enorme disgusto.

—¡A saber qué educación te habrán dado en el extranjero! —se lamentó—. ¡Gracias a Dios que ya estás de vuelta! Después de almorzar subiremos al carruaje e iremos a hacer algunas visitas.

Sólo de pensar en esa posibilidad me vino a la memoria un libro en el que había leído que a ciertas personas muy sensibles se les hiel la sangre cuando reciben un disgusto muy fuerte. Por primera vez en mi vida, sentí que a mí me ocurría lo mismo.

—Mientras tanto —continuó diciendo la señora Roylake—, déjame explicarte que, ¡oh, discúlpame por reírme, pero es que me parece tan absurdo que no conozcas a las hijas de Lord Uppercliff! Pues bien, Lady Rachel es la mayor, y está casada con el señor Millbay, Honorable Capitán de la Armada, en estos momentos embarcado. Tiene una personalidad muy fuerte; Lady Rachel, me refiero. Admiro mucho su inteligencia, pero debo admitir que no veo con buenos ojos sus opiniones políticas. Y ahora voy a hablarte de su hermana pequeña, Lady Lena. No está casada. ¡Espero que no olvides eso, querido Gerard! Créeme, esa muchacha es la joven más encantadora de toda Inglaterra. Todos los hombres jóvenes del condado están perdidamente

enamorados de ella. Al pobre Sir George le dio calabazas la semana pasada. Supongo que de Sir George sí habrás oído hablar. Es nuestro representante en el Parlamento. Conservador, por supuesto. El pobre tiene el corazón roto por lo de Lady Lena; se ha ido a América a cazar osos. ¿Qué te ocurre, querido? Parece como si estuvieras nervioso ¡Ah, ya sé! Después de desayunar tienes la costumbre de fumar. Bueno, no seré yo quien te lo impida. Sal a la terraza, Gerard, tu pobre padre siempre fumaba sus cigarros en la terraza. Dicen que fumar hace pensar; a ver si así meditas un poco sobre lo que te he dicho de Lady Lena. Ah, y no lo olvides, a la una es el almuerzo, y a las dos saldremos con el carruaje.

Sonrió, le besé la mano, y salió corriendo de la habitación. Encantadora, la señora Roylake, realmente encantadora. Y qué desagradecido era yo, que deseaba regresar a Alemania.

Encendí mi cigarro, pero no fui a la terraza a fumármelo. Salí de casa y cogí el camino que conducía al bosque de Fordwitch. Pensé en lo que diría la señora Roylake si supiera que volvía al molino. Pero no tenía otra alternativa. La carpeta me había sido confiada en custodia; cuanto antes la devolviera al autor de la confesión, cuanto antes le dijese a qué conclusión había llegado, más tranquilo me quedaría.

A la luz del inclemente sol, el tranquilo río parecía más embarrado que nunca y la nueva cabaña más horrible que nunca.

El padre de Cristel (¿es preciso que confiese que habría preferido que fuera la propia Cristel?), abrió la puerta. Yo lo recordaba vagamente como un hombre viejo, bajito y de tez arrugada. La edad lo había desmejorado aún más. La ropa blanca de trabajo le quedaba ancha, y se le marcaban todos los huesos de la cara. De no ser por el inquieto brillo de sus diminutos y atentos ojos negros, su cara habría parecido la de una momia. Al principio me miró con perplejidad; luego, como volviendo en sí, me pidió que entrara.

—¿Es usted el joven amo, señor? Sí, sí, ya me lo había figurado. Anoche, mi hija me dijo que había hablado con usted. Le agradezco su interés, señor, me encuentro bien, gracias, teniendo en cuenta lo mucho que he adelgazado, tengo que decir que me encuentro bastante bien. No, no crea que he perdido el apetito, pero no sé por qué estoy así de flaco. Discúlpeme por recibirle en la cocina, señor, pero no disponemos de mejor lugar que éste. ¿Le ha explicado ya Cristy que la casa necesita varias reparaciones urgentes? Ahora que es usted el nuevo amo, confiamos en que querrá ayudarnos. Esta vieja cabaña se está cayendo a pedazos. Lo primero que habría que arreglar es la acequia, y...

Pasó su huesudo dedo pulgar por todos los dedos de su otra mano, enumerando las diversas reparaciones que consideraba necesario realizar, hasta que fue interrumpido por un ruido: primero fue un aullido, pero inmediatamente comenzaron a oírse arañazos en la puerta de la cabaña.

Al cabo de un minuto, se abrió la puerta. Era un sabueso marrón. Dicen que son los perros que mejor compañía hacen. El animal entró corriendo y se lanzó encima del viejo Toller. Después, por la puerta del jardín, apareció Cristel con un cesto de verduras. Si antes he reconocido que el río y la cabaña perdían mucho con la luz del sol, debo igualmente confesar que Cristel estaba mucho más bella; más radiante el brillo de sus oscuros ojos, más cálida la tersura de su piel morena, más maravillosa la felicidad que expresaba su rostro. Ella se detuvo en el umbral de la puerta, parecía confusa. Me ofrecí a llevarle la cesta, pero no quiso que la ayudara.

—Señor Gerard —se quejó—, usted está tratándome como si yo fuera una dama. ¿Es qué no le preocupa el qué dirán?

De haberle respondido algo, no cabe duda de que habría sido algún halago muy tonto. Por suerte, sin embargo, su padre la libró de ello, insistiendo una vez más en la irrenunciable cuestión de las reparaciones.

—Verá usted, señor, de nada nos ha servido hablar con el capataz. En confianza, ese hombre es un avaro, y eso que el dinero no es suyo. Sólo sabe decir, «se harán los arreglos, se harán los arreglos, no se preocupe», pero no hace nada. Como le iba diciendo, lo primero sería el canal de la acequia, se está cayendo a pedazos.

Para hacerle callar de una vez por todas, le prometí que hablaría personalmente con el capataz. Al oír esto, el señor Toller me estuvo tan agradecido, y se puso tan contento, que volvió con al tema de las reparaciones con una renovada, descomunal e ingobernable elocuencia.

—El horno, señor, también hay que tener en cuenta el horno, no en vano al pan se le llama el consuelo de la vida, aunque del horno de esta casa, el consuelo, cuando no sale quemado sale gelatinoso, usted mismo puede comprobarlo, señor, vaya ahí, al otro lado de la cocina, y vea con sus propios ojos cómo está ese horno, resulta escandaloso pensar que...

Cuando el viejo Toller me ofreció su brazo para acompañarme hasta el horno, Cristel le tapó la boca con su hermosa y bronceada mano, y le dijo:

—¡Padre, le ruego que se calle!

En ese momento, se abrió de golpe la otra puerta de la cocina, que, según su orientación, tenía que comunicarse necesariamente con la cabaña nueva. Antes de que apareciera nadie, el perro se escondió debajo de la mesa medio aturdido. Al instante el Inquilino sordo entró en la habitación. No cabía la menor duda de que él era la causa de que el perro se hubiera asustado de ese modo. Su instinto le había avisado de la inminente presencia de un peligro conocido.

Siendo el caso que no hacía ni un día que yo había leído, de su propio puño y letra, aquellas vergonzantes confesiones, esa mañana, la primera en que pude ver al Inquilino a la luz del día, esperaba encontrar algo demoníaco en su semblante. ¡Pero aun siendo graves mis prejuicios, no lograba encontrarle a simple vista ningún

defecto! Su atractivo triunfaba a la clara luz de la mañana. Tenía los ojos azul oscuro, color que la gente confunde habitualmente con el violáceo. En mi opinión, aquellos ojos eran tan perfectamente hermosos que no merecían pertenecer a un hombre. Lo mismo podía decirse de los finos rasgos de su rostro; de su pelo, suave y abundante de un castaño caoba, de sus labios, finos y delicados. Pero había dos significativas peculiaridades que hacían imposible confundirle con una mujer: la sensación de poder que emanaba, y el masculino arrojo que su barbilla y su boca expresaban.

Al entrar en la habitación, la primera y única persona que llamó su atención fue Cristel. Le hizo una reverencia, sonrió, le tomó bruscamente la mano y se la besó. Ella intentó que la soltase, pero se encontró con una obstinada resistencia. Se dirigió a ella con las dulces palabras de un galán, pero la espantosa monotonía de su voz destruyó el encanto.

—Hoy es un día maravilloso, Cristel, la Naturaleza aboga por mí. Tu corazón recibe la luz del sol y se enternece ante este pobre sordo que te adora. Ah, querida, es inútil que te niegues. Tus crueles palabras son mi dolor tanto como mi felicidad. Vivo en el paraíso de los necios. No te puedo escuchar.

En ese momento, intentó abrazarla, mientras le decía:

—Acércate, ángel mío, déjame besarte.

Ella hizo un segundo intento de soltarse y esta vez separó su mano con tanta fuerza que él no se lo esperaba.

Cuando Cristel corrió a refugiarse al lado de su padre, estaba furiosa, y hasta pálida.

—Padre, me pidió que aguantara —dijo la hija del molinero— porque le paga una buena renta. Pero una cosa le digo, se me está acabando la paciencia. O se va él, o me voy yo. Así que tendrá que decidir usted entre el dinero o yo.

Entonces el viejo Toller hizo algo que me dejó atónito. Era como si se hubiera contagiado de la rabia de su hija. Teniendo que escoger entre Cristel y el dinero actuó como si realmente prefiriera a Cristel. Se acercó hasta su inquilino y agitó sus débiles puños al tiempo que gritaba con toda la fuerza de su voz vieja y rota:

—¡Deje en paz a mi hija o no consentiré que continúe viviendo aquí! ¡Déjela en paz, culebra sorda!

Los nervios sensibles del sordo se pusieron de punta perforados por esos tonos agudísimos.

—Si quiere decirme usted algo, escríbalo —respondió, con la ira y el sufrimiento reflejados en cada uno de los rasgos de su rostro.

Sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno lleno de hojas en blanco, y lo lanzó contra la cabeza de Toller.

—¡Escriba! —repitió el Sordo—. Y si intenta matarme otra vez con sus chillidos, tenga cuidado con ese cuello escuálido, porque lo estrangularé.

Cristel recogió el cuaderno del suelo. Le estaba muy agradecida a su padre por la forma en que la había defendido, y dijo emocionada:

—Este hombre no se irá de aquí sin antes saber lo que le ha dicho usted, Padre. Yo misma lo escribiré.

Cogió el lápiz de la parte interior de la funda de piel del cuaderno. Dominándose, el enamorado que la muchacha odiaba avanzó hacia ella con una sonrisa cautivadora.

—¿Me ha perdonado? —preguntó—. ¿Ha hablado amablemente de mí? Creo que lo veo en su rostro. Hay sordos que saben leer los labios, pero yo no sé hacerlo, soy demasiado estúpido, o demasiado impaciente, o demasiado malvado para poder hacerlo. Querida, escíbame que sí, que me ha perdonado y hágame feliz para el resto del día.

Cristel, que no lo escuchaba, se dirigió a mí:

—Señor, espero que no piense usted que Padre y yo tenemos la culpa de lo que ha pasado aquí esta mañana.

El inquilino siguió la mirada de la muchacha... y advirtió, por primera vez, que yo estaba en la habitación. Hace un momento he aludido a su maldad; cuando se volvió hacia mí vi esa maldad reflejada en su rostro.

—¿Por qué no ha venido a verme usted a mi habitación? ¿A qué se debe su presencia aquí, caballero?

Cristel dejó el cuaderno sobre la mesa, y se acercó a mí corriendo; apenas podía respirar.

—¿De qué conoce usted a este hombre, señor? —dijo Cristel en un lamento—. ¿Qué significa todo esto?

—Simplemente lo conocí anoche —le expliqué—, después de separarme de usted.

—¿Lo conocía antes?

—No, era un perfecto desconocido para mí.

Mientras Cristel y yo estábamos hablando, el Inquilino recogió su cuaderno de la mesa, y luego se acercó a Cristel y le quitó el lápiz.

—Quiero mi respuesta —me dijo, dándome el cuaderno y el lápiz. Yo le dí su respuesta.

—Estoy aquí porque no deseo volver a entrar nunca en su habitación.

—¿Esta impresión —preguntó— ha sido producida por lo que le dejé leer?

Yo le contesté con un gesto afirmativo. A continuación quiso saber si había traído la carpeta. Se la devolví en el acto. Pero al parecer, y por razones que me son del todo desconocidas, había suscitado su desconfianza. Abrió la carpeta, y contó con cuidado las hojas sueltas. Mientras tanto, el viejo Toller dio nuevas muestras de su excéntrica personalidad. Con sus pequeños, incansables y negros ojos siguió el movimiento de los dedos de su inquilino, a medida que éste contaba las hojas. Yo no acababa de

entender qué interés podía tener el viejo Toller en aquellos papeles. Al notar que había llamado mi atención, no mostró ninguna preocupación, sino que incluso se atrevió a preguntar:

—¿Este caballero le ha dejado leer todo eso, señor? —comenzó diciendo.

—Así es —respondí yo.

—¿Le pidió que lo leyera?

—Así es.

—¿Y de qué se trata, señor?

Como me pareció que el señor Toller estaba tomándose excesivas libertades conmigo, le recordé que la curiosidad tiene sus límites, y le hice saber que no respondería a ninguna otra pregunta relacionada con el asunto de la carpeta. El señor Toller no se dio por vencido, y siguió preguntando.

—¿Se da usted cuenta, señor, de que muestra una gran reserva respecto a su escrito? ¿Podría usted decirnos qué valor tiene?

Negué con la cabeza:

—¡No lo haré, señor Toller!

Él insistió y yo me negué en redondo, pero lo intentó de Llevo.

—Discúlpeme, señor. Yo no había visto antes esta carpeta. ¿Estoy en lo cierto pensando que usted sabe dónde la guarda?

—Ahorre su saliva, señor Toller. Le repito que no diré nada.

Cristel se nos acercó, perpleja por la obstinación de su padre.

—¿Padre, por qué está usted tan ansioso por saber lo que hay en esa carpeta? —preguntó.

El padre parecía tener sus propias razones para seguir mi ejemplo y no respondió. Más educado que yo, sin embargo, dejó que simplemente advirtiésemos su determinación. Contestó a su hija con unas cuantas observaciones generales, remarcando la ventaja que suponía tener un inquilino que había perdido uno de sus sentidos.

—Verás, querida. Hay alguna ventaja en el hecho de que este caballero tan bien parecido sea sordo. Podemos hablar de él delante suyo tan tranquilamente como si estuviera vuelto de espaldas. ¿Es así, verdad, señor Gerard? ¿Lo ves, Cristy? Ahora mismo voy a hacerte una demostración. Hay que ser muy tonto para andar manoseando unas cuartillas cuando uno las sabe ya casi de memoria; a menos, claro, que valgan un dinero, circunstancia que no creo que desconozca usted, señor Gerard. Discúlpeme, señor, ¿ha dicho usted algo? ¿No? De veras que le pido disculpas. Sí, sí, Cristy, lo estoy viendo. Ya ha guardado la carpeta. ¿Y si le ayudara a encontrar un sitio donde esconderla? Vaya, pone buena cara, parece que no le falta ninguna hoja. Viene hacia aquí. ¿Qué piensa hacer ahora?

Él se ganó mi gratitud, al librarme de Giles Toller.

—Tengo que decirle algo al señor Roylake —anunció con una mirada altiva al propietario—. ¡Y usted ándese con cuidado! No soporto que nadie me chille. Ya hablaremos de lo que ha pasado antes. ¡Y ahora, lárguese de aquí!

El viejo recibió la orden con una tímida reverencia y, antes de abandonar la estancia, miró al Inquilino de un modo que, o yo estaba muy equivocado, o era la mirada socarrona de un triunfador. ¿Qué significaba eso?

El sordo se dirigió a mí con un tono frío y distante.

—Tenemos que llegar a un acuerdo —me dijo—. ¿Sería usted tan amable de acompañarme a mi habitación?

Yo le hice un gesto con la cabeza diciendo que no.

—Pues muy bien —añadió él—, en ese caso, hablaremos aquí mismo. Anoche, cuando le dejé mi confesión, le pedí que cuando terminara de leerla decidiera usted si quería ser mi amigo o mi enemigo. ¿Lo recuerda?

Asentí con la cabeza.

—Pues bien, ahora le pregunto, señor Roylake: ¿quiere ser mi amigo o mi enemigo?

Cogí el lápiz, y escribí mi respuesta:

—Ni amigos ni enemigos. A partir de ahora, somos dos extraños.

Una lucha interior produjo una transformación en su rostro, visible apenas durante un momento.

—Creo que se arrepentirá de haber tomado esta decisión.

Dicho esto me saludó con su característica y elegante reverencia. Al volverse vio a Cristel al otro lado de la habitación y se acercó a ella con ansiedad.

—Los únicos momentos felices de mi vida son cuando estoy a su lado —le dijo—. No voy a molestarla más por hoy. Créame que cuando le he pedido permiso para besarla, no me había dado cuenta de que no estábamos solos. ¿Me perdona usted? ¿Me haría usted ese favor, para que yo pudiera regresar a mi solitario retiro con al menos una pequeña alegría?

El Inquilino le ofreció la mano a Cristel, pero ella no la aceptó. Él aguardó un instante, creyendo en vano que ella cedería: la muchacha se alejó de él.

Una contracción de dolor convulsionó el bello rostro del Inquilino. Abrió la puerta de su cuarto, se detuvo en el umbral, se dio la vuelta, y miró a Cristel. Ella no le prestó atención. Mientras se giraba de nuevo hacia la puerta y salía no pudo contener el estallido de su histérica pasión y rompió a llorar.

El perro salió de su escondite moviendo la cola de felicidad. Cristel volvía a respirar tranquila y se acercó a mí.

¿Debo reconocer nuevamente mi debilidad? Comencé a temer que todos (incluso el perro) hubiésemos sido demasiado duros con el pobre sordo, que se había sumido en tan amarga pena. Expresé mi parecer a Cristel, pero ella no compartía mi opinión.

El perro puso la cabeza sobre su falda para que lo acariciara. Ella lo hizo mientras me contestaba.

—Estoy de acuerdo con este fiel amigo, señor Gerard. Los dos tenemos miedo desde el primer día en que ese hombre del que usted se compadece vino a vivir con nosotros. Yo he tenido sobrados motivos para despreciarlo pero el perro no, y sin embargo siente que hay algo horrible en él. Cualquiera día de estos tendremos que darle la razón al pobre Ponto. ¿Puedo preguntarle una cosa, señor?

—¡Por supuesto!

—No quiero abusar de su amabilidad.

—¡Vamos, me conoce lo suficiente como para no pensar eso!

—La verdad, señor, es que estoy un poco asustada. Me da miedo la cara que he visto en nuestro inquilino cuando le ha preguntado si quería ser usted amigo o enemigo suyo. Señor Gerard, ya sé que todos piensan que él es un hombre muy bien parecido, pero le digo que esos preciosos ojos nos engañan, y a veces he visto como su bello rostro mudaba de color hasta el punto de convertirse en un hombre feo. ¿Podría decirme qué le ha respondido usted?

Le confesé a Cristel cuál había sido mi contestación; ella no parecía estar muy satisfecha.

—Quizás usted haya herido su vanidad tratándolo como a un extraño después de que él le dejara leer su escrito y le invitara a su habitación —dijo—. Pero me ha parecido ver algo mucho peor que la mortificación en su rostro. ¿Me tomo demasiadas libertades si le pregunto cómo se conocieron anoche?

Cristel había adoptado una actitud muy seria. Pensé que no debía responderle sin reservas, pero al mismo tiempo temí parecer un vanidoso si le confesaba que mi impresión era que el Inquilino pudiera haberse sentido amenazado por mi presencia en el molino. Así que hice lo que un hombre joven hace habitualmente cuando hablar de cierto tema le causa pudor: hablar de un asunto serio como si se tratara de algo insignificante.

—Cristel, conocí a su inquilino sordo en unas circunstancias ciertamente ridículas. Anoche nos vio mientras hablábamos y me hizo el honor de sentir celos de mí.

Esperaba que Cristel se ruborizara. Pero en vez de eso, se puso pálida y protestó enérgicamente.

—¡No se ría usted de mí, señor! No me hace ni una pizca de gracia lo que acaba de decir. ¡No me diga que anoche entró usted en su habitación! ¡Por qué tuvo que hacer eso!

Le expliqué que me había convencido apelando a mi compasión. No me resultó fácil reconocerlo, porque yo sabía que eso me haría parecer un hombre inseguro. Poco a poco le fui contando el resto: lo mal que le había parecido que un hombre

joven, especialmente de mi posición social, hablase con ella; que me había exigido que lo respetara y no la volviera a ver, y que cuando yo me negué él me dio a leer su confesión para que comprendiera que estaba desafiando a un hombre extraordinario, tratándolo (tal como Cristel acababa de oír) como a un perfecto desconocido.

—Esta es la historia completa —concluí—. Fue como una obra de teatro, ¿no le parece?

Cristel volvió a quejarse de la ligereza con que yo me empeñaba en tratar todo el asunto.

—Señor, una vez más tengo que decirle que éste no es asunto para tomarse a guasa. Si ese hombre está celoso por culpa de usted, créame que más le habría valido poner celosa a una bestia salvaje. Con todo lo que ahora sabe de él, ¿por qué se ha quedado usted aquí cuando ha venido? ¡Y yo, por qué le habré humillado delante de usted! Váyase, señor Gerard, le ruego que se marche y no vuelva hasta que mi padre haya echado de aquí a ese hombre.

¿Pensaba que me asustaría tan fácilmente? ¡Mi amor propio se resintió con sólo sospecharlo!

—Mi querida pequeña —le dije con grandilocuencia—, ¿de veras cree usted que ese miserable me asusta? ¿Cree que voy a renunciar al placer de venir a verla, porque ese chiflado es lo bastante necio como para creer que algún día se casará con usted? ¡Eso es absurdo, señorita Cristel!

La pobre Cristel se retorció las manos con desesperación.

—¡Oh, señor, no me angustie hablándome de esta manera! No olvide quién es usted y quién soy yo. Si yo fuera tan miserable como para hacerle daño... ¡No quiero ni hablar de ello! Le ruego que no me tome por una descarada; no sé cómo expresarme. ¡Usted no debería haber venido nunca aquí; debe irse; váyase!

Presa de un fuerte impulso corrió a buscar mi sombrero, me lo trajo y me abrió la puerta con una expresión tan suplicante que era imposible resistirse. Habría sido una crueldad por mi parte no hacer lo que me estaba pidiendo.

—No quiero angustiarla por nada del mundo —le dije.

Y dejé que ella misma comprendiera que había interpretado sus súplicas correctamente. Intentó agradecérmelo, con lágrimas en los ojos: me hizo un gesto para que la dejara sola, como si se avergonzara de sí misma. Yo estaba conmovido, dolorido. Secretamente estaba más resuelto que nunca a volver a verla. Al despedirnos —me han dicho que hice mal, no era mi intención— la besé.

Cuando apenas había dejado atrás el pequeño claro que hay entre la cabaña y el bosque, vi que había olvidado mi bastón, y volví a buscarlo.

Cristel salía de la cocina; la vi ante la puerta que comunicaba con la parte de la cabaña habitada por el Inquilino. Estaba de espaldas a mí; la perplejidad me dejó

mudo. Abrió la puerta, entró y volvió a cerrarla.

¡Después de haber rechazado sus proposiciones en mi presencia, iba a encontrarse con ese hombre! ¡Iba a ver al enemigo contra el que me había advertido, después de haberme pedido que la dejara sola! ¿Eran indignos de mi estos pensamientos furiosos? Tratándose de otro hombre habría dicho que estaba celoso. ¿Celoso de la hija del molinero, en mi posición? ¡Absurdo! ¡Inconcebible! Pero estaba tan enfurecido que decidí hacer saber a Cristel que la había descubierto. Cogí una de mis tarjetas de visita y anoté: «*He vuelto a buscar mi bastón y la he visto ir a su encuentro*». Después de clavar el rencoroso mensaje en la puerta para que ella lo viera al volver, sufrí una decepción. No estaba tan satisfecho conmigo mismo como había previsto.

CAPÍTULO VII

La mejor sociedad

Al abandonar la cabaña por segunda vez, me encontré en la puerta con un hombre gordo de aspecto solemne, vestido de negro, que respetuosamente se quitó el sombrero. Como yo estaba de mal humor respondí al saludo del desconocido con una pregunta grosera:

—¿Qué demonios quiere usted?

El hombre, en lugar de ofenderse por mi incivilizado lenguaje, me reprendió indirectamente mostrándose más respetuoso todavía.

—La señora me manda decirle señor, que el almuerzo está esperando.

¡No había sabido reconocer a un perfecto criado inglés! Y además llegaba tarde al almuerzo, demostrando una total desconsideración hacia una institución inglesa. Y peor aún, mi madrastra estaba enterada de mi nueva visita al molino.

Me apresuré por el sendero del bosque seguido por el criado gordo vestido de negro. No parecía acostumbrado a obligar a sus piernas a llevar un ritmo tan rápido y respondió con dificultad a mi pregunta:

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme?

—La señora Roylake ha mandado averiguarlo, señor. El jardinero jefe... —aquí se le acabó su pequeña reserva de aliento.

—¿El jardinero jefe me ha visto?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hace horas, señor... cuando entraba usted en la cabaña de Toller.

No quise molestar a mi obeso amigo con más preguntas. Al llegar a casa y presentar las debidas disculpas, descubrí otro de los muchos dones de la señora Roylake. Tenía dos sonrisas: la dulce, que ya me era familiar, y una sonrisa ácida que al parecer reservaba para ocasiones especiales. Ésta es la que apareció cuando la acompañaba a la mesa.

—No quisiera entretenerte —comenzó diciendo mi madrastra.

—¿Es que no va a darme algo de comer? —pregunté.

—¡Dios me valga! ¿No has almorzado todavía?

—¿Y dónde pretende usted que haya almorzado, mi querida señora?

Pensé que mis palabras provocarían su sonrisa dulce. Me equivocaba.

—¿Dónde? —repitió la señora Roylake—. Con tus amigos del molino, naturalmente. Son muy poco hospitalarios si no te han ofrecido el almuerzo. ¿Cuándo tendremos la harina más barata?

Empezaba a ponerme de mal humor. Todo lo que le dije fue:

—No lo sé.

—¡Vaya! —exclamó la señora Roylake—. Veo que tus amigos, además de no darte el almuerzo, tampoco te han dado información. Conocer un molinero y no saber el precio de la harina es una ignorancia de lo más lamentable ¿Y dime, cómo está la señorita Toller? ¿De lo más encantadora?

Yo no podía seguir disimulando mi enfado.

—No la podría haber descrito mejor —respondí a la señora Roylake, que también comenzaba a irritarse.

—¿No te parece que es una muchacha ordinaria y vulgar? —sugirió ella, refiriéndose a la pobre Cristel.

—¿Por qué no lo juzga usted misma? —le pregunté yo—. Sería para mí un placer acompañarla hasta el molino.

El conocimiento que mi madrastra tenía del mundo implicaba una considerable información —no pretendo saber cómo la había obtenido— sobre el carácter masculino. Al descubrir que corría el riesgo de exceder los límites de mi paciencia retrocedió con una habilidad que le permitió no traicionarse a sí misma.

—Mi querido Gerard, ya hemos llevado nuestra pequeña broma demasiado lejos —dijo—. Imagino que con tu estancia en Alemania se ha resentido un poco tu natural sentido del humor inglés. Espero que no creas que no tengo en cuenta cual es mi posición respecto a ti a la hora de interferir en la elección de tus amistades. Por si aún no eres consciente, déjame recordarte que esta casa ahora es tuya, no mía. Yo vivo aquí (y muy felizmente, mi querido muchacho) gracias a tu indulgencia, reforzada (estoy segura) por el respeto que sientes hacia los deseos que tu excelente padre expresó en su testamento.

La interrumpí en este punto. Había logrado apelar a mis mejores sentimientos con una astucia inigualable, pero en ese momento yo no fui capaz de percibirlo, y, en un arranque de generosidad, le rogué que considerara Trimley Deen como su casa, y que no volviera a mencionar mis derechos exclusivos de propiedad.

No hace falta decir que, al oír eso, fue la mujer más amistosa del mundo la que me llevó con su carruaje a conocer a algunos miembros de la alta sociedad inglesa.

Si pudiera recordar todos los nuevos amigos a quienes tuve que reverenciar, y las conversaciones que mantuve con ellos, escribiría unas cuantas páginas que serían de gran interés para personas con un buen equilibrio mental. Lamentablemente, según mis propias impresiones, la alta sociedad demostró ser la misma sociedad de siempre. Cada casa que visitábamos estaba arreglada de la misma forma; cada dama iba vestida con el mismo buen gusto; cada caballero hacía las mismas observaciones reafirmando las expectativas conservadoras de las próximas elecciones; cada joven quería saber si mi coto de caza había sido vigilado durante mi ausencia; cada señorita decía: «Qué agradable debe ser para usted, señor Roylake, encontrarse otra vez en

Trimley Deen».

¿Alguien alguna vez habrá sufrido lo que yo sufrí durante aquella ronda de visitas, esforzándome por contener mis deseos de bostezar? ¿Existe algún alma comprensiva que pueda entenderme cuando digo que hubiera dado cien libras por una mordaza y el privilegio de poder usarla para impedir la amistosa charla de mi madrastra en el carruaje y la de nuestros amigos en la sala de estar?

Cuando por fin llegamos a casa, y la señora Roylake me prometió que pronto iríamos a hacer otra ronda de visitas para conocer al resto de nuestros encantadores vecinos, ¿habrá algún buen cristiano capaz de perdonarme si confieso que aproveché la oportunidad de quedarme solo para maldecir al vecindario sin sentirme culpable?

Una vez liberado de la obligación de escuchar a educados desconocidos, me puse a pensar en Cristel y en las sospechas que había despertado en mí.

Tras el intervalo de tiempo transcurrido volví a sentirme bajo su influencia y lo mejor de mi naturaleza me llenó de reproches. Había pretendido acusar a Cristel sin más justificación que mi perversa visión de los hechos. Estaba ansioso por encontrar la manera correcta de reparar una injusticia que me tenía avergonzado.

Si alguien me preguntara por qué me preocupaba tanto quedar bien con la hija de un molinero, como si se tratara de una joven dama de la alta sociedad, sólo podría responder que en ningún momento se me ocurrió pensar en nuestras respectivas posiciones. Una actitud curiosa, sin duda. ¿Cómo podría explicarse?

La explicación correcta se reveló más adelante, cuando ciertas dificultades excitaron mi inteligencia, y pude valorar en su justa medida la poderosa influencia de las circunstancias. Yo había regresado a Inglaterra para ocupar un lugar destacado en mi pequeño mundo, sin parientes a quienes amar y sin amigos de cuya compañía poder disfrutar. Llegaba cargado de esperanza, de pasión, de deseos de disfrutar de la vida, pero también traía conmigo las costumbres sociales y el libre pensamiento propios de una universidad extranjera. No es de extrañar, pues, que al llegar no sintiera ninguna simpatía por la nueva sociedad en la que me tocaría vivir.

Todo eran inconvenientes para mí, cuando conocí a una muchacha provista de atractivas cualidades, que además me traía a la memoria los recuerdos de mi feliz infancia, y del amor de mi madre. Una muchacha sencilla y alegre, a quien la maldad del mundo no había corrompido y que se encontraba en una situación de peligro debido al poder de su belleza, lo cual acentuaba el interés que ya inspiraba de una manera natural. Considerando estas circunstancias en su justa medida, ¿cabe otra explicación más que decir que mi estado de ánimo me había vuelto insensible a las distinciones de clase de Inglaterra? Creí entonces, y aún creo, que esta explicación es suficiente.

Mi madrastra y yo nos separamos en la terraza, que se extendía a lo largo del agradable lado sur de la casa.

Mis compañeros alemanes de clase me habían habituado a acompañar los momentos de reflexión con tabaco y cerveza. Ya casi había terminado mi cigarrillo, mi jarra de cerveza y mis pensamientos, cuando observé que desde el otro extremo de la terraza se acercaban dos hombres.

Sólo cuando estuvieron un poco más cerca me di cuenta de que uno de ellos era mi gordo criado de negro. Le hizo un gesto a su acompañante para que se detuviera, y se acercó a mí.

—¿Señor, desea recibir a ese hombre que espera detrás mío?

—¿Quién es?

—No ha querido decirlo, señor. Trae una carta para usted, e insiste en que debe entregársela en persona. Yo diría que se trata de un mendigo. Se ha puesto hasta insolente. ¿Quiere que le diga que se vaya?

Era evidente que ése habría sido el deseo del criado. Pero yo sentía curiosidad, y le dije que recibiría al insolente desconocido.

Cuando le tuve cerca vi que el hombre no parecía un mendigo. Aunque pobre sí tenía que ser, a juzgar por su modo de vestir. Llevaba una cazadora de pana vieja, y unos pantalones que con los años habían pasado del negro al marrón. Ambas prendas eran demasiado grandes para él y estaban escrupulosamente limpias. Era un hombre bajito y fuerte. De cara era feo, de expresión dura e impenetrable. Tenía los ojos hundidos; la nariz presentaba señales evidentes de haber sido rota y arreglada con poca fortuna, al quitarse el sombrero para dirigirse a mí vi que llevaba el cabello gris muy corto dejando al descubierto su estrecha frente y su cuello de toro. Cualquier inglés de mi generación, según supe más tarde, habría advertido que se encontraba ante un campeón de boxeo retirado. Debido a mi ignorancia sobre las glorias pugilísticas de mi patria yo estaba totalmente perdido respecto a ese hombre.

—¿Tengo el honor de hablar con el señor Roylake? —me preguntó él.

La tranquila seguridad de sus modales me predispuso a su favor; por un lado no adoptaba una actitud servil propia de su condición, y por otro no se comportaba de un modo altivo o insolente. Después de que le confirmara que, efectivamente, yo era el señor Roylake, metió la mano en uno de los grandes bolsillos de su cazadora, sacó una carta, y me la entregó sin decir una sola palabra.

Teniendo en cuenta que no conocía a aquel hombre de nada, y que tampoco me había dicho cuál era su nombre, pensé que antes de cogerla debía hacer algunas averiguaciones.

—¿La carta la ha escrito usted? —le pregunté.

—No, señor.

—¿Quién le envía?

—Mi amo.

Al parecer era un hombre de pocas palabras. Esta fue la discreta respuesta que me

dio aquel extraño criado. Yo me volví tan preguntón como el viejo Toller.

—¿Quién es su amo? —continuó.

Su respuesta me dejó perplejo. En el mismo tono tranquilo y respetuoso me contestó:

—No puedo decírselo, señor.

—¿Se refiere usted a que se lo han prohibido?

—No, señor.

—¿Entonces qué quiere decir?

—No sé cómo se llama mi amo.

Le quité inmediatamente la carta, y busqué el remite. Por una vez, había tenido un presentimiento y resultaba que estaba en lo cierto. La letra de la carta y la letra de la confesión que había leído la noche anterior era la misma.

—¿Espera una respuesta? —le pregunté mientras abría el sobre.

—Si usted así lo dispone, esperaré, señor.

Era una carta larga. Después de echar un vistazo a las primeras frases actué con tanta discreción que me sorprendí a mí mismo.

—No es necesario que espere —dije—. Yo enviaré la respuesta.

El hombre de pocas palabras alzó su raído sombrero, dio media vuelta en silencio, y se marchó.

CAPÍTULO VIII

El inquilino sordo

La carta, en cuyo sobre se había escrito «Privado y Confidencial», decía lo siguiente:

Señor,

Cometería usted un error muy doloroso para mí si supone que intento imponerle mi amistad. Al escribirle esta carta, mi intención no es otra que evitar (si puedo) que usted malinterprete mis palabras y mi forma de actuar, y le estoy hablando de las dos únicas ocasiones en que nos hemos visto.

Soy consciente de que usted debe considerarme una persona grosera y desagradecida, y hasta un poco chiflada. Anoche, cuando usted me concedió el honor de venir a visitarme, Yo no supe utilizar un lenguaje adecuado. ¡Oh, así le pagué que fuera usted tan amable conmigo! No me extraña que después me tratara usted como a un perfecto desconocido.

Afortunadamente para mí, le di a leer mi autobiografía. Después de lo que usted sabe sobre mí puedo esperar que su sentido de la justicia le haga ser indulgente con un hombre que ha padecido (casi he escrito «que ha sido maldecido») un sufrimiento tan grande como el mío.

Hay quienes me han recomendado seguir el ejemplo de otras personas sordas que encuentran consuelo en la religión. Pero ésas son personas de carácter dulce, que saben encontrar alivio hasta habiendo perdido el máspreciado de sus sentidos. Hacen vida social y se resignan a su terrible aislamiento, conservando intacta su simpatía a favor de esas otras personas que son más felices que ellos porque pueden oír.

Yo no soy una de esas personas. Lo digo con tristeza: Nunca me he resignado ni podré resignarme a mi terrible destino. Permítame pedirle disculpas por mi comportamiento de esta mañana en la cabaña. Supongo que se habrá llevado usted de mí una pésima impresión. Ya casi no soy capaz de ocultar mis sentimientos más ruines. Lo mejor de mi naturaleza va desapareciendo poco a poco, y tanto es así que la señorita Cristel (observe usted que la menciono con el debido respeto), se sintió alarmada por usted al observar cómo lo estaba mirando.

En confianza, le diré que tan pronto como usted se ha marchado, Cristel, encantadora, ha entrado en mi cuarto con la intención de interceder en su favor «Espero que su malvada mente no esté pensando en hacerle ningún daño al señor Roylake» ha escrito en mi cuaderno. «Prométame que lo dejaré tranquilo, o créame si le digo que no volverá a verme usted nunca más. Si hace falta, me iré de esta

casa.»

De esta manera tan contundente ha expresado... ¿cómo decirlo?... ¿debo decir el interés fraternal que siente por su bienestar?

Dejé la carta un momento. Si no fuera porque ya me había reprochado mil veces el haber juzgado mal a Cristel —haciéndole de esta manera un poco de justicia en mis mejores pensamientos— no habría recobrado jamás mi amor propio después de leer la carta del sordo. ¡Qué muchacha tan bondadosa! Si: eso es lo que pensaba de ella, bajo las ventanas del tocador de mi madrastra, mientras la señora Roylake seguramente me estaba observando y la noble y hermosa Lady Lena estaba a punto de llegar.

La carta terminaba así:

Por lo que a mí respecta, le prometí a Cristel lo que me había pedido, y luego, naturalmente, le pregunté por qué se empeñaba en defenderle a usted de ese modo.

Ella admitió con franqueza su simpatía hacia usted. Dijo, en primer lugar, estarle agradecida porque en su infancia usted y la madre de usted habían sido siempre muy buenos con ella; y en segundo lugar porque le parecía que era usted bueno y amable, ahora que era un hombre y se había convertido en el mayor terrateniente del condado. Esa fue la explicación que me dio. Después se marchó.

¿Debía creerla cuando reflexionaba sobre nuestra entrevista a solas en mi habitación? ¿O debía sospechar que usted me había robado el cínico consuelo que hacía mi vida soportable? Mi mente no admitió tan indigna sospecha. De todo corazón, la creí. Y con absoluta sinceridad, confío en usted.

Si a pesar de todo lo que ya sabe usted de mí, todavía piensa que carezco de buenos sentimientos, no podrá llegar a otra conclusión que no sea la de sospechar que esta carta es una patraña mía para hacerle bajar a usted la guardia, y sé que seguirá desconfiando de mí, con más fuerza si cabe. Si así es, déjeme recordarle simplemente que esta carta es privada y confidencial, y que no tiene que contestarla si no quiere.

Sinceramente suyo, quedo a su entera disposición,

El Inquilino Sordo

Me pregunto qué habría hecho otro hombre en mi situación después de leer esta carta. ¿Habría visto algo que justificara tener cierto respeto y consideración por su autor? ¿Habría podido quedarse con la conciencia tranquila dejando sin respuesta al afligido hombre que había confiado en él?

Decidí (y no olviden que yo era joven) responderle de la manera más amistosa

posible, es decir, personalmente. Consulté el reloj y comprobé que tenía tiempo de ir al molino y volver antes de la hora fijada para nuestra retrasada comida, que en Alemania llamarían ya cena.

Por segunda vez ese día, y sin dudarle por un solo instante, me metí por el camino del bosque de Fordwitch.

Cuando estaba cruzando el claro del bosque me encontré con una mujer joven y fornida que llevaba un cántaro con agua de la fuente. Al verme me hizo una reverencia. Le pregunté si era del pueblo.

Su respuesta me demostró que había tomado a otra de mis criadas por una forastera. La robusta ninfa de la fuente era mi cocinera, que había ido a buscar el agua que tomábamos en casa, «y no hay un agua como la suya, señor, en todos los alrededores de la comarca».

Después de esta información, seguí mi camino y la cocinera el suyo. Naturalmente, al llegar a la habitación del servicio contó que había visto a su nuevo amo. De esta manera, según supe más tarde, mi paso por la fuente y mi partida hacia el molino llegó a oídos de la señora Roylake, a través de su doncella. Por tanto, en beneficio de mi tranquilidad doméstica, parecía que el bosque de Fordwitch era un lugar que me convenía evitar.

Al llegar a la cabaña vi al Inquilino asomado una vez más a la ventana de su habitación.

Pero en esta ocasión, su aspecto había sufrido una transformación singular. Llevaba en la cara un pañuelo blanco, atado por detrás, que le cubría desde la nariz hasta la barbilla. Había destapado una botella que tenía una extraña forma y estaba concentrado en observar alguna cualidad interesante del oscuro líquido que contenía. No hace falta decir que nada habría resultado más inútil que tratar de llamar su atención a voces. Sólo podía esperar a que él mirara hacia mí.

Mi paciencia no fue puesta a prueba: enseguida tapó la botella y, al alzar la vista, me descubrió. Con la mano que tenía libre, se quitó rápidamente el pañuelo, y dijo:

—Por favor, espéreme en el guardabotes del embarcadero. Ahora mismo estoy con usted.

Señaló hacia la esquina de la cabaña nueva del lado que quedaba más alejado de la vieja construcción.

Siguiendo sus instrucciones, pasé por la puerta que él utilizaba para entrar y salir de su cabaña, y llegué a la orilla del río. A mi derecha estaba el molino con su enorme rueda y, siguiendo el curso del río, encontré el guardabotes; estaba construido sobre el agua, sostenido por pilotes y se accedía a él por un muelle de madera. Mi padre nunca habría hecho construir una estructura tan complicada y costosa simplemente para la comodidad del molinero. El guardabotes lo había hecho levantar, hace muchos años, un rico comerciante ya retirado que sentía pasión por la pesca de río. Nuestro

repugnante río no respondió a sus expectativas y los vecinos no le devolvieron sus visitas. Cuando nos dejó, llevándose sus botes, canoas y pescantes, el molinero tomó posesión del guardabotes abandonado.

—Es el tipo de instalación que no reporta ningún beneficio —había dicho el viejo Toller—. Trasladarla cuesta dinero y hacerla pedazos... ¿vale la pena que un caballero rico se dedique a vender un carro de leña?

No se adoptó ninguna de estas alternativas, y como nadie quería un guardabotes vacío, la destartalada barca del molino, antes atada a una estaca y expuesta a las calamidades del tiempo, estaba ahora cómodamente resguardada bajo un techo rodeada de compartimentos vacíos (que una vez fueron ocupados por lujosas embarcaciones).

Estaba contemplando el río, y pensando en todo cuanto había acontecido desde aquel primer encuentro mío con Cristel, a la luz de la luna, cuando oí la discordante voz del sordo detrás mío.

—Le ruego que me disculpe por recibirle en este lugar —dijo—. Me tendrá que permitir que le moleste una vez más con una de mis confesiones. Igual que otras desafortunadas personas sordas, tengo los nervios siempre a flor de piel. Hay quienes cambian constantemente de residencia para calmarse. Otros, como es mi caso, nos refugiamos en variedad de ocupaciones. ¿Recuerda que en una época era muy aficionado a escribir narraciones de crímenes perfectos?

Asentí con la cabeza, del modo habitual.

—Pues bien —prosiguió él—, han dejado de interesarme mis elucubraciones literarias. En estos últimos días he reanudado mis estudios de química, que tan buenos recuerdos me traen de los felices días en que me iniciaba en mi profesión de médico. Por desgracia, cuando usted ha llegado estaba haciendo un experimento y ha quedado en la habitación un olor tan abominable que no me atrevo a pedirle que entre. Los vapores no son sólo desagradables, sino también algo peligrosos. Quizás me ha visto usted en la ventana, protegiéndome la boca y la nariz con un pañuelo antes de abrir la botella.

Asentí otra vez con la cabeza. Él sacó su pequeño cuaderno, y lo abrió por una hoja nueva.

—¿Puedo suponer que su visita es una respuesta favorable a mi carta?

Yo cogí el lápiz y le respondí en estos términos:

Su carta me ha convencido de que hice mal al tratarle como a un extraño. He venido para decirle que estoy arrepentido de haber cometido tal injusticia. Puede estar seguro de que creo en lo mejor de su naturaleza, y que acepto su carta con el mismo espíritu amistoso con que ha sido escrita.

Leyó mi respuesta y repentinamente me miró.

No había visto nunca en sus bellos ojos una expresión tan luminosamente dulce, tan irresistiblemente tierna, como la que tenían en aquel momento. Me tendió la mano. Uno de mis pequeños méritos es ser lo que se dice un hombre de palabra. Estreché su mano, consciente de que con aquel gesto estaba aceptando su amistad.

Al narrar los hechos de este relato, en ocasiones miro hacia atrás y repaso la cadena de sucesos, a medida que agrego un eslabón tras otro... a veces con sorpresa, a veces con interés, y a veces descubro que he omitido algún detalle que por su importancia sería aconsejable incluir. Pero busco en vano en mi memoria, mientras repaso las líneas que acabo de escribir para recordar algún suceso que pudiera haberme advertido del peligro hacia el cual avanzaba a ciegas. En mi recuerdo estamos los dos, de pie, estrechándonos la mano; pero no hay, nada siniestro asociado a esta imagen. No sentí ningún escalofrío al estrecharle la mano; no se produjo tampoco ningún extraño accidente en el río, ni siquiera una nube pasajera oscureció la luz del sol, que brillaba con su alegre esplendor sobre nuestras cabezas.

Después de darnos la mano, ni él ni yo teníamos aparentemente nada más que decirnos. Un poco incómodo, me giré hacia la ventana del guardabotes y miré hacia fuera. A pesar de que fue un movimiento sin importancia, mi compañero se fijó.

—¿Le gusta ese río enlodado? —preguntó.

Volví a coger el lápiz:

Antiguos recuerdos hacen que incluso el horrible Loke me parezca interesante.

Él suspiró al leer mis palabras.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo, señor Roylake. Su interesante río, a mí me da miedo.

No tuve necesidad de pedirle de nuevo el lápiz. Mi mirada de asombro reclamaba con claridad una explicación.

—Cuando estuvo usted en mi habitación el otro día —dijo—, supongo que se daría cuenta de que una de las ventanas tiene vistas al Loke. He cogido la mala costumbre de sentarme junto a esa ventana en las noches de luna llena. Observo la corriente del río, y me parece como si estuviera viendo fluir mis propios pensamientos. No tiene nada de extraordinario, mientras estoy despierto. Pero, más tarde, al irme a dormir, me asaltan los sueños. En todos ellos, señor, en todos sin excepción, aparecen Cristel y el Río. Observe la corriente, furtiva y silenciosa. En el sueño de anoche, en cambio, podía oírla; rumor del agua fluía en mis oídos. No era sordo, en mi sueño podía oír igual que usted. Sí, el mismo rumor del agua, cantándome una y otra vez la misma horrible canción: «Necio, necio, Cristel no es para ti; dile adiós, dile adiós». La he visto flotando sobre esas repugnantes aguas,

alejándose de mí. La corriente era cruel y me frenaba cuando yo trataba de atrapar a Cristel. Yo luchaba y gritaba y temblaba y lloraba. Me he despertado destrozado, y he maldecido a su interesante río. No vuelva usted a escribir nada sobre ese río. No vuelva a mirarlo. ¿Por qué habrá tenido usted que sacar ese tema? ¡Oh, le ruego que me disculpe! No tengo ningún derecho a hablarle así. Déjeme ser educado; acepte mi hospitalidad. Le ruego que venga a visitarme en cuanto mi habitación ya no tenga ese olor pestilente. Sólo puedo ofrecerle una taza de té. Oh, ese río, ese río, ¿por qué diablos habré empezado a hablar de él? No estoy, loco, señor Roylake, sólo soy desgraciado. ¿Para cuándo le espero? Escoja usted mismo una tarde de la semana que viene.

¿Quién no habría sentido lástima por él? ¡Qué noches más terribles las suyas comparadas con mis dulces y sanas noches sin sueños!

Por supuesto, acepté su invitación. Una vez concretado el día, ya era hora de pensar en volver a Trimley Deen. Al acercarme a la puerta, sin querer desvié su atención hacia el guardabotes.

Su cara inmediatamente me recordó la descripción que Cristel había hecho de él cuando tenía uno de sus arrebatos malignos. «Esos preciosos ojos nos engañan y a veces he visto como su bello rostro mudaba de color hasta el punto de convertirse en un hombre feo.» Me cogió del brazo y, señalando el muelle, cuyo final se unía con la orilla del río, me dijo:

—Le ruego que acepte mis disculpas, pero si ese desgraciado se me acerca, no respondo de mis actos.

Tras esta disculpa se alejó rápidamente; y el astuto Giles Toller, que había esperado pacientemente hasta ver el terreno despejado, se me acercó con su mejor reverencia:

—Un tiempo precioso, ¿verdad, señor?

Yo no deseaba hablar del tiempo, pero quería averiguar qué había sucedido en la cabaña.

—Ha ofendido usted mortalmente al caballero que acaba de dejarme —dije—. ¿Qué le ha hecho?

Pero el señor Toller, como de costumbre, había venido a hablarme de algún otro asunto de su interés, ¡y ahora era él quien se hacía el sordo!

—No recuerdo haber visto nunca, señor, un tiempo tan espléndido, y eso que, como ya habrá notado usted, soy un anciano. Estaba ahora mismo en el molino y le he visto aquí en el guardabotes, y he venido a ofrecerle mis respetos. ¿Sería usted tan amable de echar un vistazo a esta hoja de papel, señor Gerard? Si fuera usted tan amable de preguntarme de qué se trata, me sería de gran ayuda.

Yo sabía perfectamente de qué se trataba.

—¡Otra vez con esas reparaciones! —dije resignadamente—. Deme esa lista,

viejo testarudo.

Al viejo Toller le pareció muy divertido que yo hubiera adivinado sus intenciones; se sintió feliz al ver que guardaba la lista en mi bolsillo, y comenzó a reírse de tal manera que pensé que su enjuto cuerpecito se iba a deshacer en pedazos de un momento a otro. Para poner fin a su alegría adopté una expresión severa e insistí en que me explicara cómo había ofendido al Inquilino. Entonces, mi venerable arrendatario comenzó a temer seriamente por sus reparaciones, y se puso a hablar de otro tema, éste de índole personal, para ver si así yo recuperaba el buen humor.

—Cuando hay una mujer en casa, señor Gerard, ya se habrá dado usted cuenta de que el gasto es continuo, ya si es una mujer joven. ¿Tengo razón o no?

Le pregunté si se estaba refiriendo a su hija.

—Así es, señor. Le estoy hablando de Cristy. Cuando está de malas pulgas, no encontrará en toda Inglaterra a nadie más mal hablado que ella. Desde que usted ha estado aquí con nosotros esta mañana, mi caballero se ha portado mal; lo único que puedo decirle es que le he pedido que se marchara. Lo que representa una pérdida evidente de dinero cada semana, y Cristy es la responsable. ¡Sí, señor, ha sido mi hija quien me ha obligado a tomar esta decisión! Porque si alguna vez la madre de Cristy se hubiera atrevido a pedirme que echara a un inquilino (un inquilino que cumpliera con los pagos del alquiler), habría sido a ella a quien le habría dicho que se fuera, y no diré a dónde, señor; ya lo sabrá usted el día que se case. En fin, la cuestión es que por defender a mi hija, he ofendido a mi caballero, y ése es un lujo que no puedo permitirme, a menos, claro, que vuelva a alquilar las habitaciones. Si se enterara usted de algún posible inquilino, dígame qué buen propietario soy y qué habitaciones más bonitas alquilo.

Antes de que el señor Toller pudiera hacer más peticiones, me adelanté por el camino de la orilla del río.

Pasamos junto a la cabaña vieja. La puerta estaba abierta y vi a Cristel ocupada en la cocina.

Miré mi reloj, y comprobé que aún disponía de dos o tres minutos. Todavía me sentía culpable por haber dejado aquel mensaje clavado en la puerta y pensé que debía disculparme lo antes posible. Con esa intención me acerqué a Cristel. Ella miró desconfiadamente hacia la puerta que comunicaba con la cabaña nueva, como si esperara que fuera a abrirse desde el otro lado.

—¡Ahora no! —dijo, y continuó tristemente sus tareas domésticas.

—¿Podemos vernos mañana? —pregunté.

—Sería mejor que no fuese aquí, señor —fue su única respuesta.

Le sugerí que nos encontráramos en algún otro lugar que a ella le pareciera más conveniente. Cristel me pidió que eligiera yo el sitio. Parecía ausente, como si estuviera todo el tiempo pensando en otra cosa. No se me ocurrió nada mejor, en

aquel momento, que proponer la fuente del bosque de Fordwitch. A ella le pareció bien que nos encontráramos allí al día siguiente, a las siete de la mañana, si no era demasiado temprano para mí. En Alemania me había acostumbrado a madrugar. Ella me escuchó, volvió a mirar la puerta del inquilino y precipitadamente me dio las buenas noches.

Su educado padre se mostró escandalizado por aquella forma tan poco ceremoniosa de despedir al gran hombre que con sólo una palabra podía impedir las reparaciones.

—¿Dónde están tus modales, Cristy? —exclamó indignado. Antes de que pudiera decir una palabra más, abandoné la cabaña.

Al pasar por la fuente, de camino a casa, pensé en las dos citas que me aguardaban: la de esa misma tarde, con la hija del lord; y la de la mañana siguiente, con la hija del molinero. Lady Lena a la hora de nuestro ágape; Cristel antes del desayuno.

¿Qué diría la señora Roylake si llegara a enterarse de mi doble vida social? Yo era un joven feliz y alocado, y rompí a reír.

CAPÍTULO IX

El juego de la señora Roylake: primer movimiento

Casi no recuerdo nada de cómo transcurrió la comida en Trimley Deen. Por más esfuerzo que haga, sólo alcanzo a ver la figura medio borrosa de Lady Lena: esbelta y elegante; llevaba un vestido blanco, mas sabía hacer de la sencillez un arte; pude admirar sus dulces ojos azules, la tez pálida con un delicado toque de color, la cabeza erguida coronada con un adorable cabello castaño. Hasta ahora, el tiempo me ayuda a revivir el pasado... y no me permite nada más. No puedo decir que ahora recuerde su voz, entonces tan musical en mis oídos, o que pueda repetir la conversación fluida y sin afectación que entonces encontré tan interesante, o que pueda reproducir en mi mente su actitud encantadora, que hacía las delicias de todo el mundo, incluyéndome a mí: al único caballero joven que había tenido el honor de conocer a Lady Lena y, aun admirando su belleza, no había hecho nada por enamorarla.

Lo que sí recuerdo perfectamente es la conversación que tuve con mi madrastra cuando se marcharon nuestros invitados. Si quieren saber por qué, les diré que en esa ocasión quedó demostrado que se había urdido una conspiración para que le propusiera matrimonio a Lady Lena. Tanta era la ansiedad de la señora Roylake por conseguir sus propósitos, que no acertó a utilizar las sutiles armas del engaño con la habilidad acostumbrada. Incluso yo, que contaba con muy escasa experiencia en el terreno de las mujeres, supe entender de inmediato lo que mi madrastra se traía entre manos.

Así, yo me había retirado al salón de fumadores y estaba en medio de una nube de humo, en ese cielo que es el tabaco, cuando oí el inconfundible crujido de un vestido de seda y, al mirar hacia la puerta, vi a la señora Roylake con la más cautivadora de sus sonrisas.

—Oh, si apagas ese cigarro —exclamó la afable criatura—, tendré que marcharme, querido Gerard. No sabes cuánto me gusta el humo de tu tabaco.

Mi obeso hombre de negro, que entraba en aquel momento para traerme una soda, la miró con una expresión de perplejidad y horror, demostrándome que era la primera vez que veía a la señora Roylake en el salón de fumadores.

Me envolví en nuevas nubes de humo. Si asfixiaba a mi madrastra, su cortés equívoco justificaba mi acto. Se sentó en una butaca frente a mí. No oso imaginar, ni siquiera ahora después de tanto tiempo transcurrido, las angustias que debió sufrir para evitar que su rostro expresara el asco que sentía.

—Veamos, Gerard. Hablemos de las dos damas. ¿Qué te parece mi amiga, Lady Rachel?

—No me gusta su amiga, Lady Rachel.

—Me dejas atónita. ¿Por qué? ¿Qué es lo que no te gusta de ella?

—Pienso que es una mujer falsa.

—¡Dios mío, qué palabra tan horrible para calificar a una dama! ¡A una dama amiga mía! Comprendo que estés un poco sorprendido por sus extravagantes ideas políticas, pero estoy segura de que su vigorosa inteligencia ha despertado tu admiración, ¿acaso puedes negarlo?

No fui lo bastante listo como para negarlo; pero sí lo bastante osado como para decir que Lady Rachel era una mujer que hablaba sólo para llamar la atención. Me aventuré a declarar que las opiniones que expresaba no podían ser mantenidas honestamente por alguien de su posición.

La señora Roylake protestó airadamente. Me aseguró que estaba completamente equivocado.

—Lady Rachel —dijo— es la persona más sincera de todo el círculo de mis amistades.

Aun con la mejor voluntad por mi parte, aquello era más de lo que mi paciencia podía soportar.

—¿Acaso no es la hija de un aristócrata? —pregunté—. ¿Acaso no debe su rango y su esplendor, y el respeto que la gente le profesa, a la afortunada circunstancia de su nacimiento? Y no obstante, habla como si fuese una roja republicana. Usted misma la ha oído decir que ella era una Radical convencida, y que no quería morir sin ver la abolición de la Cámara de los Lores. ¡La he oído! Es más, he escuchado tan atentamente esas opiniones de una dama con título, que puedo repetir las, palabra por palabra: «No nos merecemos nuestros títulos; no hemos ganado nuestras rentas; y legislamos para el país, sin que el país nos tenga confianza. En definitiva, somos una banda de impostores y llegará el momento en que seamos descubiertos». ¿Usted cree que piensa realmente lo que dice? Yo digo que no puede ser más falso.

Aquí me detuve secretamente admirado de mi propia elocuencia. Fue un grave error por mi parte, mi elocuencia me hizo actuar justo como pretendía la señora Roylake, que buscaba una oportunidad para dejar de hablar de Lady Rachel y centrarse en Lady Lena sin que pudiera acusársela de tener motivos personales para ello. Yo le proporcione esa oportunidad. Hasta aquí debo reconocer que mi madrastra estaba en plena forma.

—Gerard, si llego a saber que la política te violentaba de ese modo, no te habría hablado de Lady Rachel. ¿Prometes que no serás tan severo con nuestra querida Lady Lena? ¡Oh, no me digas que también ella te parece una farsante!

La señora Roylake cometió entonces su primer error, exagerando su actuación hasta tal extremo que ella misma se dio cuenta de su equivocación. Pero ya era demasiado tarde.

—Si todavía no se ha dado usted cuenta de que mi admiración hacia Lady Lena es

del todo sincera —le dije yo con ironía—, haría usted bien en ponerse gafas, y cuanto antes mejor. Es una joven muy hermosa, nada afectada, y si puedo presumir de tener buen criterio, deliciosamente bien educada y bien vestida.

El rostro de mi madrastra resplandeció de felicidad. Yo creo que no había expresado sus sentimientos tan abiertamente desde que era niña. Y al fin y al cabo, para mí era un cumplido que la señora Roylake quisiera casarme con Lady Lena. Era mi deber tener una buena opinión de mi ambiciosa pariente. Cumplí con mi deber.

—¿Realmente te gusta mi dulce Lena? —dijo—. ¡Oh, qué feliz soy! ¿Y de qué habéis hablado? Te ha obligado a ejercer todas tus dotes oratorias y parecía estar profundamente interesada.

¡Más sobreactuación! ¡Otro error! Porque la realidad había sido que, no habiendo ningún tema relacionado con Inglaterra que nos interesase a los dos, Lady Lena, que tenía mucho tacto, hizo alusión a mi estancia en el extranjero. La señora Roylake le había contado que estudié en una universidad alemana. Ella había oído rumores sobre estudiantes de pelo largo y botas de arpillera que se batían en duelo, y me pidió que le contara más cosas. Hice todo lo que pude por interesarla, con escaso éxito, y fui inmerecidamente recompensado con una paciente atención, fruto del abnegado refinamiento de la cortesía en su más perfecta expresión.

Pero debo hacer justicia a mi madrastra. Antes de abandonar el salón de fumadores, consiguió —no sé de qué manera— que yo terminara doblegándome a su voluntad.

—Ahora que has conocido a las encantadoras hijas —me recordó—, lo menos que puedes hacer es ir a presentarle tus respetos a su noble padre. En tu posición, querido, no puedes saltarte las costumbres inglesas sin producir una pésima impresión.

Así que, con el pretexto de la obligada visita a milord, tendría que ir al día siguiente a conocer mejor a Lady Lena.

—Y te ruego que tengas cuidado —me advirtió la señora Roylake, soportando todavía la atmósfera de la sala de fumadores— de no manifestar ninguna sorpresa si ves que la casa de Lord Uppercliff presenta en estos momentos un aspecto un tanto pobre.

Yo tenía el pensamiento puesto en fumarme otro cigarro, y malinterpreté las palabras de advertencia que acababa de dirigirme. Intenté poner fin a nuestra entrevista haciendo una generosa propuesta.

—Si lo que quiere Uppercliff es dinero, para mí será un placer prestárselo.

La señora Roylake emitió horrorizada un chillido estridente y breve.

—¡Oh, Gerard, no quiero ni imaginar con qué gentuza habrás estado viviendo! ¡Qué ignorancia tan asombrosa de la enorme fortuna de Milord! Él y su familia acaban de regresar a su mansión tras una larga ausencia... el Parlamento, ya sabes, y

baños termales en el extranjero y cosas de estas... y por eso todavía no se han establecido del todo en Inglaterra. Lo cuál puede ser el próximo error que cometas. Escucha bien lo que voy a decirte...

Debo reconocer que al principio la escuché distraídamente, pero de repente captó mi atención, sin que ella hubiera hecho ningún esfuerzo consciente en este sentido.

Las primeras palabras que me sobresaltaron fueron éstas:

—Debes saber que el pobre lord Uppercliff se rompió una pierna hace algún tiempo y fue lo bastante imprudente como para dejar que un cirujano demasiado joven se hiciera cargo de volver el hueso a su lugar. La cuestión es que milord cojea un poco, y detesta que la gente se dé cuenta. Lady Rachel no está de acuerdo conmigo en que esa cojera sea atribuible a un error del cirujano. Entre nosotros, creo que Lady Rachel se enamoró de ese hombre. Al parecer era muy guapo, listo, amable, educado, todo un caballero. Después de que terminara su trabajo, frecuentaba las fiestas de Lady Lena en Londres; luego, un día, desapareció y no se ha vuelto a saber nada más de él. Pregúntale a Lady Lena, ella te dará todos los detalles, sin que su hermana mayor interceda a favor del apuesto joven... ¡Oh, me siento tan halagada! ¡Pareces tan interesado en el tema!

¡Cómo no iba a interesarme!

Hacía poco que lord Uppercliff y su hija habían regresado y por eso aún no se había presentado la oportunidad de un encuentro casual entre el Inquilino sordo y los amigos que había perdido de vista —sin duda en la época de su grave enfermedad— pero era inevitable que algún día se produjese. ¿Qué ocurriría entonces? ¿Y Lady Rachel, qué haría ella al ver que su fascinante y joven cirujano había sufrido tan terrible cambio?

CAPÍTULO X

La advertencia

Estábamos solos en el claro, al lado de la fuente. No había por qué temer una interrupción a esa hora tan temprana, pero Cristel se sentía intranquila. Parecía ansiosa por regresar a la cabaña cuanto antes.

—Padre dice —comenzó bruscamente— que le vio a usted en el guardabotes. Y que estaba usted conversando amigablemente con ese hombre terrible.

Le recordé a Cristel que, en mi opinión, habíamos sido demasiado duros con él; y añadí que me había escrito una carta que me reafirmaba en mi parecer. Decepcionada, y hasta asustada de mis palabras, Cristel dijo con tristeza:

—Yo tenía la esperanza de que Padre estuviera equivocado.

—Su padre no se equivoca en absoluto —le dije—. De hecho iré a tomar el té con ese hombre que parece aterrorizarla. Espero que también la invite a usted.

Ella se estremeció ante la simple idea de una invitación.

—¿Quiere escuchar lo que tengo que decirle? —preguntó seriamente—. Quizás cambie de opinión cuando sepa la tontería que hice el día que usted me vio entrar en su cabaña.

—Querida Cristel, estoy en deuda con usted por el amable interés que demostró por mi en aquella ocasión.

Antes de que pudiera disculparme por haberla agraviado con mis sospechas, me pidió una explicación respecto a lo que acababa de decir.

—¿Lo menciona en su carta? —preguntó.

Reconocí que había obtenido la información por esta vía. Y declaré que él había expresado su admiración y su confianza en ella en términos que lamentaba no poder enseñarle.

Cristel olvidó el temor de ser descubiertos y expresó su indignación con un grito que debió escucharse en todo el bosque.

—¿Y le cree usted? ¡Señor Gerard! El hecho de que el Sordo le esté contando todas esas cosas es una prueba más de que está mintiendo, y se lo voy a demostrar. Si fuese usted otra persona, no me importaría su suerte. Sí, su suerte —repitió apasionadamente—. Oh, discúlpeme, estoy faltándole al respeto. Le ruego que me perdone. No, no, déjeme continuar. Cuando intercedí por usted (y lo hice sinceramente) no podía sospechar el error que estaba cometiendo, hasta que vi su rostro. Entonces comprendí cuánto lo odia a usted y de qué vil manera piensa secretamente en mí...

¡Cómo podía pensar eso Cristel! No podía permitir que continuara hablando así.

—Está usted muy equivocada, querida Cristel. Como le he dicho, él siente un

respeto muy sincero por usted, y en cuanto a mí, ha reconocido que no me juzgó correctamente en nuestro primer encuentro.

—¡Cómo! ¿En su carta también dice eso? Es peor de lo que imaginaba. No me cansaré de repetírselo, mil veces si hace falta —en el fervor de su convicción dio una patada contra el suelo—: él lo odia a usted con la clase de odio que jamás perdona ni olvida. Usted lo tiene por un buen hombre. ¿Cree que si no hubiera tenido un buen motivo le habría suplicado a mi padre que lo echara de la cabaña? Señor Gerard, no me queda más remedio que contarle lo que mi visita suscitó en su mente. Ese hombre está convencido de que usted ha olvidado comportarse como corresponde a las personas de su posición y de que yo soy tan malvada como para olvidarlo también; cree que usted quiere separarme de él. Diga lo que diga, escriba lo que escriba, no le crea usted una sola palabra: lo está engañando para conseguir sus malvados fines. Si acude usted a tomar el té con él, Dios sabe que algún día se arrepentirá. Perdóneme si le he ofendido hablándole tan bruscamente. Ya he terminado. Usted está haciendo que me sienta muy desgraciada, pero sé que no es ésa su intención, sé que es usted un hombre bueno. Adiós.

Cogí su mano y la apreté tiernamente; estaba conmovido, profundamente conmovido.

¡No! Déjenme ser honesto. Al despedirse sus ojos la traicionaron, al igual que su voz. Lo que vi y lo que oí no admitía dudas. El interés que la dulce muchacha sentía por mí no era el mero interés amistoso que ella creía. He dicho que estaba «conmovido». ¡Hipócrita! ¡Mentira! La amaba mucho más tiernamente de lo que había amado hasta entonces. Ésta es la verdad, despojada de miserable prudencia y del mezquino miedo de ser llamado vanidoso.

Lo que habría deseado decirle a Cristel en ese momento es algo que cada cual tendrá que dejar al capricho de su propia imaginación.

Antes de que pudiera decir una sola palabra, vi que por el sendero que llega del molino se acercaba el hombre a quien Cristel temía.

Sentí el temblor de su mano en la mía y la apreté levemente para alentarla.

—Veamos qué dice al vernos juntos —sugerí—, y entonces podremos juzgarlo mejor.

Sin ninguna intención de disimulo, él avanzaba rápidamente hacia nosotros, sonriendo y agitando la mano.

—Vaya, señor Roylake, veo que ya ha descubierto las virtudes de su maravillosa fuente y viene a beber agua antes del desayuno. Yo también solía hacerlo, cuando no tenía tanta pereza de madrugar. Y esta encantadora muchacha —dijo, mirando a Cristel—, supongo que, aconsejada por usted, ha venido a probar las virtudes de la fuente. Yo mismo le habría recomendado hace tiempo que lo hiciera, si no fuera que no quiere escucharme. Observe mi ejemplo.

Sacó un vasito de plata del bolsillo y bajó los cuatro escalones de la fuente. De no ser por la horrible monotonía de su voz de sordo nadie podría haberse mostrado más inocente, alegre y agradable. Mientras tomaba su bebida matinal, apelé al buen criterio de Cristel:

—¿Éste es el hipócrita que me está engañando para llevar a cabo sus malvados planes? —pregunté—. ¿Le parece que tiene el aspecto de un monstruo celoso que planea mi destrucción y acabará conmigo si soy tan estúpido de aceptar su invitación?

¡Pero la pobre Cristel seguía firme en su obstinación! Antes de marcharse, me dijo:

—Piense en lo que le he dicho... hágalo por su propio bien —fue su única respuesta.

—¿Y también un poco por su bien? —me aventuré a añadir.

Ella se alejó corriendo, siguiendo el sendero de vuelta a su casa. El sordo y yo nos quedamos solos. Él la siguió con la mirada hasta perderla de vista. Entonces sacó su libreta de hojas en blanco. Pero en lugar de dármela a mí, como era lo habitual, se puso a escribir.

Tengo que decirle algo, anotó.

Al no tener yo el cuaderno, sólo podía recurrir al lenguaje de los signos para recordarle que yo podía oír y él podía hablar. Toqué mis labios y lo señalé a él; toqué mi oído y me señalé a mí.

—Sí —dijo él, entendiéndome tan rápido como siempre—, pero ésta vez quiero que además de oírme, recuerde usted bien mis palabras. Cuando termine de escribir esta hoja le rogaré que la conserve y que la relea de vez en cuando.

Escribió sin parar hasta llenar las dos caras de la hoja.

—Es una carta bastante breve —dijo—. Le ruego que la lea.

Esto es lo que leí:

Al llegar aquí, y sorprenderlos a ustedes dos a solas, usted mismo ha podido comprobar que no les he insultado presa de un ataque de celos. Sin embargo, recuerde que todos tenemos nuestras debilidades, y que mi dura suerte es vivir condenado a un estado de lucha contra el mal heredado que constituye la calamidad de mi vida. Con su ayuda, en el futuro podré vencer la tentación, y emplear la mejor parte de mi naturaleza para dominar mis actos y mis pensamientos. Pero deberá usted estar alerta, y adviértale a la señorita Cristel que también lo esté, para no dejarse engañar por las falsas apariencias. Como todos sabemos, las apariencias engañan. Ténganme consideración. Apiádense de mí. No pido nada más.

Honesto, valeroso y humilde... Le pregunto a cualquier mente sin prejuicios si no habría cometido una acción mezquina malinterpretándolo.

—¿Me comprende? —preguntó.

Le hice una señal para que me diera el cuaderno, y utilicé estas palabras para calmar su ansiedad:

Si no lo comprendiera, ¿qué clase de hombre sería yo? ¿Puedo mostrarle a Cristel lo que ha escrito?

Él sonrió dulce y gentilmente, como no le había visto sonreír nunca antes.

—Si así lo desea —respondió—. Lo dejo enteramente a su criterio. Gracias y que tenga un buen día.

Tras dar unos pocos pasos en dirección a la cabaña, se detuvo y me recordó la cita del té:

—No lo olvide, mañana a las siete de la tarde.

CAPÍTULO XI

¡Otra advertencia más!

Cuando llegué a casa aún no era la hora del desayuno. El color monótono del bosque de Fordwitch me había fatigado la vista, así que fui al jardín para refrescar mis ojos mirando las flores.

Al salir a la terraza oí la voz de un hombre furioso que a gritos le exigía a alguien que abandonara inmediatamente el jardín. Bajé rápidamente las escaleras que descenden hasta los parterres de flores. El hombre de los gritos resultó ser uno de los jardineros, y el que debía abandonar inmediatamente el jardín era el criado singularmente vestido del amigo que acababa de ver.

La horrible cara del pobre sujeto expresaba vergüenza y contrición en el momento de encontrarse conmigo. Me pidió que tuviera compasión de él y que lo perdonase.

—Aguarde un momento —dije—. Déjeme ver si hay algo que perdonar —me dirigí entonces al jardinero—. ¿Qué queja tiene usted de este hombre?

—Ha entrado sin permiso en su propiedad, señor. Y tendría que haberle oído usted cuando le he llamado la atención; en mi vida había visto a alguien tan desvergonzado.

—¿Daños, señor?

—Sí, daños. ¿Ha estado arrancando flores?

El jardinero miró a su alrededor, buscando en vano las pruebas del delito.

El desdichado intruso, haciendo de tripas corazón, se defendió:

—Señor, nadie me ha acusado jamás de haber causado algún desperfecto en el jardín de un caballero —dijo—. Sólo estaba echando un vistazo a las flores por encima del muro.

—Y entonces, no ha podido vencer la tentación de verlas más de cerca.

—Así es, señor.

—¿De modo que le gustan a usted las flores?

—Sí, señor. Incluso llegué a fracasar como propietario de un vivero... pero no se lo reprocho a las flores.

El jardinero no apreció la deliciosa ingenuidad de aquella confesión. Oí que el bruto murmuraba para sí:

—¡Embustero!

Por primera vez hice valer mi autoridad sobre un sirviente.

—Quiero que le quede clara una cosa —dije—: Este jardín no es solamente para mi goce y el de mis amigos. Todas las personas bien educadas que quieran contemplar las flores serán bien recibidas. No lo olvide. Y ahora, puede retirarse.

Después de dar estas instrucciones, me dirigí a mi amigo de la chaqueta gastada.

Le dije que podía pasear por donde quisiera, y todo el tiempo que quisiera. Pero él, en lugar de expresar su agradecimiento, y hacer uso de su libertad, se mostró nervioso y vacilante.

—¿Qué le ocurre ahora? —pregunté.

—Es que está siendo usted tan amable conmigo señor... y me temo que no sabe usted quién soy. En mi juventud he sido algo más, aparte de horticultor.

—¿Y qué fue usted?

—Pugilista.

Mi amigo debió sentirse muy decepcionado al ver que su respuesta no me causaba la menor indignación. Al contrario, consciente de mi propia ignorancia, le pregunté amablemente.

—¿Qué es un pugilista?

Me miró sorprendido. Tuve que explicarle que había crecido en el extranjero, y que no había sabido nada de Inglaterra en los últimos diez años, ni siquiera a través de los periódicos. La explicación pareció animar a ese hombre de pocas palabras, que comenzó a hablar profusamente. Me hizo una completa disertación sobre el arte del pugilato, y me dijo algo que encontré muy gracioso: su nombre. Se llamaba Gloody^[2]. Aunque no sea yo una persona con un gran sentido del humor, me pareció que ese nombre le iba como anillo al dedo a aquel hombre tan deliciosamente peculiar. Luego me explicó todas sus desgracias, y lo hizo con tanta gracia que a los dos nos dio un ataque de risa. El primer accidente afortunado en la vida del pobre sujeto había sido el ser descubierto por su actual amo.

Este hecho me interesó, y le pedí que me explicara cómo se habían conocido su señor y él.

Gloody comenzó hablando de sí mismo con enorme modestia:

—Yo soy, uno de esos muertos de hambre, señor, que intentan sobrevivir haciendo pequeños recados. Me gané la primera comida en tres días llevando el equipaje de un caballero. Así conocí a mi señor. Ya entonces estaba tan sordo como ahora. Vivía solo. Me dijo: «si alguna vez me gritas al oído, te tumbo de un puñetazo». Yo pensé: no diría usted eso, señor, si supiera a qué me dedicaba hace veinte años. Me tomó a su servicio, señor, porque era feo. «Yo soy tan apuesto», dijo, «que quiero tener algo feo a mi lado como contraste». Usted ya debe haber notado que es un amargado y a veces se porta conmigo muy amargamente. Pero tiene un lado bueno. Me regala su ropa vieja y a veces me habla con tanta amabilidad como usted. De no haber sido por él estoy seguro de que me habría muerto de hambre.

De pronto enmudeció. No sabría decir si por temor o porque había tenido un recuerdo doloroso.

El horrible rostro, al que debía su primer pequeño bocado de prosperidad, se llenó de duda y preocupación. Tras estallar en expresiones de gratitud que yo ciertamente

no merecía —expresiones tan sinceras que evidenciaban las constantes penurias que había sufrido en el curso de su dura existencia— me abandonó precipitadamente, imagino que impulsado por la turbación de su espíritu.

Lo seguí con la mirada; se adentró por el sendero y, de repente, se detuvo. No podía verle la cara, pero su voz, fuerte y profunda, se oía más de lo que él probablemente suponía.

—¡Soy un maldito canalla! —dijo para sí mismo. Aguardó un instante, se dio vuelta y comenzó a caminar hacia mí despacio y con reservas. Cuando lo tuve más cerca comprobé que el hombre que antes había exhibido públicamente su valentía, me miraba con temor, a juzgar por el cambio del color y la expresión de su rostro.

—¿Algún problema? —inquirí.

—Ninguno, señor. ¿Puedo tener la osadía de preguntar...?

Los dos aguardamos unos segundos en silencio. Le di tiempo para ordenar sus pensamientos, pero el silencio pareció confundirle todavía más. Me vi obligado a ayudarlo.

—¿Qué desea preguntarme? —dije.

—Quisiera hablarle, señor... Se detuvo otra vez.

—¡Pero dígame de qué se trata! —dije yo.

—De lo de mañana por la tarde.

—¿Y bien?

Por fin se decidió a hablar:

—¿Vendrá a tomar el té con mi amo?

—¡Por supuesto que sí! ¡Me sorprende usted, señor Gloody!

—Oh, señor, espero no haberle ofendido.

—¡Tonterías! Lo que me parece raro, mi querido amigo, es que su amo no le haya avisado que iré a tomar el té con él. ¿Acaso no es usted quien se ocupará de que todo esté listo?

Él trasladaba su peso de un pie al otro y parecía desear encontrarse lejos de mi vista. Con el tiempo he aprendido que estos signos delatan que un hombre honesto ha dicho o está a punto de decir una mentira. Aquella vez, sin embargo, sólo reparé en que contestaba confusamente.

—Señor, la verdad es que no puedo decir que mi amo no me haya mencionado el asunto.

—Pero usted no le entendió bien, ¿verdad?

—Es que resulta que cada vez que quiero preguntarle algo a mi amo, tengo que escribírselo en el cuaderno, y soy lento y no escribo bien, y él no siempre tiene la suficiente paciencia. De cualquier modo, tal como acaba de recordarme, debo preparar las cosas. En pocas palabras, digamos que no estaba seguro de que se hiciera la merienda.

—¿Por qué no iba a hacerse?

—Bueno, señor, pensé que tal vez ya tendría usted otro compromiso.

¿Era una indirecta? ¿O sólo una excusa? En cualquier caso, si seguía empeñado en no hablar era hora de darle ejemplo.

—En lo que a pelear con los puños se refiere, ustedes los pugilistas hacen la distinción entre lo que llaman «juego limpio» y «juego sucio». Ahora dígame, Gloody, ¿usted está jugando limpio conmigo? Porque, tal vez me equivoque, pero me da la impresión de que usted está intentando evitar que acepte la invitación de su amo.

Se quitó el sombrero precipitadamente.

—Con permiso, señor Roylake. No le entretengo más. Si es tan amable de disculparme, debo irme.

—Todavía no, señor Gloody. Antes debe responder usted a mi pregunta: ¿Hay, algún inconveniente para que vaya a tomar el té mañana?

—Oh, no es eso, señor Roylake, créame usted —se apresuró a responder—. No es lo que usted piensa; es que yo soy un hombre ignorante, y no sé expresarme bien. No vaya usted a creer que soy un desagradecido, señor Roylake. Después de lo amable que ha sido usted conmigo soy capaz de hacer cualquier cosa por usted... ¡la haría!

Sus ojos hundidos se humedecieron y se le quebró la voz. Dejó que se marchara, en consideración al fuerte sentimiento que sin querer le había provocado. Pero primero estreché su mano. ¿Cediendo a un impulso repentino? Sí. ¿Cometí una imprudencia? Sólo habrá que esperar un poco para verlo.

CAPÍTULO XII

¡Última advertencia!

Mi lealtad hacia el afligido hombre cuyos amistosos gestos deseaba corresponder, se mantuvo inmovible. Sus inmerecidos infortunios, la noble súplica que me hizo en la fuente, su desesperanzado afecto por la bella muchacha, cuya aversión hacia él yo, desgraciadamente, había fomentado; todo me predisponía a su favor. Había aceptado su invitación y no tenía otro compromiso: excusarme no tenía sentido y podía interpretarse como una confesión de temor. Si bien es cierto que las súplicas de Cristel no habían logrado conmoverme, no lo era menos que después de oír las enigmáticas palabras de Gloody y de presenciar su extraño comportamiento mi espíritu se hallaba perturbado. Me sentía vagamente intranquilo e irritado por mi propio desánimo. De ser filósofo, habría reconocido enseguida los síntomas de un ataque común de una enfermedad moral ampliamente extendida. La más mezquina de todas las dolencias humanas es también la más universal: su nombre es Amor Propio.

A todo esto, tal vez habría que añadir cierto episodio que había puesto a prueba mi paciencia, y en el que estábamos implicados, en calidad de víctimas, Lady Lena y yo.

Cuando mi madrastra y yo llegamos a la mansión de lord Uppercliff, me fijé en que Lady Rachel y la señora Roylake no tardaron mucho en encontrar (o buscar) el momento de retirarse a un rincón para hablar a solas. Y varias fueron las veces que las sorprendí mirándonos a Lady Lena y a mí. Hasta Lord Uppercliff (a quien quizás aún no habían hecho partícipe de sus confidencias) se había dado cuenta de la extraña conducta de la señora Roylake y Lady Rachel, y parecía no entender nada.

En el camino de regreso a casa, al quedarnos la señora Roylake y yo a solas, estaba preparado para escuchar la glorificación de Lady Lena seguida de un delicado examen del estado de mi corazón. Pero curiosamente no sucedió ni lo uno ni lo otro. Haciendo uso de su habitual astucia, mi madrastra me sumió una vez más en la más absoluta confusión.

La señora Roylake hablaba por los codos, como siempre, agotando un tema tras otro, y sin hacer la menor alusión a la hija de Milord, ni a mis planes matrimoniales, ni tampoco a mis visitas al molino. Yo ocultaba mi perplejidad y sospechaba que tan inusual indiferencia por parte de mi madrastra hacia intereses domésticos de principal importancia debía obedecer a algún propósito que yo no alcanzaba a ver. Faltó poco para que saltara del carruaje y le dijera a la señora Roylake que prefería ir a casa andando.

Era domingo. Estuve deambulando por el jardín, escuchando la distante campana de la iglesia que anunciaba el servicio de la tarde. No sé por qué motivo estaba tan

inquieto que nada de lo que hacía me entretenía ni me tranquilizaba.

Entré en casa, e intenté pasar el rato con mi colección de insectos, tristemente abandonada desde hacía tiempo. ¡Fue inútil! Mis polillas ya no me interesaban.

Salí otra vez al jardín. Al pasar por delante de una de las ventanas del piso de abajo, que tenía vistas a la terraza, vi a la señora Roylake leyendo un libro cuya encuadernación me sorprendió por sus tristes colores. Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, dejó de bostezar al tiempo que me alcanzaba un ejemplar idéntico al que ella estaba leyendo.

—Son los sermones más hermosos que se han escrito en nuestra época, Gerard.

Cogí el libro, lo abrí, recobré la compostura, y se lo devolví. Si a un lado de la ventana había una farsante, al otro lado había un farsante:

—Guárdemelo hasta esta tarde, señora Roylake. Ahora mismo me disponía a dar un paseo.

¿Hacia dónde conduciría mis pasos?

Los hombres se preguntarán qué era lo que me tenía poseído; las mujeres opinarán que mis actos hablan a mi favor: me adentré por el familiar camino que conducía al bosque sombrío y al río culpable. Sentía dentro de mí un irrefrenable deseo de ver a Cristel. No porque estuviera enamorado de ella, sino porque la había dejado muy angustiada.

Una vez pasada la fuente, a pocos metros del río, vi que una dama se acercaba por el sendero del molino.

Caminaba de prisa y sonriente, brincando como una niña. ¡Hete aquí la republicana de salón, más conocida como Lady Rachel!, pensé para mí. Me tendió las dos manos. De no haber sido por las enaguas, la habría tomado por un alegre jovencito.

—Estaba dando un paseo por su magnífico bosque, señor Roylake; los domingos cualquier cosa es válida con tal de escapar de las clases respetables, que patrocinan la piedad de camino a la iglesia por la tarde. Debería hacer un bosquejo de la cabaña adosada al molino, me refiero, naturalmente, a la parte pintoresca. La preciosa hija de Toller estaba de pie ante la puerta. Realmente está más guapa que nunca. ¿Va usted a verla, pícaro? Dígame, ¿qué le atrae más, esa tez agitanada, o la adorable piel de Lena? Supongo que las dos. A su edad, las dos, no me cabe duda. Adiós.

Cuando se marchó no pude evitar pensar en el marido de Lady Rachel, el Capitán de la Armada que por esos días estaba embarcado. Era un perfecto desconocido, pero me puse en su lugar, y sentí que yo también me habría hecho a la mar.

El viejo Toller estaba solo en la cocina, claramente molesto y enfadado.

—Estamos todos locos, señor Gerard. He tenido otra pelea con ese demonio sordo, así es como lo llamo ahora, y creo que es un nombre realmente apropiado. Jura que no se irá hasta que pase una semana desde el aviso. Dice que si pretendo

quitármelo de encima sin casarlo con Cristy voy muy desencaminado. Ha advertido que si alguien intenta llevársela la matará a ella, matará a ese hombre y se matará él después. ¡Ah, pero viejo como soy, se equivoca si piensa que va a salirse con la suya! Se las verá conmigo. Recuerde lo que le digo: se las verá conmigo.

No había duda de que el viejo Toller, hombre exasperante, con un temperamento irritable, había hecho enfadar a mi amigo, y éste, en un arrebato de furia, le había respondido irreflexivamente. Aun así, debo reconocer que me sentí un poco inquieto (celoso, me temo) por Cristel. Después de echar otro vistazo a la cocina pregunté dónde estaba.

—En su habitación, llorando a lágrima viva —explicó su padre—. Yo he salido esta mañana a dar un paseo por el río y me he sentado un rato a descansar y, como era domingo, me he quedado dormido. Al despertarme he vuelto a casa, justo hace un momento, y así es como me la he encontrado. No me gusta ver llorar a mi niña; es tan buena como el oro, o aun mejor. No, señor, no es culpa de ese demonio sordo. No ha dado ningún motivo de queja a Cristy. Ella misma lo ha dicho, y nunca miente.

—Pero, señor Toller —protesté yo—, algo ha tenido que ocurrir para que esté tan afligida. ¿No le ha explicado de qué se trata?

—¡Ella! Es muy tozuda. Nunca me explica nada. Siempre tengo que adivinar yo las cosas. Señor Gerard, le digo que alguien ha hablado con ella mientras yo no estaba, y la ha hecho enfadar. Se preguntará usted quién ha sido. Aún no he podido averiguarlo.

—¿Pero lo intentará?

—Sí, lo intentaré.

No me respondió con la energía que generalmente lo caracterizaba. Quizás estaba cansado, o tenía otros asuntos en los que pensar. Le hice entonces una sugerencia.

—Cuando buscamos ayuda —le dije—, a veces la encontramos más cerca de lo que esperábamos... a las puertas de nuestra propia casa.

El viejo molinero saltó ante esta insinuación como un pez ante un cebo:

—¡Glody! —exclamó—. Encuéntralo inmediatamente, señor Toller —se dijo a sí mismo.

Se acercó a la puerta cojeando, se dio la vuelta y me miró.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza —explicó—, si no ya se me habría ocurrido.

Tras hacer de este modo justicia a sus habilidades salió precipitadamente. En menos de un minuto estaba otra vez de vuelta, eufórico y sin aliento.

—Glody ha visto quién era —anunció—. No va usted a creerlo, señor Gerard, ¡era una mujer!

Le hice un gesto a Glody, que esperaba humildemente en la puerta, para que entrara y me contara lo que había descubierto.

—La he visto fuera, señor, llamando a la puerta con su sombrilla —fue lo que respondió el criado.

¿Su sombrilla? No estando yo al corriente de cuál era por aquella época la moda entre las sirvientas inglesas, pregunté si se trataba de una dama. Al parecer, no había la menor duda al respecto; Gloody dijo también que creía que nunca la había visto antes.

—¿Pero no está seguro? —pregunté.

—Verá, señor Roylake, la mujer estaba esperando a que le abrieran la puerta, y yo estaba saliendo del bosque, así que sólo la he podido ver de espaldas.

—¿Quién le abrió la puerta?

—La señorita Cristel —su cara se iluminó con una expresión de interés al mencionar a la hija del molinero. Luego prosiguió con su relato sin necesitar la ayuda de mis preguntas—. La señorita Cristel pareció sorprenderse al ver a una desconocida, yo la llamaría una «desconocida descarada». Entró en la casa como si fuera suya, señor.

No me considero una persona suspicaz por naturaleza, pero empezaba a pensar en Lady Rachel.

—¿Se fijó en su vestido? —pregunté.

De haber sido una mujer quien la hubiera visto sin duda habría descrito cada detalle de su atuendo de la cabeza a los pies. El hombre sólo se había fijado en su sombrero; y todo lo que podía decir es que le pareció elegante.

—¿Recuerda de qué color era? —fue mi siguiente pregunta.

—No me acuerdo bien, verde oscuro, creo.

—¿Tenía algún adorno?

—¡Sí! Una pluma morada.

Para tratarse de un hombre, hay que decir que había descrito suficientemente bien el sombrero que yo había visto ya en varias ocasiones sobre la cabeza de esa odiosa mujer. El viejo y astuto Toller no había prestado atención a Gloody y a mí en cambio no me había quitado la vista de encima ni por un instante, y se dio cuenta, por la expresión de mi cara, de que yo sabía ya de qué mujer se trataba. Con la audacia a la que me tenía acostumbrado, preguntó:

—¿Quién es esa mujer?

Yo seguí, salvando humildemente las distancias, el ejemplo de sir Walter Scott, cuando le preguntaban inquisitivamente si era el autor de *Waverley*^[3]. Al estilo inglés, afirmé no saber nada de la desconocida del sombrero verde. Pero como es natural, estaba impaciente por descubrir qué había dicho Lady Rachel y solicité hablar con Cristel. Su perspicaz padre quizás había percibido algún cambio en la conversación. Me acompañó hasta la puerta de la habitación de su hija y se quedó allí mientras yo llamaba suavemente y le pedía que saliera.

—Discúlpeme, señor, pero no puedo salir.

Por el tono de su voz supe enseguida que aquella socialista había tratado a la pobre Cristel sin misericordia. Tan seguro estaba de ello, que allí mismo me juré que Lady Rachel no volvería a cruzar las puertas de Trimley Deen. Y si a su amiga del alma, la señora Roylake, le parecía desmesurado este justo castigo y decidía marcharse de casa, yo lo aceptaría con resignación, y recordaría la circunstancia con placer.

—¿Está usted enferma, Cristel? —fue todo lo que se me ocurrió decir, presionado por el doble inconveniente de hablar a través de la puerta y tener a su padre a mi lado escuchando.

—No señor Gerard no estoy enferma. Solo un poco triste, eso es todo. No quisiera parecer grosera, señor Gerard, pero le ruego que sea conmigo más bueno que nunca, ¡déjeme!

Le dije que volvería al día siguiente y me aparté de la puerta con el corazón encogido.

El viejo Toller aprobó mi comportamiento. Se frotó sus huesudas manos, y murmuró:

—Ya verá como mañana se lo saca todo. Yo le ayudaré.

Encontré a Gloody esperándome fuera de la cabaña. Estaba preocupado por la señorita Cristel, temía que estuviera enferma. Le dije que podía quedarse tranquilo, y añadí:

—Parece que está usted muy interesado por la señorita Cristel.

—¿Cómo no habría de estarlo, señor Roylake?

Su respuesta lo elevó en mi estima. Era un hombre extraño, con una apariencia que podía predisponer a algunas personas en su contra. No era mi caso. Mientras volvía a casa me asaltó la idea de que Cristel podía haberse hecho amiga de alguien mucho peor que el boxeador jubilado.

La señora Roylake, que era una observadora aventajada, se dio cuenta rápidamente de que algo me tenía preocupado. Le dije que me habían hecho enfadar, pero no le expliqué nada más. Por muy, extraño que parezca, no mostró curiosidad ni sorpresa. Y más extraño todavía, comencé a notar que me evitaba tanto como podía.

Mi cita del día siguiente estaba prevista para las siete de la tarde y quise poner a prueba el autocontrol de la señora Roylake. Presenté mis excusas y avisé que ese día no cenaría en casa como de costumbre. Dado que no estaba preparada para esta noticia tuvo que recurrir a su presencia de espíritu para mostrarse a la altura de las circunstancias. Al marcharme, me expresó su deseo de que pasara una tarde agradable.

Había planeado llegar a la cabaña antes de las siete. Ésa era la única esperanza que tenía de poder hablar con Cristel a solas. Al llegar a la orilla del río que limita

con el bosque, me sorprendió un destello de belleza silvestre que no había percibido hasta entonces en el familiar paisaje. Creo no equivocarme al afirmar que cualquier paisaje, no importa lo magnífico o lo vulgar que sea, asume un esplendor desconocido cuando las condiciones de luz y sombra le son favorables.

Así, nuestros tenebrosos árboles y nuestro repugnante río ofrecían un aspecto extraordinariamente transformado, bajo la sombra de enormes nubes, las fantásticas coronas de la niebla y el fantasmal enrojecimiento del sol en su ocaso. Quedaban unas agradables combinaciones de discretos colores, que se desvanecían y volvían a aparecer sobre las hojas superiores del follaje, que se movían ligeramente. La niebla, vagando caprichosamente sobre las aguas, revelaba el extremadamente lento curso de la ondeante corriente, al tiempo que ocultaba el turbio amarillo terroso que descoloría y degradaba el río bajo la intensa luz del día.

Mientras mis ojos seguían las sucesivas transformaciones del paisaje y la hora avanzaba, tiernas y solemnes influencias invadieron mi espíritu. Revivieron felices días del pasado. Volvía a caminar de la mano de mi madre, en medio de los paisajes que entonces me rodeaban, aprendiendo de ella a agradecer de corazón la belleza de la tierra. Nos adentramos por nuestro sendero preferido y encontramos una compañera de aquellos tiernos años, que se escondía de nosotros. De pronto se dejó ver, ruborizada y nerviosa y nos ofreció un ramo de flores silvestres. Mi madre me susurró algo, yo le di las gracias a la chiquilla del molino, y le di un beso.

Estaba soñando despierto; sentí el calor de su beso en mi mejilla, una llama diminuta como sus labios; ¡sentí el tacto!

Me asusté, noté que estaba temblando, respiré profundamente para regresar sin ganas a la realidad.

Una mano me tocó el hombro. Me volví rápidamente. Un soplo de aire caliente me rozó la mejilla, era su respiración. La niña se convirtió en una sombra evanescente: la mujer que era ahora se me había acercado sin que me diera cuenta y me pedía disculpas.

—Señor Gerard, estaba usted sumido en sus pensamientos. Le hablaba, pero usted no me oía.

La miré en silencio.

¿Era la querida Cristel que tan bien conocía? ¿O era una imitación de ella?

—Espero no haberlo ofendido —dijo ella.

—No, sólo me ha sorprendido —respondí—. Algo le ha ocurrido desde la última vez que la vi, ¿qué es?

—Nada.

Di un paso y la atraje hacia mí. Un fuerte rubor alteró el color de su rostro. Un brillo abrumador encendió sus ojos y adoptó una actitud desafiante.

—¿Está usted nerviosa? ¿Enfadada? ¿Intenta confundirme interpretando un

papel?

Hice atropelladamente estas preguntas, una tras otra, y ella me respondió en voz alta y con seguridad.

—Oso decir que estoy excitada, señor Gerard, por el honor que se me ha hecho. Supongo que acudirá usted a su cita. Pues bien, su amigo, su amigo preferido, me ha invitado también a mí. ¡No! Esto no es del todo cierto. Me he invitado yo misma y el caballero sordo ha accedido.

—¿Por qué se ha invitado usted?

—Porque una reunión para tomar el té no es completa sin una mujer.

Sus modales eran tan extrañamente inusuales como su aspecto. Vi claramente que en ese momento estaba fuera de sí. Era imposible creer que me estuviera respondiendo con franqueza. Comencé a enfadarme, cuando hubiera debido ser indulgente con ella.

—¿Todo esto tiene algo que ver con Lady Rachel? —pregunté.

—¿Qué sabe usted de Lady Rachel, señor?

—Sé que ayer la visitó y habló con usted.

—¿Sabe lo que me dijo?

—Puedo adivinarlo.

—Señor Gerard, no hable mal de esa buena y amable mujer. Ella merece su gratitud tanto como la mía.

Su actitud era más tranquila; su rostro más sereno; su expresión casi había recobrado su natural encanto al hablar de Lady Rachel. Yo estaba estupefacto.

—Señor, si me he comportado mal, trate de olvidarlo y perdonarme —continuó diciendo con dulzura—. No sé muy bien lo que digo y hago.

Señalé la parte nueva de la cabaña, detrás nuestro.

—¿La causa está allí? —pregunté.

—¡No! ¡De veras que no! No lo he visto ni he oído nada de él. Su criado a menudo me trae mensajes, pero hoy no he recibido ninguno.

—¿Ha visto a Gloody hoy?

—¡Ah, sí! No quisiera parecer atrevida, señor, pero hay una cosa que quiero preguntarle. El señor Gloody es muy bueno conmigo; vivimos en la misma casa y nos vemos continuamente. Pero en su caso es diferente; él me ha dicho que solamente le ha visto a usted en dos ocasiones. ¿Qué ha hecho, usted señor Gerard, para que le haya cogido tanto afecto en tan poco tiempo?

Le conté que lo habían encontrado en mi jardín contemplando las flores.

—Como no había causado ningún daño —dije— no permití que el criado lo echara y lo acompañé a dar una vuelta por los parterres de flores. Bastante poco para merecer tanta gratitud como el pobre ha manifestado, y no dudo que sentido.

No pretendía decir nada más que eso. Pero el recuerdo de la misteriosa evasiva de

Gloody y de la inquietud que sin duda había sentido al pensar en ello más tarde, me hizo asociar (no puedo decir por qué) la agitación de Cristel con algo que aquel hombre pudiera haberle dicho. Estaba a punto de preguntárselo, cuando ella alzó su mano y exclamó:

—¡Chitón!

Ese día, el viento soplaba desde el pueblo de la ribera. Aunque ya les he hablado anteriormente de este pueblo, no creo haber mencionado todavía su nombre, Kylam. Está situado detrás de uno de los montículos de la ribera, rodeado por una espesa arboleda, y no es visible desde el molino. Gracias a la dirección del viento pudimos oír las campanadas del reloj de la iglesia. Cristel las contó.

—Las siete —dijo—. ¿Está decidido a acudir a esa cita?

Había repetido, con voz temblorosa y una repentina palidez, la extraña pregunta que me había hecho Gloody. En aquella ocasión no había podido averiguar el motivo. Intentaría descubrirlo ahora.

—¿Por qué piensa que no debería acudir a esa cita? —pregunté.

—Recuerde lo que le dije en la fuente —respondió ella—. Ese hombre que pretende ser su amigo, le está engañando, le miente y siente odio por usted.

El hombre del que hablaba dobló la esquina de la cabaña nueva. Agitó la mano alegremente y tomó el camino que lo acercaba a nosotros.

—¡Váyase! —me dijo ella—. Su ángel de la guarda le ha abandonado esta vez. Ya es demasiado tarde.

En lugar de permitir que la precediera, como yo pretendía hacer, arrancó a correr delante mío, hizo una señal al sordo, al pasar a su lado, para que no la detuviera, y desapareció por la puerta abierta de la cabaña de su padre.

Tenía que tomar una decisión. ¿Qué hubiera hecho de ser veinte años mayor?

Digamos que habría tenido la valentía moral de sobreponerme al más miserable de los miedos, el miedo de parecer asustado y habría presentado mis excusas a mi anfitrión aquella tarde. Pero ¿y si él me pedía una explicación?, ¿qué sería entonces de mi valentía moral? ¡Es inútil especular! Si yo hubiese tenido la prudencia de la madurez no habría escrito en su cuaderno que confiaba en lo mejor de su naturaleza, y que aceptaba su carta con el mismo espíritu amistoso con que había sido escrita.

Quien sea capaz que encuentre una explicación. Sabía que iría a tomar el té con él y sin embargo era incapaz de avanzar unos pocos pasos y salirle al encuentro.

—He encontrado un nuevo vínculo que nos une —me dijo al acercarse—. Los dos somos sensibles a eso —señaló hacia el inmenso paisaje que estaba oscureciéndose—. Sólo dos hombres habrían sido capaces de pintar el misterio de esas sombras alargándose, de esas luces desvaneciéndose, y los dos reposan ya en sus tumbas, Rembrandt y Turner. ¿Vamos a tomar el té?

De camino a su cuarto, nos detuvimos ante la puerta del molinero.

—¿Podría averiguar usted —me pidió—, si la señorita Cristel ya está lista?

Entré en la cabaña. El viejo Toller estaba en la cocina, fumando su pipa. No parecía que la estuviera disfrutando demasiado.

—¿Qué le ha pasado a mi hija? —me preguntó al momento—. Ayer estaba en su habitación llorando, y hoy está en su habitación rezando.

Las advertencias que había desdeñado se alzaron contra mí. Me quedé en silencio. Estaba aterrado. Antes de que pudiera reponerme, Cristel entró en la cocina. Su padre susurró:

—¡Mírela!

No quedaba ningún vestigio de la agitación que había alterado —he estado a punto de decir profanado— su bello rostro. Pálida, serena, resuelta, dijo:

—Estoy preparada.

Salió delante mío. El hombre a quien odiaba le ofreció el brazo. ¡Y ella lo aceptó!

CAPÍTULO XIII

La jarra de vino

Advertí un único cambio en la miserable habitación del Inquilino desde la última vez que la había visto. Había una segunda mesa pegada a una de las paredes. Sobre ésta hervía el agua del té, en un caldero de plata calentado por una lámpara de alcohol. Las hojas de té estaban dentro de un delicado jarrillo de porcelana china y había también una jarra de vino, de vidrio finamente tallado, con una tapa de plata. Cualquier otro hombre poseedor de ese bello objeto habría creído oportuno llenarlo con el vino de Burdeos más puro que nuestras modernas artes de la adulteración nos permitan beber. Ese hombre había llenado la jarra de agua.

—Todas mis posesiones de valor están ostentadamente expuestas a la vista —dijo, con la amarga ironía a la que nos tenía acostumbrados—. Las posesiones de mi casero compiten con ellas en la mesa grande.

Sobre la mesa grande había una tosca tetera de barro; tazas y platitos a los que les faltaban pedazos; una jarra de leche agrietada; un pote que hacía la función de azucarero, y un viejo cuenco para verdura, que ahora tenía el honor, por primera vez desde que saliera de la tienda, de contener las más delicadas confituras francesas.

Mi querido amigo, de un humor excelente, señalaba aquí y allá entre los objetos preciosos y los que no tenían ningún valor, como si nos mostrara un catálogo que le encantara.

—No creo que nadie en el mundo —dijo—, goce tanto como yo con el contraste. ¿Qué quieres ahora?

La pregunta iba dirigida a Gloody, que acababa de entrar en la habitación. Tocó la tetera de barro. Su amo le advirtió:

—Déjala.

—Las otras veces yo he preparado el té —insistió el criado mirándome.

—¿Qué ha dicho? Escribámelo aquí, señor Roylake. Haga el favor, escribámelo.

Había ira en sus ojos al pedírmelo. Cogí el cuaderno y escribí las inofensivas palabras de Gloody. El las leyó, y se giró violentamente hacia su desgraciado criado.

—Me parece que en tus tiempos de rufián de los cuadriláteros algún contrincante te dio un buen puñetazo en los sesos. ¿Cómo se te ocurre pensar que tú puedas preparar un té lo bastante bueno para el señor Roylake?

Señaló una puerta abierta que comunicaba con otro dormitorio. Los ojos de Gloody permanecían fijos en Cristel: ella no se daba cuenta, ocupada como estaba en colocar la aguja de un broche que se le había caído del vestido. El hombre se retiró al segundo dormitorio y cerró suavemente la puerta.

Nuestro anfitrión recobró su buen humor. Cogió un taburete de madera, y se sentó

al lado de Cristel.

—Muebles prestados —dijo—, igual que el juego de té. Estoy en deuda con su excelente padre. ¡Querida Cristel, qué callada está usted! ¿Se arrepiente de haber cedido al impulso que la hizo ofrecerse tan amablemente a tomar el té con nosotros?

De repente, se volvió hacia mí:

—Aquí tiene usted otra prueba, señor Roylake, del interés fraternal que esta muchacha siente por usted; no puede oír que viene usted a visitarme sin querer estar presente. ¡Ah!, usted posee los misteriosos atractivos que fascinan al sexo débil. Uno de estos días, alguna mujer le amaré como no ha sido amado nunca un hombre todavía.

Se dirigió de nuevo a Cristel:

—¿Continúa desanimada? Quizás esté cansada de esperar el té. ¿No? ¿Ya ha tomado usted el té? La culpa es de Gloody; debería haberme avisado que las siete es demasiado tarde para usted. El pobre diablo se merece que usted no le hiciera caso cuando la miraba hace un momento. ¿Es usted una de las pocas mujeres que no siente antipatía por los hombres feos? Le aseguro que en general las mujeres prefieren a los hombres feos. Un hombre guapo es un rival para ellas, y eso no les gusta. «Tenemos tanto cariño a nuestros feos maridos; les llevamos tanta ventaja.» Oh, pero no crea que van por el mundo diciéndolo, eso no. Solamente lo piensan. Señor Roylake, ¿le parece que El Abyecto es un pobre cínico? Por cierto, cuando habla usted de mí con otras personas, con Cristel, por ejemplo ¿me llama El Abyecto, como le sugerí? Mis encantadores jóvenes amigos, parecen ustedes sorprendidos; ambos sacuden la cabeza. Quizás hoy tengo uno de esos días tolerantes, y no encuentro nada de malo en ser Abyecto. Se trata de un perro que representa diferentes razas^[4]. Lo mismo que ocurre con los ingleses, son gente que representa diferentes razas: sajones, normandos, daneses. En este caso, el resultado es una gran nación. En el otro caso el resultado es el miembro más inteligente de la gran familia canina, como puede usted comprobar personalmente si se dedica a adiestrarlo. ¡Ah, creo que estoy hablando demasiado! Mis invitados intentan insinuar una palabra o dos y no encuentran la oportunidad. ¡Ánimo, señorita Cristel! ¡Entusiasmo, señor Roylake! Hacía más de un año que no disfrutaba así de los placeres sociales. ¡Siento el calor humano! ¡Amo la humanidad! Nunca, nunca, nunca había sido un hombre tan bueno como ahora. Permítanme expresar mis emociones con un horrible argot: ¿no es la mar de divertido?

Cristel y yo lo interrumpimos. Instintivamente nos tapamos los oídos con las manos.

En el delirio de su exaltado espíritu había roto la monotonía de su entonación. Repentinamente su voz se convirtió en un chillido estridente que se prolongó hasta hacerse completamente insoportable. Se dio cuenta del efecto que había causado.

Hundió la cabeza en el pecho y un horrible temblor se apoderó de él sin misericordia. Entonces oímos que se decía a sí mismo:

—Había olvidado que soy sordo.

En aquellas simples palabras había todo un mundo de sufrimiento. Cristel no podía moverse de la silla. Yo me levanté, y le puse cariñosamente la mano en el hombro. Pensé que era el mejor modo de demostrarle mi compasión.

Él me miró en silencio.

Su cuaderno estaba sobre la mesa. Como ya hiciera en la fuente, se apresuró a cogerlo antes que yo y escribió en él antes de entregármelo.

No voy a atormentarles más con mis disonancias de sordo. Vista, olfato, tacto, gusto: daría todos estos sentidos con tal de poder oír. Al recordar esta vana aspiración mi enfermedad se venga de mí: mi sordera no está acostumbrada a que la olviden. ¡Bien! Puedo ser útil en silencio; puedo preparar el té.

Se levantó, cogió la tetera y se acercó a la mesa pegada a la pared. En esa posición, quedaba de espaldas a nosotros.

Al mismo tiempo, noté que me quitaban suavemente el cuaderno de la mano. Cristel había estado leyendo por encima de mi hombro mientras yo leía. Escribió en la siguiente hoja en blanco:

¿Quiere que prepare yo el té?

—Observe lo que ocurrirá ahora —me dijo.

Se acercó a él, le tocó el brazo, y le mostró lo que había escrito. Él dijo que no con la cabeza, y Cristel se sentó de nuevo a mi lado.

—¿Era eso lo que esperaba? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué está intentando demostrarme?

—Quiero que usted recuerde que no me dejó preparar el té.

—¿Misterios, querida?

—Sí: misterios.

—¿No pueden ser aludidos de una manera más concreta?

—Aludiré a uno de ellos de una manera más concreta. Cuando el té esté preparado quizás note que le toco la rodilla por debajo de la mesa.

Fui lo bastante tonto como para sonreír y lo bastante prudente después como para darme cuenta de que había cometido un error.

—¿Qué significa su gesto? —le pregunté.

—Significa «espere» —me respondió.

Mi sentido del humor estaba en ese momento totalmente fuera de juego. Que se me reservaba una sorpresa y que Cristel estaba resuelta a no confiármela fueron las dos conclusiones a las que llegué. Me sentí, y seguramente no sin razón, un poco enfadado. El inquilino se acercó con el té listo. Al poner la tetera sobre la mesa, le pidió disculpas a Cristel.

—No me considere descortés por haber rechazado su amable ofrecimiento. Si hay algo que sé que puedo hacer mejor que nadie es preparar el té. ¿Azúcar y leche, señor Roylake?

Asentí con la cabeza. Sirvió el té. Llenó dos tazas, y se acabó. Cristel y yo nos dimos cuenta. Él lo vio y satisfizo de inmediato nuestra curiosidad.

—Es una norma entre los maestros del arte de hacer té —dijo—, no utilizar dos veces la misma infusión. Si queremos más, haré más; y si usted desea unirse a nosotros, señorita Cristel, llenaremos la tercera taza.

¿Qué había en aquella explicación (me pregunté) que la hacía empalidecer? ¿Y por qué después de lo que él acababa de decir, vi sus ojos clavados en él como nunca hasta entonces? Absolutamente incapaz de comprenderla, removí mi té con resignación. Cuando me disponía a probarlo, sentí su mano en mi rodilla, bajo la mesa.

Desconcertado como estaba, obedecí sus instrucciones, y seguí removiendo el té. Nuestro anfitrión sonrió.

—Su azúcar tarda mucho en deshacerse —dijo, y se bebió su té. Mientras vaciaba su taza, Cristel retiró su mano de mi rodilla. Yo bebí entonces mi taza.

A pesar de todos sus alardes resultó ser el peor té que había probado nunca. Si en Trimley Deen me hubieran servido aquel brebaje asqueroso, lo habría arrojado por la ventana. Al dejar mi taza me preguntó chistosamente si deseaba que preparase más. Mi negativa fue una obra maestra de grosería en el lenguaje de los signos.

En lugar de llamar a Gloody para que limpiase la mesa, apartó los objetos que tenía más cerca para dejar un espacio vacío.

—Quizás debería haberlo pensado mejor antes de invitarles a pasar la tarde conmigo —dijo, hablando con una amabilidad que contrastaba con su grosería anterior—. Mi desgracia, como los dos saben, es ser un estorbo en la conversación. Me atrevería a decir que se están preguntando cómo los entretendré después del té. Si me lo permiten, propongo entretenerlos con una exhibición de mi destreza manual. Antes de quedarme sordo hubiese preferido demostrársela con el piano, pero dadas las actuales circunstancias tendré que servirme de un talento inferior.

Abrió una alacena de la pared, cerca de la segunda mesa, y regresó con una baraja de naipes.

Cristel hizo el gesto de repartirlas para iniciar el juego.

—No —dijo—. No era eso lo que había pensado. Permítanme que les presente

una nueva faceta mía. Ya no soy, el Inquilino ni el Abjecto. Mi nuevo nombre es todavía más honorable: soy el Prestidigitador.

Mezcló la baraja pasando las cartas de una mano a la otra en forma de cascada. Dada la maravillosa facilidad con que lo hizo me preparé para ver algo extraordinario. Cristel le dedicó un prolongado aplauso, y una extraña risa nerviosa. La excitación de él menguaba y la de ella no hacía más que crecer. Vi que de nuevo se encendían sus mejillas y un ardiente brillo aparecía en sus ojos. En un momento en que él estaba concentrado, ella clavó los ojos en la puerta por donde había desaparecido Gloody. ¿Era ésta una indicación de otro de los misterios que, según ella, me estaban reservados? Mi última experiencia no me predisponía favorablemente hacia los misterios. Puse toda mi atención en el Prestidigitador.

No sé si los trucos que nos hizo eran fáciles o difíciles de realizar. Sólo puedo decir que jamás había quedado tan absolutamente perplejo ante el espectáculo de ningún maestro de la prestidigitación. Después de la ejecución de cada truco, pedía permiso para consultar su reloj, ansioso por comprobar si había perdido la agilidad acostumbrada en la ejecución; ya que últimamente había descuidado la práctica necesaria.

En cuanto al comportamiento de Cristel mientras él nos entretenía, sólo puedo decir que justificaba que la señora Roylake en cierta ocasión se hubiera referido a ella despectivamente como descarada. Cuanta más habilidad demostraban los trucos, más molesta e irritada parecía.

—Detesto que me engañen —dijo, naturalmente dirigiéndose a mí—. Sí; sí; sus dedos son más rápidos que mis ojos, esa explicación ya la había oído antes. Después de cada truco, lo que yo quiero es saber cómo lo hace. Los magos son como las personas que te proponen una adivinanza y cuando no la sabes resolver se niegan a decirte la solución. Suponer que me gusta que me engañen es tan malo como llamarme tonta. ¡Ah, ojalá nuestro amigo pudiera oír lo que estoy diciendo! —exclamó con una insolencia sorprendente en su expresión y sus modales.

Él se había detenido mientras ella hablaba, observándola atentamente.

—Su expresión no me anima demasiado —dijo, con una paciencia y gentileza admirables—. Poco a poco me aproximo al momento de ejecutar mi mejor número; y creo que la sorprenderá y la complacerá.

Midió el tiempo que había empleado para realizar el último juego de manos, y se acercó de nuevo a la mesa que había junto a la pared.

—Discúlpeme un momento —continuó diciendo—. Siempre sufro de dolores después de beber té. Tengo el estómago delicado, pero me gusta tanto que esta noche no he podido resistir la tentación. Siempre me da sed.

—¡Ese hombre no hace más que decir tonterías! —exclamó Cristel—. ¡Todo son imaginaciones tuyas! Me recuerda esa vieja canción, «El Lunático». ¿La conoce

usted, señor Gerard?

A pesar de mis esfuerzos por evitarlo, Cristel entonó la primera estrofa de una absurda canción burlesca. Nuestro anfitrión, que gracias a su sordera no oía aquella vulgaridad, cogió la jarra, se llenó un vaso de agua, y bebió.

En el momento en que dejó de nuevo la jarra sobre la mesa, oímos un gran ruido en la habitación de al lado. Hasta el suelo tembló, como si algo muy pesado hubiera caído. La caída fue seguida de un quejido que me hizo levantar inmediatamente.

Aunque mi amigo no pudo oír el quejido, notó el temblor del suelo y me vio levantarme de la silla. A juzgar por la palidez de su rostro, parecía incluso más asustado que yo. Los dos llegamos al mismo tiempo a la puerta de la habitación. Por supuesto, permití que fuera el primero en entrar.

Me disponía a seguirle cuando sentí que alguien me sujetaba por detrás. Era Cristel; pensé que se había vuelto loca. ¡Qué otra cosa podía pensar, si me miraba con aquella impaciencia, con aquella furia, si tiraba de mi brazo con aquella fuerza infernal!

—¡Venga conmigo! —gritó—. ¡Chitón! ¡Ni una palabra! ¡Ahora no hay tiempo que perder! —me llevó agarrado por el brazo hasta el otro rincón del cuarto, donde estaba la mesa con la jarra. Llenó un vaso con agua, tal como él había hecho. La jarra estaba hecha de un material muy grueso (vidrio, y no cristal como yo había supuesto). Así que al llenar aquel otro vaso, quedó vacía. Cristel me ofreció el agua. Jadeaba y temblaba como si en lugar de verme a mí estuviera delante de algún horrible reptil.

—Beba —dijo—, si es que da algún valor a su vida. Aunque usaba un lenguaje extraño, si hubiese estado en plena posesión de mis facultades me habría resultado fácil obedecerla. Pero entre la tensión y el susto supongo que mi mente había perdido el equilibrio. Con razón o sin ella, titubeé. Cristel atravesó la habitación, y abrió de par en par la ventana que daba al río.

—No morirá solo —dijo—. ¡Si no se la bebe, me tiraré por la ventana!

Bebí hasta la última gota. No era agua.

Tenía un sabor que no podía identificar con ninguna bebida o medicamento conocidos. Me acordé del extraño sabor que había notado en el té. Y por fin la terrible verdad se abrió paso en mi mente. El hombre en quien yo confiaba tan ciegamente, había intentado matarme.

Cristel me quitó el vaso. Mi pobre ángel de la guarda me pasó el brazo alrededor del cuello y, en un estallido de alegría, me dio un beso en la mejilla. Luego cogió la jarra y la arrojó contra el suelo, haciéndola añicos.

—Deme la jarra de lavarse las manos —dijo.

Se la di y vertió un poco de agua sobre los fragmentos de cristal que habían quedado esparcidos por el suelo. Volví a poner la jarra en su sitio y me acercaba de nuevo a Cristel cuando apareció el envenenador, que salía de la habitación del criado.

—No hay por qué asustarse —dijo—. Gloody, o quizás deberíamos llamarle Glotón, ha tenido una indigestión, bien merecida. Ya he conseguido aliviarlo. Recuerde, señor Roylake, que fui cirujano...

Entonces, vio la jarra rota en el suelo.

Todos hemos leído sobre hombres que quedan petrificados por el terror. Yo soy una de las pocas personas que han presenciado realmente este espectáculo. Su absoluta inmovilidad era realmente horrible de contemplar.

Cristel cogió el cuaderno y anotó rápidamente un explicación que sin duda tenía preparada:

«Al oír el golpe en la habitación de Gloody, me he asustado tanto que he estado a punto de desmayarme. He ido a tomar un poco de agua de la jarra y se me ha resbalado de las manos.»

Colocó el cuaderno ante él. Fue lo mismo que si lo hubiese puesto delante del perro, no hubo reacción. Parecía un muerto en pie. Tomé a Cristel del brazo y la alejé de aquella horrible presencia.

—Lléveme fuera —susurró.

Después de la terrible angustia que tan firmemente había soportado, se deshizo en un estallido de lágrimas que le sirvieron de desahogo. Cuando se serenó caminamos arriba y abajo durante unos minutos, con el aire fresco de la noche.

—No diga nada —me advirtió, cuando nos detuvimos ante la puerta de la cabaña de su padre—. Aún no estoy preparada. Sé cómo se siente.

La estreché contra mi corazón y dejé que el abrazo hablara por mí. Ella se entregó suspirando lánguidamente.

—¿Mañana? —susurré.

Ella inclinó la cabeza, y se marchó.

Atravesando el bosque de camino a casa poco a poco empecé a darme cuenta de que mis pensamientos escapaban de mi control. Una y otra vez intenté revisar los acontecimientos de aquella terrible tarde, pero no podía. Me venían a la memoria fragmentos de otros recuerdos, que inmediatamente se desvanecían. Tonterías, cosas sin sentido se abrían paso en mi mente y me hacían decir palabras idiotas. Una debilidad extrema me impedía incluso hablar conmigo mismo. Me desvié del camino. La tierra pantanosa se movía bajo mis pies, como si estuviese caminando sobre las olas del mar. Me quedé quieto, como un idiota. De repente, sentí que el suelo me golpeaba la cara. No recuerdo nada más.

Al recuperar la conciencia, el primero de mis sentidos en activarse fue el oído. Un enorme peso parecía cerrarme los ojos, paralizar mis movimientos, silenciar mi lengua, y dormir mi tacto. Pero oí una voz sollozante que me hablaba cerca, tan cerca

que podría haber sido mi propia voz; distinguí las palabras, conocía el tono.

—¡Oh, mi amo, mi señor, quién soy yo para vivir si usted muere! ¡Muere!

Yo no sé si el cálido y juvenil aliento de una mujer puede devolverle la vida a un hombre; sólo sé que recuperé mi sentido del tacto cuando los labios de Cristel, llenos de afligida desesperación, me besaron. Ella, al darse cuenta de que yo aún estaba vivo, dio un grito de alegría que recorrió mi cuerpo como una corriente eléctrica. Abrí los ojos, alargué la mano; intenté ayudarla cuando me alzó la cabeza y me recostó contra el árbol bajo el cual yo yacía impotente. Tuve que hacer un gran esfuerzo para pronunciar su nombre; incluso eso me cansaba. Me sentía tan débil que si en aquel momento ella hubiera declarado ser el espíritu de un sueño cuidándome en el bosque, la habría creído.

Más hábil que yo, me arrebató el sombrero, echó a correr y se perdió en la oscuridad.

Pasó un tiempo interminable, hasta que Cristel regresó: había llenado mi sombrero con agua de la fuente. De no haber sido por el agua fresca cayendo sobre mi cara, bajando por mi garganta, habría perdido otra vez el conocimiento. Al cabo de unos minutos pude coger aquella querida mano y la retuve como si en ello me fuera la vida. Apenas podíamos vernos en la oscuridad, pero precisamente gracias a esa circunstancia (tal y como los dos reconocimos más tarde) encontramos la serenidad necesaria para hablar.

—¡Cristel! ¿Qué significa esto?

—Veneno —respondió ella—. Y él también lo ha tomado.

Para mi sorpresa, no había ira en su voz. Hablaba de él con la misma calma con que habría hablado de un hombre inocente.

—¿Quiere decir que ha estado a las puertas de la muerte igual que yo?

—Sí, y gracias a Dios, porque de lo contrario nunca le habría encontrado a usted aquí. El pobre Gloody acudió a nosotros en busca de ayuda. «Mi señor se ha desmayado, y no puedo hacerle volver en sí.» Al oír eso, recordé que usted había bebido lo mismo que él. Lo que le había sucedido a él, le había tenido que suceder también a usted. No me pregunte cuánto rato he estado buscándole, ni lo que he sentido cuando por fin le he encontrado. ¡Oh, ahora sólo quiero disfrutar de este momento de alegría! No deseo otra cosa que verlo sano y salvo en casa.

Me ayudó a levantarme animándome con las mismas palabras que habría empleado con una criatura. Puso mi brazo sobre el suyo, y me condujo cuidadosamente a través del bosque como si fuese un anciano.

Cristel me había salvado la vida, pero no quería oír hablar de lo ocurrido. Sabía de qué manera había conspirado el envenenador para librarse de mí, pero no podía convencerla de ningún modo para que me dijera cómo lo había descubierto. Cuando Trimley Deen apareció ante nuestros ojos, mi ángel de la guarda me soltó el brazo.

—Siga usted —dijo—, y cuando yo vea que el criado le abre la puerta, entonces me marcharé a casa.

Cristel demostró otra vez ser más lista que yo; yo la habría hecho entrar a casa conmigo; no le habría permitido regresar sola. Pero nada de lo que yo pudiera decir o hacer alteró su decisión. Se libró de mí con un amargo suspiro que fue terrible oír. Nada de lo que le dije, o hice, tuvo el menor efecto sobre su decisión. ¿Acaso existe un hombre que, en mi lugar, habría podido despedirse de ella con serenidad?

—Oh, querida —le dije—. ¿Está afligida por mí?

—Horriblemente —respondió—, pero usted no tiene la culpa.

Esas fueron sus palabras de despedida. La llamé a voces. Intenté seguirla. Pero ella se perdió en la oscuridad.

CAPÍTULO XIV

Gloody pasa cuentas

Fue una noche de fiebre. Los pocos minutos que pude dormir, tuve unos sueños horribles; lo que era de esperar después de lo que había pasado. El aire fresco de la mañana entrando por mi ventana me tranquilizó; y un dulce sueño se apoderó de mí. Cuando desperté y miré mi reloj, me sentía como un hombre nuevo. Era mediodía.

Hice sonar mi campanilla. El criado me anunció que había un hombre esperando para verme.

—Es el mismo hombre que encontramos en el jardín mirando sus flores, señor Roylake.

Di inmediatamente órdenes de que lo hicieran subir a mi dormitorio. Estaba tan impaciente que no podía esperar a terminar de vestirme. A menos que estuviera completamente equivocado, aquel era el hombre que podía aclararme todo lo sucedido.

Gloody apareció por la puerta con una expresión infeliz, tan feo como siempre. Enseguida pensé en Cristel.

—Si trae malas noticias —le dije—, cuéntemelas enseguida.

—Oh, señor, no es nada que deba preocuparle. Mi amo me ha despedido, eso es todo.

Evidentemente, eso no era «todo». Aún así, aquella respuesta me alivió un poco; le señalé la silla que había junto a mi cama.

—¿Me cree si le digo que deseo lo mejor para usted? —le dije.

—Sí, señor, le creo de corazón.

—En ese caso, Gloody, siéntese, y sincérese conmigo.

Levantó su enorme puño, como queriendo enfatizar su respuesta.

—Me ha faltado un pelo para darle un puñetazo, señor. Si no me hubiese frenado a tiempo, quién sabe si no lo habría matado.

—¿Qué ha hecho?

—Se puso como una fiera. Pero no me quejo de eso, señor, me atrevo a decir que me lo merecía. Le ruego que me disculpe, pero tengo que volver a levantarme. No puedo mirarle a la cara, mientras se lo cuento —se fue hasta la ventana—. Incluso un pobre diablo como yo sabe cuando le están insultando. Señor Roylake, me dio una patada. ¡Pero dejemos ese tema! Si lo he mencionado, es solamente porque hay otra cosa que quiero contarle y no sé cómo hacerlo —ante esa dificultad, volvió junto a mi cama—. ¡Mire, señor! Lo que yo digo es que esa patada ha saldado la deuda que tenía con él. ¡Sí! Nuestra deuda ya está saldada por ambas partes. En dos palabras, señor, si tiene usted intención de acusarle ante un tribunal por haber atentado contra su vida,

juraré sobre la Biblia que en efecto así fue; puede usted contar conmigo como testigo. ¡Eso quería decirle, y ya está dicho!

Lo que su amo había deducido era lo mismo que yo también veía claramente. Cristel me había salvado la vida gracias a las instrucciones que le había dado el pobre infeliz que ahora sufría por mi causa.

—Antes de recurrir a la ley, esperaremos un poco —dije—. De momento, Gloody, quiero que me explique qué le contaría al magistrado si yo lo llamara como testigo.

Gloody lo pensó un poco.

—El magistrado me haría preguntas, ¿verdad, señor? Muy bien. Hágame las preguntas usted, y yo responderé lo mejor que pueda.

La investigación que llevé a cabo a continuación fue demasiado larga y aburrida para relatarla aquí. Si cuento lo básico, ya habré hecho suficiente.

Unas veces cuando estaba despierto y creía estar solo, y otras mientras dormía y soñaba, el Abyecto se había traicionado. (Era una vil venganza, lo reconozco, satisfacer un malicioso placer —como hacía ahora— pensando en él y llamándole con ese degradante nombre sugerido por su propia morbosa humildad. ¿Pero acaso la dignidad de un hombre puede soportar siempre la sumisión?)

En cualquier caso, todo indicaba que Gloody, en los momentos en que su señor dormía o creía estar solo, había oído lo suficiente para tener cierta idea de los celos enfermizos que el Abyecto tenía de mí. Él había intentado prevenirme por todos los medios, sin llegar a traicionar al hombre que lo había salvado del hambre o del asilo; pero no lo había logrado.

Mas su decisión de ayudarme en recompensa por mi amabilidad hacia él, lejos de vacilar, se vio reforzada por las circunstancias.

Cuando su amo reemprendió los estudios de química antes mencionados, Gloody, dentro de lo que le permitía su limitada capacidad, se convirtió en su ayudante. Nada le hizo suponer que yo pudiera ser el objetivo de alguno de los experimentos, hasta el día anterior a la fecha en que yo debía acudir al té. Fue entonces cuando vio que el perro era atraído por su amo hacia el interior de la cabaña nueva, y que éste le administraba un veneno que aparentemente lo mataba. Al cabo de un rato volcó en la garganta del pobre animal una dosis de otra sustancia y comenzó a revivir. Pasó un cuarto de hora; repitió la última dosis, y el perro pronto se sostenía sobre sus patas, tan animado como siempre. Entonces Gloody recibió la orden de soltar al animal y fue advertido de que sería despedido inmediatamente si mencionaba a alguien lo que acababa de presenciar.

Gloody no supo explicar cómo había llegado a sospechar que el experimento con el perro podía llegar a poner mi vida en peligro.

—Me vino a la mente, señor, pero no sabría explicarle cómo —dijo—. No me

atreví a hablar con usted, porque no me habría creído. O, si me hubiese creído, podría haber llamado a la policía. Sólo había un modo de detener el intento de asesinato (si efectivamente se trataba de un intento de asesinato): confiar en la señorita Cristel. No quisiera ofenderle, señor, pero yo me había dado cuenta de que ella le había tomado mucho cariño. Y no tuve que adivinar que era una mujer firme, y que no iba a asustarse fácilmente; simplemente lo sabía.

Gloody hizo todo cuanto pudo para preparar a Cristel para oír la terrible confidencia que iba a hacerle, pero no pudo impedir que sufriera. Recordé el sorprendente cambio de su mirada y actitud la vez que nos habíamos encontrado en el bosque junto al río, y comprendí lo mucho que debía haber sufrido la pobre muchacha. Estaba condenada a guardar el secreto; si lo hubiera revelado habría arruinado la vida del hombre que estaba intentando salvarme. Al mismo tiempo, ahora ella tenía toda la responsabilidad de preservar mi vida. ¡Menuda situación para una muchacha de dieciocho años!

—Lo planeamos entre los dos, señor —continuó explicando Gloody—. Lo primero, y más importante, era que ella se hiciera invitar al té. Y, una vez en la mesa, tenía que vigilar a mi señor. Cualquiera cosa que él bebiera, ella tenía que hacérsela beber también a usted. ¿Recuerda cuando pedí permiso para preparar el té?

—Sí.

—Pues bien, ésa era una de las señales que habíamos acordado. Cuando mi señor me hizo salir de la habitación, estuvimos seguros de lo que iba a hacer.

—¿Y cuando usted miró a la señorita Cristel, y ella estaba tan ocupada con su broche que no lo atendió, eso fue también una señal?

—En efecto, señor. Al tocar su adorno de plata, me estaba diciendo que nuestro plan seguía adelante, que podía confiar en que ella no olvidaría nada ni se asustaría de nada.

Me acordé de la serena gravedad que había en su rostro, después haber estado rezando en su habitación. Ahora comprendía su actitud decidida.

—¿Y no se preguntó usted, señor —continuó diciendo Gloody—, por qué de repente la señorita Cristel se puso a cantar? Me estaba dando otra señal. Queríamos que él no estuviera presente cuando le diéramos a usted de beber lo mismo que él había bebido de la jarra.

—¿Y cómo sabían que él no se bebería todo el contenido de la jarra?

—Olvida usted, señor, que yo había visto como el perro volvía en sí después de recibir dos dosis, administradas con un intervalo de tiempo entre una y otra.

Debería haberme acordado de eso, después de todo lo que ya me había explicado. Poco a poco, comencé a ver las cosas más claras.

—Y su accidente en la habitación de al lado estaba planeado, claro —dije yo—. ¿Cree que él sospechó algo? A juzgar por su mirada, yo diría que no. Cuando notó

que el suelo temblaba debido a su caída, se puso pálido. Por una vez, fue sincero: estaba realmente asustado.

—Yo también me di cuenta, señor Roylake, cuando me ayudó a levantarme del suelo. Aún no ha nacido un hombre capaz de cambiar el color de su cara a voluntad.

Hacía un rato que me estaba vistiendo; no hace falta decir que deseaba ver a Cristel cuanto antes.

—¿Hay algo más que deba saber? —le pregunté.

—Sólo una cosa, señor Roylake —replicó Gloody—. Me temo que ahora le ha llegado el turno a la señorita Cristel.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Mientras el sordo siga alojándose en la cabaña, significa que está urdiendo alguna maldad y no olvide que tiene el ojo puesto en la señorita Cristel. Esta mañana muy temprano me he acercado al embarcadero. Alguien ha robado los remos. ¿Se imagina quién ha podido ser?

Para entonces yo había terminado de vestirme, y estaba tan impaciente por llegar a la cabaña que había abierto ya la puerta. Lo que acababa de oír me hizo volver a la habitación. Estaba claro que los dos sospechábamos de la misma persona. ¿Pero cómo podíamos demostrarlo?

Gloody reconoció que no teníamos ninguna prueba.

—Miré en la barca por casualidad —dijo—, y vi que faltaban los remos. Oh, sí, por supuesto que miré en el guardabotes, señor Roylake. ¡No había el menor rastro de ellos! ¡Habían desaparecido!

—¿Hay algo más que haya olvidado y deba contarme?

—Nada, señor.

Le dije a Gloody que esperara mi regreso; teniendo la precaución de dejarlo al cuidado de los criados de mayor rango, que se encargarían de que fuera tratado con respeto por el resto de la casa.

CAPÍTULO XV

La hospitalidad del molinero

De camino a la cabaña de Toller, temí que a Cristel pudiera haberle ocurrido lo peor.

Nadie en su sano juicio dudaría de que el hombre que había intentado envenenarme era capaz de cometer cualquier otra atrocidad si veía la posibilidad de escapar impunemente. Pero no era esta convicción la que me causaba mayor intranquilidad. Lo que de veras me hacía temblar era una duda que tenía.

Después de lo que había visto con mis propios ojos, y de lo que Gloody me había contado, ¿sería suficiente mi sagacidad, o la de cualquier otra persona de mi confianza, para enfrentarme en igualdad de condiciones a la impenetrable astucia, a la satánica maldad, del villano que todavía era huésped de Cristel, bajo el techo de su padre?

He hablado de impenetrable astucia, y de satánica maldad. El modo en que había planeado y llevado a cabo el crimen justifican expresiones todavía más graves. Ésa fue la opinión del abogado a quien consulté en privado, en circunstancias que aún no han sido relatadas.

—Seamos cautos antes de hacer una valoración exacta del peligroso canalla a quien nos enfrentamos —dijo aquel caballero—. Su experimento preliminar con el perro; su decisión de beber el mismo té que usted para alejar todas las sospechas; su pericia para preparar un antídoto que fuera transparente como el agua, para que pasara del todo inadvertido... ¿cuántos envenenadores cree usted que habrían sido lo bastante listos para prepararse de antemano una defensa como ésta? ¿Cómo pretende usted sacar a la luz toda la verdad? Bien es cierto que podría usted decir que desbarató los planes que él había urdido para salvar su propia vida, al beberse la segunda dosis del antídoto mientras él estaba ausente; y puede usted aludir a los desmayos que ambos sufrieron la misma tarde como prueba de que la acción del veneno fue parcialmente efectiva, ya que los dos estaban insuficientemente protegidos al haber ingerido solamente media dosis del antídoto. Un tribunal de jesuitas podría llegar a entender estas sutilezas. Pero en un tribunal británico, los magistrados se mirarían los unos a los otros, y dirían: ¿y dónde está la prueba médica? No, señor Roylake, debemos esperar. Ni siquiera puede echarlo de la cabaña antes de que haya recibido el aviso de rigor. De lo único que debemos preocuparnos ahora —suponiendo que nuestras otras sospechas sean fundadas—, es de que nuestro hombre no se nos escape. Uno de mis ayudantes y uno de sus guardabosques se encargarán de vigilar los alrededores de la cabaña, hasta que llegue el momento. Vaya dónde vaya, a partir de ese momento, no tendrá escapatoria.

Ahora puedo recuperar el hilo de los acontecimientos.

Al llegar a la cabaña de Toller, me angustié (pero apenas me sorprendí) al oír que Cristel, agotada después de haber pasado toda la noche en vela, no se había levantado todavía de la cama con la esperanza de poder dormir un poco. Yo estaba ansioso por saber si Cristel se encontraba bien, y su padre subió a verla.

Lo seguí, y vi a *Ponto* vigilando sentado sobre la alfombrilla junto a la puerta. ¿Indicaba esto una astuta desconfianza hacia el Abyecto?

—Un guardián en quien puedo confiar —susurró el viejo— mientras estoy en el molino.

Miró dentro de la habitación de Cristel y me dejó mirar por encima de su hombro. Mi pobrecilla Cristel dormía plácidamente. A juzgar por la actitud del molinero, tan tranquila como de costumbre, comprendí que Cristel le había ocultado astutamente lo sucedido la noche anterior.

El viejo Toller se anticipó a la siguiente pregunta que pensaba hacerle.

—Esta mañana, nuestro demonio sordo ha hecho algo que todavía me tiene intrigado —comenzó diciendo—, y me gustaría que me diera usted su opinión al respecto. Por primera vez desde que lo tenemos aquí ha recibido una visita. ¡Pero esto sí que le va a sorprender! ¿Sabe quién era? El otro demonio del sombrero y la pluma que vino a ver a mi Cristy y la hizo llorar.

Yo no había dudado en ningún momento de que, tarde o temprano, ese encuentro se produciría. Que se hubiera producido ahora me reafirmó en mi decisión de cuidar de Cristel en la cabaña hasta que el Abyecto se marchase.

Por supuesto, le pregunté al viejo Toller cómo se habían encontrado esos dos enemigos míos.

—Ella iba a llamar a nuestra puerta, señor Gerard, cuando miró hacia arriba. Ahí estaba él, tomando el fresco en la ventana, como de costumbre. ¿Cree usted que ella quedó tan aturdida al verle que no pudo ni hablar? Al menos, él se le adelantó. «Espere que ahora bajo», dijo, e inmediatamente así lo hizo. Entraron juntos en su habitación y estuvieron solos allí durante casi una hora. Todo hombre tiene sus defectos; yo no puedo negar que soy un poco curioso por naturaleza. Que quede entre nosotros, me puse bajo la ventana abierta y escuché. No hace falta que le cuente lo difícil que fue, ya que ella tenía que escribirle las respuestas en el cuaderno. Pero él hablaba. Llegué tarde para enterarme del meollo del asunto; sólo oí que él se despedía diciendo: «Si milady envía el telegrama esta misma mañana, ¿cuándo llegará ese hombre?» ¿Qué me dice de todo esto, señor Roylake?

—Menos de lo que me gustaría decirle si dispusiera del tiempo suficiente, señor Toller. ¿Puede encontrar usted un mensajero para enviar una nota a Trimley Deen?

—Este es un lugar muy solitario, señor. No tenemos mensajeros.

—Muy bien. Yo mismo llevaré el mensaje. Nos veremos tan pronto como pueda regresar.

La inquieta curiosidad del señor Toller afloró al momento:

—¿Quizás desee echar un vistazo a las reparaciones? —me sugirió, con el más insinuante de sus tonos.

—Lo que deseo es saber qué nos va a traer el telegrama de milady —dije—; y eso significa estar aquí cuando llegue «ese hombre».

Mi venerable arrendatario estaba eufórico:

—Dele una buena tunda, señor, y sáquele sus secretos. Yo le ayudaré.

Al llegar a Trimley Deen, desde el vestíbulo ordené que prepararan la calesa, y una maleta pequeña. Al oír mi voz, la señora Roylake salió del salón. Detrás de ella iba Lady Rachel. Si hubiese podido escuchar la conversación privada que habían mantenido hubiese visto bajo un nuevo aspecto el lado peligroso del Abyecto.

—¡Gerard! —gritó mi madrastra—. ¿Qué es eso que acabo de oír? ¡No estarás pensando en volver a Alemania!

—Pues claro que no —contesté yo.

—¿A casa de unos amigos, tal vez? —sugirió Lady Rachel—. ¿Los conozco yo?

Las preguntas estaban llenas de mala intención, pero por lo que respecta al tono y a los modales fueron perfectas.

La calesa se detuvo ante la puerta. Ésa fue otra de las raras ocasiones en mi vida en que actué discretamente. Tenía que decir algo. Dije:

—Buenos días.

No había sucedido nada en la cabaña durante mi ausencia. El viejo Toller, a pesar de ser astuto, no había sospechado que yo fuera a regresar (¡con equipaje!) en calidad de huésped autoinvitado. Se quedó boquiabierto, y sus ojos traviosos imploraron al cielo. «¡Providencia misericordiosa! ¿Qué he hecho yo para merecer esto?» Ése, diría yo, fue el pensamiento que pasó por la mente del molinero, expresado en mi mejor inglés.

—¿Tiene alguna cama libre en la casa? —pregunté.

El señor Toller olvidó guardar el debido respeto a la persona que podía interrumpir las obras de reparación en cualquier momento. Me respondió en el tono de un hombre que ha sido groseramente insultado:

—¡No!

De no haber sido por la ansiedad que me oprimía, habría mirado solamente el lado cómico de su estallido de ira. Pero el viejo Toller había elegido un mal momento, y recibió una respuesta contundente.

—Métase esto en la cabeza. O me recibe usted civilizadamente, o ya puede ir buscándose un molino en la propiedad de otro.

La amenaza surtió efecto. El servilismo del molinero superó su insolencia. Con

profusas disculpas, me ofreció su propio dormitorio. Yo preferí un enorme y anticuado sillón situado en un rincón de la cocina. Escuchándome en un estado de profunda perplejidad; anhelando hacerme curiosas preguntas, y temeroso de hacerlo, Toller apelaba en silencio a mi compasión. Yo no tenía nada que ocultar; me expliqué. Sin querer, herí uno de sus puntos más sensibles: su autoestima. Con arisca sumisión dijo:

—Se lo agradezco, señor Gerard. Pero mi hija está a salvo bajo mi protección. Ya me encargo yo, señor. Ya me encargo yo.

Acababa de recordar al señor Toller su edad, y los achaques que ésta trae consigo, cuando su hija, pálida y decaída, y con rastros de lágrimas recientes en los ojos, entró en la cocina. Cuando me acerqué a ella se puso a temblar y se echó hacia atrás; aparentemente con la intención de salir de la cocina. Su padre la detuvo.

—El señor Gerard tiene algo que contarte —dijo el viejo Toller—. Estaré en el molino.

Cogió su sombrero y se fue.

Resignadamente triste, ella dejó que la cogiera entre mis brazos y tratara de animarla. Pero cuando mencioné lo mucho que le debía a su admirable devoción y coraje, me rogó que callara.

—¡No vuelva a mencionar nada de eso! —exclamó, temblando ante los recuerdos que había despertado—. Padre ha dicho que tenía usted algo que decirme. ¿De qué se trata?

Repetí (con un lenguaje más gentil y considerado) lo mismo que ya le había dicho a su padre. Ella me cogió la mano y la besó en señal de agradecimiento.

—Tiene usted el mismo rostro de su madre, y su mismo corazón —me dijo Cristel—. No es usted egoísta; es muy bueno. Pero no debe serlo. ¿Cómo voy a permitir que sufra usted la incomodidad de quedarse aquí? No corro ningún peligro, de verdad. Está usted preocupándose sin ningún motivo.

—¿Cómo puede estar tan segura de ello? —le pregunté.

Ella miró desconfiadamente hacia la puerta que unía la cabaña nueva con la vieja.

—¿Quiere que le hable de él?

—Sólo dígame si le ha vuelto a ver desde anoche.

No sólo le había visto, también había recibido un mensaje suyo al llegar a casa.

—Abrió esa puerta —explicó Cristel—, arrancó una hoja de su cuaderno y la tiró al suelo. Después de hacer eso, tuvo la gentileza de apartarse de mi vista.

—Enséñeme esa hoja, Cristel.

—Padre la cogió. Pensé que estaba dormido en el sillón. Me la quitó de la mano. No merece la pena leerla.

Se puso pálida, sin embargo, al responderme en esos términos. Me di cuenta de que la importunaba que le hubiera preguntado si recordaba lo que había escrito el

Abyecto. Pero nuestra situación era demasiado delicada como para andarnos con miramientos:

—¿La amenazó, no es así? —dije yo, intentando ayudarla—. ¿Qué le dijo?

—Dijo que si después de lo ocurrido anoche, intentaban alejarme de él, mi padre lo encontraría vigilando día y noche, y se arrepentiría toda la vida. ¡El muy desgraciado piensa que soy lo bastante cruel para haberle contado a mi padre los horrores que nos hizo pasar! ¿Sabe que ha despedido a su pobre y viejo criado? ¿Hice mal al aconsejarle a Gloody que fuera a verle?

—Hizo usted lo correcto. Está en mi casa, y me gustaría que se quedara a servir en Trimley Deen; pero me temo que él y los otros criados no se llevarían muy bien.

—¿Le dejará venir aquí?

Hablaba seriamente, recordándome que a mí no me parecía bien dejar a su padre, a su edad, sin alguien que le ayudara.

—Si un accidente me separara de él —continuó—, se quedaría solo en este miserable lugar.

—¿En qué accidente está usted pensando? ¿Está ocurriendo algo, Cristel, que yo no sepa?

¿La había asustado, o la había ofendido?

—¿Acaso podemos predecir lo que puede sucedernos en el futuro? —me preguntó bruscamente—. No me gusta la idea de que mi padre se quede solo, sin nadie que cuide de él. Gloody es tan bueno y tan honrado; y siempre se han llevado bien. Si no tiene usted pensado nada mejor para él...

—Querida, no se me ocurre ninguna idea que sea ni la mitad de buena que ésta y estoy seguro de que Gloody pensará lo mismo.

Secretamente decidí que el mejor modo de asegurarle un recibimiento favorable al pobre hombre sería convertirlo en socio del molinero. ¡Un puñado de billetes en el bolsillo de Toller! ¡Menudo lugar iba a ocupar Gloody en su estima!

Pero confieso que la alusión de Cristel a un posible accidente me preocupaba, teniendo en cuenta la situación en que nos encontrábamos. Lo que hablamos a continuación se ha borrado de mi memoria. Sólo recuerdo que dio una excusa para volver a su habitación, y que nada de lo que yo dije o hice sirvió para que recobrar su acostumbrada alegría.

Cuando comenzaba a extinguirse la luz del crepúsculo, oímos el ruido de un carruaje. El nuevo criado había llegado en un calesín desde la estación. Antes de la hora de acostarnos hizo su aparición en la cocina para recibir las instrucciones domésticas que, siendo un recién llegado, desconocía. Era un hombre tranquilo y civilizado: ni siquiera mi examen, prejuicioso, pudo hallar en él nada que pareciera sospechoso. Vi un criado bien preparado... y nada más.

El viejo Toller hizo un último intento por convencerme de que no era adecuado

que un caballero aceptara su hospitalidad, pero yo me mantuve firme. Me mostré igual de obstinado cuando Cristel pidió permiso para prepararme una cama en el despacho del molino.

Dado mi propósito, aceptar su propuesta habría sido lo mismo que quedarme en Trimley Deen.

Cuando me dejaron solo, coloqué el sillón y otra silla para mis pies ante la puerta que comunicaba la cabaña vieja con la nueva. Hecho esto, examiné una pequeña puerta que había detrás de las escaleras (de uso doméstico, diría yo), que se abría a un estrecho camino que recorría el lado de la casa que daba al río. Estaba cerrada con llave. Sólo me queda añadir que no sucedió nada en toda la noche.

Al día siguiente no noté ninguna mejoría en Cristel. Puso una excusa cuando le propuse dar un paseo. Los negocios de su padre lo mantenían alejado de la cabaña, y eso me daba muchas oportunidades de hablar con ella. Yo estaba tan inquieto, o tan atolondrado (apenas sabría decir si era lo uno o lo otro), que decidí que había llegado la hora de hacerle saber que había resuelto pedirle matrimonio.

—Mi dulce muchacha, eres tan desdichada, y estás tan fuera de lugar aquí. Ven conmigo a Londres, deja que te ofrezca un hogar seguro y te haga feliz como mi esposa.

—¡Oh, señor Roylake!

—¿Por qué me llamas «señor Roylake»? ¿He hecho algo que te haya ofendido? Parece que nos estamos alejando el uno del otro. ¿No crees que te amo?

—¡Ojalá pudiese dudar! —respondió ella.

—¿Por qué?

—Ya sabe usted por qué.

—¡Cristel! ¿He cometido algún error terrible? ¡La verdad! ¡Quiero la verdad! ¿Me amas?

Cristel estalló en un doloroso y débil llanto. ¿La dominaba el amor o la desesperación? Se dejó caer sobre mi pecho. La besé. Ella susurró:

—¡Oh, no me tientes! ¡No me tientes!

La besé, una y otra vez.

—¡Oh! —exclamé yo, aliviado hasta el éxtasis—, ¡ahora ya sé que me amas!

—Sí —dijo ella, triste y humildemente—. Te amo. Mi pasión egoísta exigía más que eso.

—Demuéstramelo siendo mi esposa —respondí.

Ella me apartó de sí, firme y suavemente.

—Te lo demostraré, Gerard, no permitiendo que estropees tu vida.

Con esas horribles palabras (puestas en su boca, sin ninguna duda, por la mujer que se había interpuesto entre nosotros), se fue. Las horas se hicieron muy largas aquel día: no volví a verla.

Aquellos de ustedes que no sean capaces de imaginar lo que sufrí, no deben sentirse destinatarios de lo que viene a continuación. Después de tantos años, después de que la edad y el contacto con el mundo me hayan endurecido, sigue siendo una dura prueba para mí recordar aquel día. A los hechos sí puedo referirme sin perder la compostura. Permítanme, pues, que me refiera a los hechos.

No recibimos ningún tipo de mensaje por parte del Abyecto. Hacia el atardecer lo vi paseando arriba y abajo por el camino que hay ante la cabaña, conversando con su nuevo criado. El hombre (escuchando atentamente) tenía el cuaderno de su señor en la mano, e iba escribiendo en él cada vez que debía contestarle algo. Probablemente estaría recibiendo instrucciones. La discreción del Abyecto era una mala señal. Me habría sentido más tranquilo si hubiera intentado molestar a Cristel, o insultarme a mí.

Hacia la hora de acostarnos, el viejo Toller demostró un gran progreso en su sentido de la hospitalidad. Se sentía feliz y honrado de tenerme bajo su pobre techo (un techo al que, por cierto, también le hacían falta unas reparaciones), pero volvió a protestar ante el hecho de que yo insistiera en padecer las innecesarias molestias de dormir en un sillón, cuando podían prepararme una cama en el despacho.

—No es una habitación como las que usted está acostumbrado a ocupar, señor Gerard. Barriles vacíos, muestras de harina y libros de cuentas que apestan a cuero, en lugar de cortinas de terciopelo y techos pintados. Pero mejor que un sillón, señor. ¡Mejor que un sillón!

Me mostré tan obstinado como siempre. Le di las gracias, pero insistí en quedarme en el sillón.

Febril, ansioso, y respirando con dificultad (con los nervios débiles, como habría dicho un doctor), alteré la rutina de la casa hacia las doce de la noche, cuando el viejo Toller estaba cerrando la puerta de la cabaña.

—Déjeme tomar un poco el fresco —le dije—, o no podré pegar ojo en toda la noche.

El abrió la puerta, con tanta resignación que merecía una recompensa. Le prometí que volvería en un cuarto de hora. El viejo Toller, conteniendo un bostezo, dijo:

—Es usted realmente considerado —y contuvo otro bostezo. ¡Un viejecito entrañable!

Lo primero que hice al salir fue examinar la cabaña del Abyecto. Dentro no se oía ni un solo ruido; afuera no había ni un alma. Tras la ventana que daba al camino ardía la débil luz de siempre. No oí ni vi absolutamente nada sospechoso.

Continué caminando por la orilla alta del río, como aquí la llamamos, por el camino que viene de la aldea de Kylam. Era una noche cerrada, el cielo estaba nublado. La luz de luna iluminaba la tierra a intervalos, y de repente todo quedaba de nuevo envuelto en la oscuridad. En esta parte del bosque los árboles estaban tan cerca

de la orilla del río que estrechaban y oscurecían notablemente el sendero. Como vi que podía caerme al agua si seguía adelante, regresé en dirección a Kylam, donde el camino volvía a ser más abierto, andando deprisa (al menos así lo recuerdo yo) durante aproximadamente cinco minutos.

Acababa de detenerme a mirar el reloj, cuando vi algo oscuro que venía flotando hacia mí, empujado por la suave corriente del río. A medida que se acercaba, me pareció reconocer la barca del molino.

Eso sucedió durante uno de los intervalos de oscuridad en que la luna quedó oculta. Quise seguir la barca, con la esperanza de que la luz de la luna volviera a brillar y yo pudiera ver quién iba a bordo. Al cabo de poco tiempo, la luz que estaba esperando se derramó a través de las nubes que se disipaban.

¡Era la barca del molino, sin duda, y no iba nadie dentro! Podía ver perfectamente el interior de la barca: estaba vacío. De nada hubiera servido que me metiese en el agua y nadase hasta la barca; ni siquiera llevaba remos, y por lo tanto no había manera de devolverla al molino. Lo único que podía hacer era contarle inmediatamente al viejo Toller que su barca iba a la deriva.

De camino a la cabaña, me pareció oír el ruido de una puerta cerrándose. Probablemente me equivocaba. Como sabían que tenía que volver, la puerta solamente estaba cerrada con el pasador; y el molinero, asomado a la ventana de su dormitorio, me dijo:

—No olvide echar el cerrojo, señor. La llave está dentro.

Seguí sus instrucciones, y subí las escaleras. Sorprendido al oírme en aquella parte de la casa, el señor Toller salió al rellano en camisa de dormir.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada grave —dije—. La barca se ha soltado y va a la deriva. Supongo que encallará en algún lugar de la orilla.

—Seguro, señor Gerard; y todos los ribereños conocen la barca —alzó su delgada y temblorosa mano—. Los dedos viejos no siempre hacen nudos lo bastante fuertes.

Volvió a meterse en la cama, que estaba frente a la ventana, situada al lado de la cabaña vieja y con vistas al gran espacio abierto sobre el río. Cuando brillaba la luz de la luna, le daba directamente en los ojos. Le dije si quería que corriera la cortina.

—Se lo agradezco mucho, señor; pero déjela como está, por favor. A menudo me despierto por la noche, y me gusta ver el cielo cuando abro los ojos.

Algo me tocó por detrás: era el perro. Como todos los que pertenecen a su noble y hermosa raza, *Ponto* sabía quiénes eran sus amigos. Me lamió la mano y salió por la puerta del dormitorio. Pero en lugar de ponerse en su lugar habitual, esto es, en el felpudo de la habitación de Cristel, olisqueó por debajo de la puerta, y comenzó a gruñir y andar de un lado a otro del rellano.

—¿Qué le ocurre al perro? —pregunté.

—Esta noche está inquieto —dijo el viejo Toller—. Los perros a veces se inquietan. ¡Échate! —le gritó desde la puerta.

El perro obedeció, pero sólo durante un momento. Luego aulló otra vez ante la puerta y se puso a andar de un lado a otro del rellano.

Me acerqué a la cama. El viejo estaba empezando a dormirse. Lo sacudí por el hombro.

—Algo ocurre —le dije—. Venga y observe a Ponto.

Aunque a regañadientes, salió.

—Mejor será que coja el látigo —dijo.

—Antes de eso —respondí—, llame a la puerta de su hija.

—¿Que la despierte? —preguntó él, sorprendido.

Yo mismo llamé a la puerta. No hubo respuesta. Volví a llamar, con el mismo resultado.

—Abra la puerta —dije—, o lo haré yo mismo.

Me obedeció. La habitación estaba vacía, y la cama hecha. Sin saber qué hacer, me quedé parado en el umbral de la puerta, mirando la habitación vacía. Sólo oía mi corazón latiendo rápidamente, y sólo veía la cama con sus ropas intactas.

El repentino gruñido del perro me devolvió a la realidad (si se me permite la expresión). *Ponto* miraba a través de la barandilla del rellano. Apareció la cabeza de un hombre subiendo lentamente las escaleras.

Instintivamente sujeté al perro. Esperaba que el hombre alcanzara el rellano. Vi su rostro: era el nuevo criado. El perro lo había asustado: se había quedado inmóvil en las escaleras y hablaba con voz temblorosa.

—Me envía mi amo, señor.

Una voz le interrumpió desde abajo.

—Vuelve aquí —oí gritar al Abyecto—. Yo mismo lo haré. ¡Toller! ¿Dónde está Toller?

El perro, enfurecido, ladraba rabiosamente y luchaba por soltarse. A rastras, metí a la pobre bestia que era incapaz de disimulos o traiciones, en la habitación de su amo. Antes de volver a cerrar la puerta, vi a Toller arrodillado, con los brazos estirados sobre el alféizar de la ventana, mirando fijamente al cielo como si se hubiera vuelto loco. No había tiempo para preguntas. Dejé al pobre *Ponto* en la habitación, y cerré la puerta.

En el rellano, me topé cara a cara con el Abyecto.

—¡Usted! —exclamó.

Levanté la mano. El criado se interpuso rápidamente entre nosotros.

—¡Por el amor de Dios, domínese, señor! No pretendemos hacerle daño. Sólo veníamos a decirle al señor Toller que su barca ha desaparecido.

—El señor Toller ya lo sabe —dije yo—. Ningún hombre honesto le pondría la

mano encima a su señor si pudiera evitarlo. Le diré que se vaya, y lo haré por signos para que me entienda.

Señalé las escaleras, y volví la cabeza para mirarlo.

Pero él ya no estaba ahí. Su rostro, horriblemente deformado por la ira y el terror, apareció en la puerta de la habitación vacía de Cristel. Se precipitó hacia mí; su voz se alzó hasta convertirse en el estridente chillido que ya había oído en otra ocasión:

—¿Dónde la tiene escondida? Devuélvame la o lo mato.

Sacó una pistola del bolsillo de su abrigo. Cogí el arma por el cañón y, al arrebátarsela, se disparó sin que nadie resultara herido. Le golpeé en la cabeza con la culata, y cayó tendido al suelo.

Detrás mío se abrió la puerta de la habitación de Toller. El viejo, aterrado por el ruido de la pistola, se había quedado sin habla. Cuando miré hacia él, observé, a través de la ventana de su habitación, un cohete elevándose hacia el cielo, desde detrás del promontorio que había entre el molino y Kylam. Supongo que se me escapó una exclamación de sorpresa. Toller miró de repente hacia la ventana, justo cuando las últimas partículas de fuego del cohete caían flotando lentamente, recortadas contra las negras nubes.

Pero yo apenas tuve tiempo de verlo. Una mano temblorosa se posó sobre mi hombro. El criado, pálido de terror, señaló con el dedo a su señor.

—¿Le ha matado? —me preguntó.

El perro debía estar preguntándose lo mismo. Ahora estaba callado. Desconfiado y remiso, olía el cuerpo tendido sobre el suelo. Me arrodillé al lado del pobre desgraciado y le puse la mano sobre el corazón. Ponto, al verme a su misma altura, me lamió el rostro; yo le devolví la caricia con la mano que tenía libre. El criado, viendo que yo dividía mi atención entre el animal y el hombre, exclamó indignado:

—Maldita sea, señor, ¿acaso no es más importante un cristiano que un perro?

¡Un cristiano! Pero yo no estaba de humor para malgastar palabras.

—¿Es usted lo bastante fuerte para llevarlo a su habitación? —le pregunté.

—¡No pienso tocarlo si está muerto!

—¡No está muerto! ¡Lléveselo!

Mientras pasaba todo esto, yo no podía quitarme de la cabeza la extraña aparición del cohete, lanzado en un pueblo solitario entre la medianoche y la una de la madrugada. No sabría explicar cómo llegué a conectar esa misteriosa señal con la posibilidad de encontrar a Cristel. Pero eso era precisamente lo que pensaba mientras llevaba al padre de mi desaparecida amada a su habitación. Sin detenerme a dar explicaciones, le dije al viejo Toller que en la cabaña todo había vuelto a la normalidad, y le pedí que esperara mi regreso.

Al pasar por la cocina me topé con el criado y su carga. La puerta que comunicaba la cabaña nueva con la vieja (por la que acababan de entrar) seguía

abierta.

—Eche el cerrojo a esa puerta —le dije.

—Échelo usted —me respondió—. Yo no quiero saber nada de este asunto.

Atravesó la entrada, continuó por el pasillo y subió la escalera hasta la habitación de su amo.

Me di cuenta de que el criado me había dado la solución más segura para proteger a Toller durante mi ausencia. La puerta de la habitación del molinero ya estaba cerrada; cogí la llave, para volver a entrar. Luego pasé por la puerta que comunicaba la cabaña vieja con la nueva, la cerré, y me metí la llave en el bolsillo. La tercera puerta, la que el Abyecto utilizaba para entrar en su cabaña, quedaba a mi entera disposición. Acababa de cerrarla, cuando descubrí que tenía compañía. *Ponto* me había seguido.

Enseguida me di cuenta de que el perro, con sus superiores poderes adivinatorios, podía serme de gran utilidad en mi misión. Partimos juntos hacia Kylam.

Como alma que lleva el diablo, y sin ninguna idea preconcebida, corrí durante la mayor parte del camino. Estaba muy oscuro. Al pasar por una estrecha cala arenosa al pie de la aldea, tropecé con algo duro que me lastimó. Era la barca, que había encallado.

Un fumador suele llevar cerillas. Con la ayuda de esas luces de corta vida, examiné el interior de la barca. No había absolutamente nada, excepto una vieja lona, que debía servir para proteger la barca, o su carga, en el caso de que lloviera.

Hacía ya rato que los habitantes del pueblo dormían. El silencio y la oscuridad parecían sentenciarme inmisericordemente a irme de allí sin haber hecho ningún descubrimiento. Esperé un rato; animé al perro para que buscara a mi alrededor usando su sentido del olfato. Si hubiese habido algo o alguien sospechoso, *Ponto* sin duda lo habría descubierto. Pero nada recompensó nuestra paciencia, ni siquiera encontramos la caña del cohete. Con la firme resolución de no dejar nada sin intentar, busqué a tientas hasta encontrar el camino de la taberna del pueblo y, al cabo de varios intentos, conseguí despertar al dueño. Me respondió desde la ventana, de modo poco amistoso, como era de prever. Dije mi nombre. Dentro de mis pequeños dominios era un nombre célebre. El dueño abrió la puerta inmediatamente, ansioso por contestar mis preguntas si podía. Nada fuera de lo común había sucedido en el pueblo. No se había visto a ningún forastero en Kylam ni en sus alrededores. Nadie había descubierto tampoco la barca; y el estallido luminoso del cohete en el cielo no había interrumpido el profundo sueño de los aldeanos.

En el camino de regreso, el cansancio físico, y el mental, que era aún mayor, me obligaron a tomarme unos pocos minutos de descanso.

Las oscuras aguas del río corrían a mis pies: era el río en el que Cristel y yo nos habíamos vuelto a ver por primera vez desde nuestra infancia. Los últimos sucesos

me habían tenido tan ocupado que hasta aquel mismo momento no comprendí en todo su alcance la terrible desaparición de Cristel. En la oscuridad y el silencio, el dolor de haberla perdido me aplastó completamente. Dejé caer mi cabeza sobre el cuello del perro, que estaba estirado a mi lado.

—¡Oh, Ponto! —le dije—. ¡Se ha ido!

Nadie podía verme; nadie podía burlarse de mí: rompí a llorar.

CAPÍTULO XVI

Soborno y corrupción

Durante el resto de la noche miré dos veces en la habitación de Toller, y las dos lo encontré durmiendo. Cuando salió el sol, ya no pude resistir más la espera. Lo desperté.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, malhumorado.

—Usted debe ser la última persona que vio a Cristel —le respondí—. Quiero que me cuente todo lo que recuerde.

El enfado lo dominaba por completo, y estalló con una furiosa respuesta.

—Han sido ustedes dos: usted, mi patrón, y él, mi inquilino, los que la han hecho marcharse de casa. Dijo que se iría, y se ha ido. ¡Fuera de esta casa, señor! ¡Cómo se atreve a mirarme a la cara!

Fue inútil intentar razonar con él, y era de vital importancia organizar la búsqueda sin perder un solo segundo. Después del recibimiento con que me había encontrado, antes de irme tuve la precaución de devolver a su sitio la llave de la puerta que daba a la cabaña nueva. Era suya; y el pobre viejo trastornado podría haberme culpado de llevarme algo de su propiedad.

Cuando me disponía a emprender el camino de regreso a casa, me encontré al nuevo sirviente al acecho.

Por sus primeras palabras supe que actuaba obedeciendo órdenes. Me preguntó si había encontrado a la señorita; y luego me informó de que su señor había recuperado el conocimiento hacía algunas horas, y que «no me guardaba ningún rencor». Esta ultrajante afirmación despertó mis sospechas. Yo estaba casi seguro de que el Abyecto representaba un papel al amenazarme con la pistola, y de que él era el responsable de la desaparición de Cristel. Mi primer impulso fue pedir ayuda a un abogado.

Cuando llegué a casa, los mozos de mi establo acababan de levantarse. Al cabo de diez minutos, partí hacia la ciudad. Lo esencial de la opinión del abogado ya ha sido referida en estas páginas.

Una de mis respuestas, a las muchas preguntas que me hizo mi consejero legal, le hizo llegar a una conclusión estremecedora. Al oír sus palabras, me dio un vuelco el corazón. Según él, mi breve y fatídica salida de la cabaña para «tomar el aire a la orilla del río», le había dado a Cristel la oportunidad de escapar sin ser descubierta.

—Su anciano padre —dijo el abogado—, sin duda estaba en la cama; y usted mismo pudo comprobar que no había nadie vigilando en los alrededores de la cabaña.

—¡Déjeme colaborar de alguna forma! —exclamé yo—. Si no hago algo para encontrar a Cristel no podré soportar la vida.

Él fue muy amable:

—Lo entiendo —dijo—. Intente sacar información de aquellas dos damas. Eso nos será de gran ayuda.

La señora Roylake era la que tenía más cerca. Apelé a su compasión femenina, y me respondió con lágrimas. Hice otro intento; le dije que creía en sus buenas intenciones, y que lamentaba mucho haberla ofendido. Se levantó indignada y salió de la habitación.

Después fui a ver a Lady Rachel.

Estaba en casa, pero el criado volvió trayendo una excusa: la señorita Rachel estaba muy ocupada en ese momento. Pedí al criado que subiera a su habitación y le preguntara cuándo podría recibirme. El criado regresó trayendo otra excusa: la señorita Rachel me escribiría. Después de esperar en casa durante varias horas, fui lo bastante tonto para escribirle yo; empleando además (¿cómo podía evitarlo?) términos muy fuertes. La respuesta de la Socialista es fácil de recordar:

«Querido señor Roylake, cuando se haya calmado usted, recibirá otra vez noticias mías.»

¡Ni siquiera mi madrastra se habría atrevido a tanto!

Me resultaba completamente imposible quedarme quieto sin hacer nada. Regresé a la cabaña. Al no tener ninguna otra perspectiva que resultara esperanzadora, insistí en creer que Toller tenía que haber visto u oído algo que, o bien me fuera útil a mí, o le sugiriera alguna idea a mi abogado.

Al entrar en la cocina me encontré con la puerta que unía las dos cabañas abierta de par en par, y al criado cómodamente sentado en el sillón grande.

—Estoy, esperando a mi amo, señor.

Se había repuesto del susto y había recuperado la calma. Volvía a dirigirse a mí respetuosamente.

—¿Su amo está con el señor Toller?

—Sí, señor.

Lo que sentí en ese momento justificaba de sobras que el abogado me hubiese hecho prometer que me mantendría alejado del Abyecto: «Podría volver a golpearle en la cabeza, señor Roylake, y quizás esta vez le daría demasiado fuerte».

Pero entonces tuve una idea. Dije, como hablando para mí:

—Daría un billete de cinco libras por saber lo que está pasando en el piso de arriba.

—Me las ganaré con mucho gusto, señor —dijo el hombrecillo—. Si desembucho todo lo que ya sé, y mañana le cuento lo que pueda averiguar, ¿me habré ganado ese dinero?

Empecé a sentirme avergonzado de mí mismo. Pero, a pesar de todo, asentí con la cabeza.

—Lo que ocurrió anoche, señor, fue por mi causa, pero no por mi culpa — prosiguió fríamente—. Estábamos vigilando el camino del embarcadero cuando le vimos, aunque usted no se dio cuenta. Mi amo no sospechó en ningún momento (por razones que se guardó para sí) que usted fuera a hacer uso de la barca. Yo le aconsejé que al menos uno de nosotros fuera a vigilar el sendero que va de la cabaña al río. Eso hizo que él me enviara al embarcadero; y lo que ocurrió después, ya lo sabe usted. Supongo que ahora mi amo le estará estirando de la lengua al señor Toller. Señor, esto es todo por esta noche. ¿A qué hora tendré el honor de poder hablarle mañana por la mañana?

Fijé la hora y me fui.

Al entrar de nuevo en el bosque, vi a un hombre vigilando. Se tocó el sombrero, y dijo:

—Soy un empleado, señor. Su guardabosques tiene mucho trabajo esta noche; vendrá a hacerme el relevo por la mañana.

Me fui a casa con la mente llena de dudas. Si el criado había dicho la verdad, el Abyecto era tan inocente del secuestro de Cristel como lo era yo. ¿Pero podía fiarme del criado?

A la mañana siguiente se produjeron una serie de hechos que no hicieron más que empeorar la situación.

Al llegar a la cabaña encontré a un hombre durmiendo la borrachera en medio del camino; y al criado del Abyecto mirándolo.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —dijo el criado—. ¿Ha hecho usted vigilar a mi amo?

—Sí.

—Pues en ese caso tengo malas noticias para usted, señor. Su hombre ha resultado ser un vagabundo borracho; y mi señor se ha ido a Londres con el primer tren.

Cuando me recuperé del sobresalto, negué, por mi honor, que aquel bruto tumbado sobre el camino fuera uno de mis sirvientes.

—¿Y por qué está tan seguro, señor?

—Si mi guardabosques fuera un borracho, ¿cree que no lo sabría? Los otros sirvientes me lo habrían advertido.

El hombre sonrió.

—Me temo, señor, que no sabe usted mucho sobre criados. Por una cuestión de honor, nunca contamos nada sobre nuestros compañeros a nuestros señores.

Empecé a desear no haber salido nunca de Alemania.

Lo único que podía hacer era acudir al abogado y explicarle lo que había ocurrido. Me di la vuelta con la intención de subir al carruaje y regresar inmediatamente al pueblo. El criado me recordó algo que yo había olvidado: el billete

de cinco libras.

—Espere a oír la información que tengo que darle, señor —sugirió.

Él me hizo saber:

Primero: que el señor Toller estaba en el molino, y que ya llevaba allí un buen rato.

Segundo: que el Abyecto había estado solo, durante un rato, junto a la cabaña del señor Toller, estando éste ausente. Con qué propósito, su criado no había podido averiguarlo.

Tercero: que el Abyecto había regresado con prisas a su habitación, y había metido unas pocas cosas en su maleta.

Cuarto: que le había ordenado al criado que lo siguiera, con el equipaje, en una calesa que el Abyecto enviaría desde el apeadero, y que esperara en la estación de ferrocarril de Londres hasta nueva orden.

Y quinto y último: que no sabía decirme si la borrachera del guardabosques era porque el pobre tuviera el vicio de beber, o porque le había hecho caer en la tentación precisamente la persona cuyos pasos debía vigilar.

Le pagué su dinero. Él se lo guardó en el bolsillo, y me lo agradeció con un cumplido:

—Ojalá fuera su criado, señor.

CAPÍTULO XVII

El último desliz

Mi abogado analizó seriamente el desastre que nos había caído encima. No se fiaba de nadie más que de su pasante jefe para actuar en favor de mis intereses, y decidió que había que seguir al criado hasta la terminal de Londres, y que era necesario estar a la altura de la infinita astucia del hombre que se nos acababa de escapar.

Provisto de dinero y una carta para las autoridades policiales de Londres, el pasante jefe fue hasta la estación. Yo lo acompañé para señalarle al criado (sin que él me viera), y luego regresé a la oficina del abogado a esperar a que llegaran los telegramas.

El primero de ellos decía lo siguiente:

El Abyecto había sido visto esperando a su criado en la estación, y se les había seguido sin dificultad hasta un hotel cercano. El pasante había enviado su carta de presentación a la policía; se había reunido con algunos hombres de confianza, que habían ido a verlo al hotel, y había dado instrucciones para el caso. Regresaría en el último tren de la tarde.

El segundo telegrama llegó al cabo de dos días.

Nuestro hombre había sido seguido hasta el Club Náutico del Támesis, en la calle Albermarle, donde había consultado la lista de embarcaciones en el vestíbulo, y a continuación había viajado a la Isla de Wight. Allí, había hecho algunas averiguaciones en el Club Náutico de Squadron y en Club Náutico de Victoria, regresando después a Londres, al hotel de la estación.

El tercer telegrama anunciaba la destrucción de todas nuestras esperanzas. El Abyecto había sido seguido sin contratiempos hasta Marsella. Pero en esa ciudad los detectives de la policía habían perdido su pista.

Mi abogado insistió en hacer venir a los detectives para que nos ofrecieran una explicación. Pero no obtuvimos nada más que la constatación de un viejo descubrimiento. Cuando los detectives de la policía se enfrentan a la inteligencia en lugar de a la estupidez, en siete de cada diez casos son derrotados.

Todavía teníamos dos personas a nuestra disposición. Yo era de la opinión de que Lady Rachel podía ayudarnos si quería. Y en cuanto al viejo Toller, después de darle muchas vueltas, le sugerí a mi abogado que lo interrogara. Él no quiso que yo malgastara más dinero. Fui a ver de nuevo a Lady Rachel. Esta vez me recibió. Encontré a la noble dama fumando un cigarrillo y leyendo una novela francesa.

—Me temo que ésta será una conversación desagradable —me dijo—. Acabemos cuanto antes, señor Roylake. Dígame lo que tenga que decirme; siéntase libre de

hablar como si estuviera en compañía de un hombre.

La obedecí al pie de la letra, y esto fue lo que me respondió:

—Sí, tuve una charla con la señorita Toller. Y lo hice por el bien de usted. Esa muchacha es tan prudente como encantadora. Y tan buena como prudente. Estuvimos completamente de acuerdo en que debía ser ella quien se sacrificara; y que si tenía algún respeto por sí misma, debía evitar que un caballero de su rango se buscara la perdición casándose con la hija de un molinero.

Su siguiente respuesta, al igual que la anterior, carecía completamente del menor asomo de compasión.

—Tiene usted razón: el sordo estaba en la ventana cuando pasé por allí. Nos reconocimos y tuvimos una larga conversación. Si no recuerdo mal, me dijo que usted conocía los motivos por los que él no deseaba revelar su nombre. Yo le prometí (siendo para mí una cuestión indiferente) mantenerlo también en secreto. Una cosa llevó a la otra, y descubrí que usted era su odiado rival al pretender el cariño de la señorita Toller. Correspondí como es debido a la confianza que me estaba demostrando. Es decir, le aseguré que la señora Roylake y yo, en interés de usted, nos alegraríamos si él resultaba victorioso en la conquista de la muchacha. Le pregunté si tenía algún plan. Me dijo que uno de sus planes había fracasado. Cuál era ese plan, y por qué había fallado, no lo mencionó. Le pregunté si se le ocurría algún otro. Él me dijo: «Sí, si no fuese un hombre pobre». Si hubiese estado usted en mi lugar, también habría dado el visto bueno a su plan y se habría ofrecido a ayudarle a encontrar el dinero. Sacó entonces un manuscrito en el que se refería la historia del rapto de una dama, algo que él mismo había escrito con el fin de entretenerse. La cuestión era que en su relato el amante lograba llevarse a la dama, con una barca, mientras el padre de ella, furioso, tenía toda su atención puesta en vigilar la carretera. Me pareció una buena idea. «Si usted piensa que la puede llevar a cabo» le dije, «envíenos los gastos estimados del plan a mí y la señora Roylake, y le proporcionaremos el dinero.» Recibimos el presupuesto, pero el plan ha fracasado, y el Sordo se ha esfumado. No me cabe la menor duda de que la señorita Toller ha hecho lo que había prometido. Donde quiera que se encuentre en estos momentos, sin duda esa muchacha se ha sacrificado por su bien, señor Roylake. Pronto lo superará usted todo, y se casará con mi hermana. Buenos días tenga usted.

Entre la incorregible insolencia de Lady Rachel y la hipocresía de la señora Roylake, yo estaba tan enfadado que a la mañana siguiente me marché de Trimley Deen, con la suposición equivocada de que la alegre vida de Londres haría que me olvidara de todo.

Llevaba aproximadamente tres semanas intentándolo, y comenzaba a estar terriblemente aburrido, cuando recibí una carta del abogado.

Apreciado señor Roylake,

Su arrendatario, el extravagante y viejo Toller, ha muerto repentinamente a causa de un derrame cerebral, según piensa el doctor. Como puede usted suponer, habrá una investigación. ¿Qué le parecería si las noticias de la investigación salieran comentadas extensamente en los periódicos? Si su hija llegara a leerlas podrían producirse importantes resultados.

Me indignó que se especulara de ese modo con los sentimientos de mi pobre muchacha, intentando sorprenderla prácticamente ante la tumba de su padre. Ordené al abogado que no llevara adelante aquella idea, y que se hiciera cargo de los gastos del funeral del pobre anciano, a cuenta mía. Había muerto sin hacer testamento. La Ley se haría cargo de su dinero hasta que apareciera su hija; el molino, siendo de mi propiedad, se lo entregué a su socio, el bueno de Gloody.

¿Y qué hice a continuación? Comencé a viajar: probablemente era uno de los hombres más desgraciados que hayan llevado sus penas a países extranjeros. Allá adonde fuera, en el continente europeo, me perseguía la horrible idea de que Cristel podía estar muerta.

CAPÍTULO XVIII

La dueña de Trimley Deen

Habían pasado tres meses agotadores cuando conocí a un inglés en Trieste que me dio una nueva idea. Me aconsejó que dejara atrás Europa, y que probara el efecto revitalizante de nuevos mundos. Alquilé un barco y me alejé de la civilización. Cuando volví a poner los pies en *terra firma* fue en una hermosa playa de una de las islas del Pacífico.

Lo que sufrí, todavía no se lo he explicado a nadie, ni tengo intención de hacerlo. La amargura de aquellos días se ocultaba entonces, y la continuaré ocultando todavía. Incluso si pudiera exponer mis penas con la elocuencia de un escritor consumado, una obstinada renuncia interior persistiría en dejarme sin habla.

Tardé más de un año en regresar a Trimley Deen y alarmar a mi madrastra con mi aspecto de «marinero extranjero». Debido a la naturaleza irregular de mis últimos viajes, no habían podido enviarme la escasa correspondencia que había llegado a la casa. Todas las cartas estaban perfectamente ordenadas sobre la mesa de la biblioteca.

La segunda carta que cogí estaba timbrada en Génova. La abrí y descubrí que el... ¡No! No puedo referirme a él con ese nombre tan tremendo. Pero, por otro lado, todavía no sé cuál es su verdadero nombre. Así que lo llamaré... ¡ah, y no piensen que me están engañando otra vez!, voy a llamarlo el Penitente.

Había dictado la carta desde su lecho de muerte. Y el sobre contenía un extraordinario anexo: un pequeño trozo de papel escrito.

Lea primero el pobre pedazo que le envío, comenzaba la carta. Me queda poco tiempo en la tierra; me permitirá que me ahorre explicaciones que pueden ser excesivas para las pocas fuerzas que me restan.

En una cara del papel encontré estas palabras:

... crucero por el Mediterráneo para que mi esposa recobre la salud. Si a Cristel no le asusta la idea de pasar unos meses en el mar...

En la otra cara, había un fragmento del final:

... perfectamente entendido. Todo está preparado. Escríbeme qué noche, y qué... tu hermano que te quiere, Stephen Toller.

Inmediatamente me acordé del hermano rico del molinero. No había vuelto a pensar en él desde la noche de mi encuentro con Cristel. En la página dieciocho de este relato figura una breve alusión al hermano de Toller.

Regresé ávidamente a la carta. Continuaba del siguiente modo:

Ese trozo de papel lo encontré debajo de la cama del señor Toller, mientras registraba en secreto su habitación. Al principio, yo había sospechado de usted.

Luego, por la cara que puso el señor Toller al negarse a responder por escrito a mis preguntas, sospeché de él. Ese pedazo de papel le hará comprender lo mismo que yo comprendí: que el hermano de Toller tenía un yate y se disponía a navegar por el Mediterráneo, y que Toller el molinero le había escrito para pedirle que ayudara a Cristel a huir. Cristel misma podrá contarle el resto de la historia.

Sé que hizo usted que me siguieran. En Marsella me cansé de sus hombres y les di esquinazo. Pregunté en todos y cada uno de los puertos del Mediterráneo, y no había rastro de Cristel. Supongo que cuando subieron a bordo del yate, cambiaron de parecer y zarparon hacia otro lugar. Eso también tendrá que preguntárselo a ella.

Después de llegar a Génova, en el trayecto de vuelta a Inglaterra, conocí a un cirujano italiano de enorme reputación. Me aseguró que podía devolverme el oído, pero me advirtió que mi estado de salud era muy delicado y que no se hacía responsable del resultado de la operación. Sin dudarle ni un instante, le dije que me operara. Habría dado cincuenta vidas por oír perfectamente durante una maravillosa semana. Son tres semanas ya las que llevo oyendo perfectamente. He disfrutado de la vida antes de morir.

Es inútil pedirle perdón. Mi conducta fue demasiado infame. Confío en que recuerde usted la mancha de mi familia y comprenda cómo afecta a un hombre sordo que se siente solo en medio de sus semejantes. Pero también hubo días en que la dulce naturaleza de mi madre supo hacerse un hueco en mi corazón. Ahora voy a reunirme con ella: su espíritu ha permanecido conmigo desde que recobré el oído; su espíritu me dijo anoche:

«¡Repara tu falta, hijo mío! Dale al hombre a quien has agraviado, la mujer a quien él ama.» Le adjunto las señas de su tío en Inglaterra; las encontré en uno de los clubs náuticos. Tenía intención de ir a la casa y dar la bienvenida a Cristel cuando llegara. Debe ir usted en mi lugar; será usted quien vea ese rostro adorable cuando yo repose en mi tumba. Adiós, Roylake. La fría mano que tarde o temprano nos toca a todos está muy cerca de mí. Tenga piedad del próximo canalla que se cruce en su camino; hágalo en memoria del Abyecto.

Yo afirmo que en el corazón de ese hombre que sufría anidaba el bien; y le doy gracias a Dios por no haberme equivocado del todo al juzgarlo. Cogí el primer tren de la mañana. Al llegar a la casa de campo del señor Stephen Toller, me aguardaba una última prueba de paciencia. Cristel había viajado con su tío a visitar a unos amigos.

La tía de Cristel me recibió con una amabilidad que no podré olvidar jamás.

—Últimamente hemos notado que Cristel se siente muy deprimida; nada inusual—continuó diciendo la señora Toller mientras me regalaba una amable sonrisa—desde que tuvo lugar una separación que a usted también debió dolerle en lo más profundo, estoy segura. No, señor Roylake, Cristel no está prometida, ni se casará

nunca, a menos que usted sepa perdonarla. ¡Ah, sé que lo hará, porque usted la quiere! Cuando regresamos a Inglaterra, y Cristel fue a visitar la tumba de su padre, ella quiso escribirle una carta para explicarle las razones de su huida. Pero no pudimos dar con sus señas. Ahora que está usted aquí, ¿me permite que hable por ella?

Yo sabía hasta qué punto Lady Rachel había influido a Cristel al apelar a su sentido del deber y a su dignidad; había oído de sus propios labios que no respondía de sí misma si yo seguía tentándola. Pero me había ocultado el terror que le inspiraba su pretendiente rechazado, y la influencia que su padre ejercía sobre ella. El molinero, siendo de esa clase de hombres con la mente siempre puesta en sus propios intereses, sabía que todas las miradas caerían sobre él si permitía que su hija se casara conmigo:

«Dirán que lo he hecho yo, que tenía el ojo puesto en el dinero de mi yerno; y todos dejarán de comprarme la harina», le escribió a su hermano en una ocasión.

La señora Toller me mostró toda la correspondencia. Cuando el hermano rico del viejo Toller expresó su deseo de que éste se retirara, el molinero le había contestado así:

Eso mismo que estás dispuesto a hacer por mí, quiero que lo hagas por Cristel. Está en peligro, en más de un sentido, y me veo obligado a sacarla de esta casa como lo haría un contrabandista con su mercancía. Escribo bastante mal, así que dejaré que sea Cristy quien te cuente los detalles. ¿La recibirás, hermano Stephen, y la protegerás, tan pronto como sea posible?

En su cordial respuesta, el señor Stephen Toller mencionaba que su yate estaba listo para zarpar rumbo al sur, y que pasaría por la desembocadura del Loke. Su hermano se aferró a la sugerencia que de aquí se desprendía.

Ya he hecho alusión a la mirada maliciosa de Giles Toller a su Inquilino, cuando le devolví a éste el manuscrito con la confesión. La curiosidad sin escrúpulos del anciano ya lo había llevado a hacer otra copia de la llave del armario de la habitación del inquilino. Allí había encontrado los «relatos de crímenes» mencionados en el diario, incluyendo la historia del rapto a la que Lady Rachel se había referido. Eso le dio la idea, que su inquilino ya había adoptado, de llevarse a Cristel río abajo (naturalmente bajo los efectos de un somnífero), mientras su padre vigilaba el camino. De nada había servido esconder los remos como medida de prevención. Los conocimientos que el molinero tenía del río, y el temerario coraje de su hija, le habían hecho decidir dejar que la corriente empujara la barca con Cristel dentro. Dos miembros de la tripulación del yate, escondidos entre los árboles, observaron la barca avanzar hasta que rodeó el promontorio y embarrancó en la orilla. Allí esperaba el

bote salvavidas del yate. Se lanzó el cohete para confirmar al señor Toller que su hija estaba fuera de peligro; los hombres la condujeron remando hasta la desembocadura del río, y Cristel fue recibida sana y salva a bordo del yate. ¡De este modo (con la ayuda del bueno de su hermano) el molinero había convertido al río en cómplice en el rapto de su propia hija!

Cuando terminé de leer la correspondencia, volvimos a hablar de Cristel.

—Para ganar tiempo —dijo la señora Stephen Toller—, le escribiré a mi marido hoy mismo, y le enviaré la carta con un mensajero a caballo. Mi marido sólo le dirá a Cristel que usted ha regresado a Inglaterra; y que se las arreglará para encontrarse con ella, en nuestra casa, cuando regrese. No tengo hijos, señor Roylake; y quiero a Cristel como si fuera mi propia hija. Cuando me ha sido posible hacer algo por ella (me refiero solamente a los aspectos externos), lo he hecho con mucho placer. Su madrastra y Lady Rachel reconocerán, incluso desde su particular punto de vista, que ella es una señora digna de su posición en Trimley Deen.

Cuando Cristel regresó al día siguiente, se encontró con que su tío la había dejado sola, y de repente descubrió un hombre entre los matorrales. Lo que ese hombre dijo e hizo, y cuál fue el resultado de todo ello, lo deducirán ustedes si menciono un acontecimiento notable: la señora Roylake ha dejado de ejercer la superintendencia doméstica de Trimley Deen.



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico *Antonina o la caída de Roma* (1850) su primera novela, continuada por *Basil* (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. *La dama de blanco* (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como *El secreto de Sarah* (1857), *Sin nombre* (1862), *Armada* (1866), *La piedra lunar* (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. *Doble engaño* (1873), *La ley y la dama* (1875), *El Hotel encantado* (1878), *Las hojas caídas* (1879), *La hija de Jezabel* (1880), *El legado de Caín* (1889), o la novela póstuma *Blind Will* (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo

Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.

Notas

[1] Cur en el original. Significa perro en sentido despectivo y también tiene la acepción de canalla, hombre vil. Creemos que el término que mejor se adecua al contexto es el de abyecto (N. de los T.). <<

[2] Gloody es una palabra que no existe en inglés; probablemente el autor la utiliza por su graciosa fonética. Podría tratarse de una contracción entre bloody (sangriento, o maldito) y gloomy (dícese de la persona que vive sin felicidad ni esperanza) (N. de los T). <<

[3] Waverley es la primera novela de Walter Scott (1771-1832), publicada en 1814 bajo seudónimo, porque temía que sus contemporáneos no aprobaran que un respetable abogado escribiera novelas. Tuvo inmediatamente un sonoro éxito (N. de los T.). <<

[4] De nuevo aparece aquí el término cur, perro que es cruce de diferentes razas (N. de los A.). <<